





ODAS  
DE  
PÍNDARO.

---

---

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESOES DE RIVADENEYRA».**

**Paseo de San Vicente, núm. 30.**

---

BIBLIOTECA CLÁSICA  
TOMO LVII

---

ODAS  
DE  
PÍNDARO

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

CON CARTA-PRÓLOGO Y NOTAS

POR EL ILMO. SEÑOR

D. IGNACIO MONTES DE OCA

Obispo de Linares (Méjico)

*(Faint signature)*

---

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.  
Calle del Arenal, núm. 11

1893

A. 158472.

'Αἰθῶν ἐνδομεοε

Cantando apacentaba su rebaño.

Mosco, IDIL. III.

---

CARTA-PRÓLOGO

A

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

---

Querido amigo:

Al fin remito á V. la versión de Píndaro, con tanto ahinco solicitada y hace mucho tiempo ofrecida; pero no va manuscrita, como V. la espera, sino impresa con bellos tipos en la capital de la que fué Nueva-España. A pesar de las ventajosas proposiciones de los editores de Madrid, prevaleció en mi ánimo un sentimiento de patriótica vanidad, y quise que la primera traducción métrica española del Príncipe de los líricos saliese á luz en la misma México que vió nacer al traductor. Buena ó mala, llena un vacío en la literatura castellana, que intentaron en

vano colmar Berguizas y Canga Argüelles, habiéndose limitado á trasladar á nuestro idioma las catorce Olímpicas. He tenido, además, la ventaja de poder atender yo mismo á la impresión, habiendo venido de mi diócesi á esta capital á asuntos eclesiásticos, que no me han impedido dedicar algunas horas á la revisión de los trabajos tipográficos.

No por esto retiro á nuestros amigos mi consentimiento para hacer en España una nueva edición; ni mucho menos relevo á V. del compromiso de escribir un prólogo que sirva de amparo á mis versos en su vuelo por el antiguo Continente. Ninguno más que V. tiene el derecho, y el correlativo deber, de ser mi introductor; pues á V. debe Píndaro el traje español que acabo de ponerle. Es cierto que, hace veintitres años, cuando yo era aún colegial y V. estaba casi en la cuna, me vino la primera idea de traducir al gran Lírico, y puse, en efecto, en castellano algunos versos de la Nemea III. Es cierto también, que al dar á luz los Bucólicos, dos colegas de la Academia Mexicana me excitaron á llevar á cabo mi antiguo propósito, el uno diciéndome con Virgilio: *Paulo majora canamus*; el otro regalándome un ejemplar de las Olímpicas en griego, y exigiéndome su devolución en castellano. Fué V., empero, quien dió el impulso final, con su lisonjera



carta de setiembre de 1878. Entonces traduje las Olímpicas XI y XII, y no volví á poner mano á la obra hasta que nos vimos en Madrid en marzo de 1880. Entonces recordará V. que vertí, á toda prisa, la Pítica XII, las Nemeas IV y VIII, y la Ístmica III. El juicio favorable que me dieron usted y nuestros amigos Fernández-Guerra, Tamayo, Necedal, Collado, Valera, etc., cuando las leí en la tertulia literaria de la calle de Valverde, me animaron en la empresa; y durante la travesía del Océano, en mayo del mismo año, quedaron terminadas la Pítica VII y la Ístmica VI, y empezada la Ístmica IV.

Píndaro, como V. bien sabe, es un autor tan profundo, tan oscuro á veces y tan difícil de interpretar, que para entenderlo y hacerlo entender al público profano se necesita consagrarse á su estudio con toda el alma y con todas las fuerzas. Teócrito, Mosco, Bión, Anacreonte, se traducen jugando, y su fácil lectura distrae y hace olvidar penas al amante de las letras. Con Píndaro es menester hacer á un lado, ante todo, amargos recuerdos y extrañas ocupaciones, transportarse por completo al mundo ideal, y absorberse todo entero, sin divagar en lo más mínimo, en su lectura é interpretación. Usted que conoce cuán importantes y laboriosos son los deberes de mi augusto ministerio, comprenderá

también cuán difícil ha sido para mí semejante tarea, y á cuántas interrupciones habrá estado sujeta.

En efecto, sólo el 30 de julio de 1880 terminé la Nemea III, empezada hacia cuatro lustros. El 11 del mismo había acabado la Nemea V, y el 12 la II; en todo el mes de agosto sólo pude consagrar algunos instantes á la versión de la VI, y en setiembre traduje el resto de las Nemeas, que terminé el 10 de octubre. No pude reasumir mi trabajo hasta el año siguiente, en que del 7 al 13 de enero vertí las seis Ístmicas que me faltaban.

Del 20 de febrero al 14 de marzo del mismo año de 1881 trasladé á nuestra lengua todas las Píticas, excepto las cinco primeras. Entonces, como escribí á V. en esa época, al emprender la traducción de la difícil y larguísima Pítica IV, *el carro de mi musa quedó atollado en el fango*, y me ví obligado á imitar á algunos caminantes y arrieros cuando les sorprende la estación de las lluvias en estas regiones tropicales; lo abandoné, hasta que, cesando los aguaceros, quedase el camino expedito.

Durmió Píndaro en mi biblioteca el resto de marzo, todo abril, mayo, junio y los primeros veinticuatro días del caliente julio. El 6 de agosto, de las Píticas sólo faltaba la famosa IV, y el 7 puse mis manos, tem-

blando y casi avergonzado, en la Olímpica XIV, que V. tradujo, y que yo sólo interpreté por no dejar incompleta mi versión.

Favórale en extremo me fué el mes de setiembre: veinte días me bastaron para poner en castellano las once Olímpicas que me faltaban. Volví entonces á la Pítica IV, de que sólo cien versos llevaba traducidos, y el 24 del mismo día á la entera versión.

Con tantas interrupciones, mi trabajo tiene que ser muy desigual; y si á las fechas que acabo de consignar hubiera añadido los nombres de los diversos lugares en que (durante la visita pastoral las más veces), consagré á las letras mis noches insomnes y mis siestas solitarias, más me compadecerían V. y el lector.

Ya que, invirtiendo el orden debido, empecé por hablar de la traducción y del traductor, agotaré el asunto antes de disertar sobre el autor y el original. Mi versión es de poeta y no de gramático. He tenido constantemente á la vista varias ediciones; pero al comparárlas, he adoptado el texto que más bello me ha parecido, aunque fuese el menos genuino. En los muchos pasajes que, como observa á menudo Heyne, *necesitan un adivino más bien que un traductor*, he hecho las *adivanzas* que más poéticas he juzgado. Creo que ningún erudito me echará en cara esta libertad. Casi no hay dos versiones igua-

les de esos pasajes tan difíciles de entender; y los comentadores más autorizados cambiaban á cada paso de modo de ver, y corregían en una edición lo que en la anterior habían escrito. ¿Qué ha de hacer el poeta en semejantes circunstancias, sino inclinarse á lo más bello?

Hay en mi libro gran variedad de metros. Sabe V. cuánto desconfío de mi destreza en manejar el verso suelto. Con todo, en obsequio de V. especialmente, á quien tanto fastidia la rima, la hice á un lado en tres odas; y en la Olímpica VIII y en la Pítica III procuré con todo empeño ajustarme á la letra y trasladar fielmente los epítetos, frases y giros griegos. Bastante me he servido de tercetos, y no sé hasta qué punto habré tenido razón: en la Olímpica I adopté esta combinación sólo por no seguir á Fr. Luis de León (que empleó la canción Petrarquesca en esa oda, la única que tradujo), á Berguizas ó á Canga Argüelles, que hicieron uso de la silva.

Empecé en octavas la Pítica IV, verdadero canto épico, imitando en ello al italiano Borghi. Presto me cansé de su prolongado retintín, y juzgando que el lector se cansaría lo mismo que yo, introduje, á estilo de las leyendas románticas, diversos metros. ¿Qué le parece á V. esta trasgresión de los preceptos clásicos? En una versión, por ejemplo,

de los Argonautas de Apolonio Rodio ó de la Odisea de Homero, ¿podría seguirse el mismo método?

Largas disertaciones han hecho los comentadores de Píndaro, y en especial Augusto Boeck, que tengo á la vista, sobre los metros de nuestro Poeta. Mucho nos hablan de los ritmos *Jónico, Dórico, Frigio, Lidio, Mixolidio, Eólico*, etc., etc. Detiéndense á encomiar la gravedad, templanza, igualdad y severidad varonil del ritmo Dórico; y en el Lidio encarecen la dulzura, suavidad y armoniosa ternura. Confieso á V. que quise al principio imitar los metros del original, y según la diversa clasificación de las odas en Dóricas, Eólicas, Lidias, etc., así servirme de versos mayores ó cortos, de estancias largas ó breves. Algo lo conseguí, sobre todo en las piezas en que prevalece el suavísimo ritmo Lidio, y que aparecen en mi traducción en versos anacreónticos, unas veces asonantados, otras veces en estrofitas con sabor de endechas. Pero no es practicable en lo general este método, ni lo aconsejo á los futuros traductores.

Debo igualmente disuadirlos de la división griega en estrofas, antiestrofas y epodos, sobre todo si los últimos han de contener diverso número de versos que las primeras. Yo hice un ligero ensayo en la Olímpica XI, pero el éxito infeliz que el famoso D. Fran-

cisco de Quevedo Villegas tuvo en una tentativa análoga, me dejó escarmentado para siempre. Además, no se obtiene la ventaja de traducir estrofa por estrofa, y hacer que cada antiestrofa y epodo de la versión correspondan á los del original. En griego se puede terminar una estrofa sin que se complete el período, pero no así en castellano. En la traducción del Idilio II de Teócrito lo intenté una sola vez, y no estoy del todo satisfecho. En la espléndida oda á Diágoras de Rodas traduje estancia por estancia; pero no pude ceñirme al original hasta el extremo de dejar el sentido incompleto, y tuve que sacar de su lugar varios versos que en las estrofas castellanas habrían parecido remiendos heterogéneos. Me permito hacer estas observaciones, hijas de mi propia reciente experiencia, no sólo á los futuros intérpretes de Píndaro, sino también á V. y nuestro Valera, esperando no les sean del todo inútiles en la versión de los coros de Esquilo y de Sófocles, cuya traducción aguardan con ansia las letras castellanas.

No sabré decir á V. precisamente qué texto he seguido. La edición que más me ha acompañado es la de Londres de 1814; pero he tenido también á la vista otras dos de Londres, dos de Leipzig, una de Padua y otra de Glasgow. Me han servido mucho las versiones latinas en prosa de Heyne y de

Boeck, la paráfrasis Benedictina, las traducciones inglesas de Turner, Moore y West, y la italiana de Borghi. He consultado algunas otras en diversos idiomas, que han caído á mis manos, y si más hubiera logrado reunir, más habría estudiado. Si al traducir á los Bucólicos me bastó muchas veces la pequeña edición de Boissonade, para interpretar á Píndaro me habrían parecido pocas cuantas se han dado á la estampa, y cuantos manuscritos encierran las bibliotecas europeas.

He sido muy parco en las notas. Salva una que otra excepción, he evitado repeticiones, que las habrían hecho interminables. ¿A qué repetir, por ejemplo, la historia de Perseo cada vez que se hace alusión á sus aventuras? Tampoco he creído necesario asentar hechos ó fábulas bien conocidas, y que en todo caso se encuentran fácilmente en cualquier manual ó diccionario mitológico. He omitido, por tanto, enumerar los trabajos de Hércules, dar los nombres de las Musas, clasificar á las ninfas, y otras cosas semejantes.

Apartándome de la opinión y práctica de usted y de muchos alemanes é ingleses, he dado á las divinidades griegas los correspondientes nombres latinos. A mi modo de ver, poco importa que el Zeus, la Hera, el Cronos ó el Hermes helénicos, no sean exactamente los mismos que el Júpiter, la Juno, el Saturno ó el Mercurio romanos. Estamos acos-

tumbrados á confundirlos; la generalidad de los lectores conoce á los últimos é ignora á los primeros, y el adoptar el método que repruebo traería confusión y disminuiría la belleza de la poesía. Además, ¿no tenemos el ejemplo de Virgilio mismo, de Ovidio y de los poetas antiguos? ¿No llaman Venus á la madre de Eneas, que en Homero es Afrodite, Minerva á la deidad tutelar de Atenas, Vulcano al Hefestio que fabricó las armas de Aquiles, Marte al mismo dios Ares que dirigía los combates frente á Troya? No obstante, en uno que otro caso llamo Atena á Minerva, Artemis á la cazadora Diana, Hermes al mensajero de los Dioses; y viceversa, doy á las Musas el nombre poco usual y exclusivamente itálico de Camenas. También me tomo, no raramente, la libertad de alterar algún tanto las terminaciones de los nombres propios, cuando así conviene á la armonía ó al ritmo.

He dejado los títulos de las odas, tales como se encuentran en el original; pero tuve tentaciones de suprimir el género de certamen en que eran vencedores los héroes que celebra el poeta. Se me antoja que una de las razones porque Píndaro se lee tan poco, es la idea que tales títulos sugieren al vulgo, de que sólo canta su musa golpes y heridas, hazañas de carreteros ordinarios y de púgiles de baja ralea.



¡Cuánto se engañan los que tal se imaginan! ¿Cómo haremos para que se persuada el mundo profano de que las lides atléticas y las carreras á caballo ó en carro (fuera de la alta estimación en que las tenían los antiguos) daban ocasión á que cantase nuestro poeta batallas, hazañas y aventuras gloriosas de ilustres varones, de semidioses, de divinidades? ¿Cómo disipar, por el contrario, la preocupación de algunos literatos nada vulgares, que afirman que las victorias y los héroes que pretende celebrar Píndaro, no forman sino un asunto muy secundario de sus cantos? Olvidan estos críticos que los Griegos consideraban al hombre, no como individuo, sino como miembro de su familia y de su república. Bajo este aspecto, toca al vencedor cuanto se refiere á sus antepasados, á la historia de su ciudad natal, á las leyendas relativas á la fundación de la misma, y á sus misteriosas relaciones con dioses y diosas.

No sé si habrá V. leído en cierto autor, por otra parte de gran mérito, que «*Píndaro cambia á menudo de metro, llevado por el poético entusiasmo.*» Se figuró el censor, al ver los versos, ya cortos, ya largos de nuestro poeta, que tenía delante alguna de aquellas leyendas que después escribieron Víctor Hugo, Espronceda ó Zorrilla, en que sin orden alguno se recorren todos los metros,

desde el raro unisílabo hasta el cansado alexandrino. Destruyamos, amigo mío, las falsas ideas que haya engendrado tan temeraria y falsa aseveración. Si hay algo regular y ordenado desde el principio hasta el fin, son las odas de Píndaro. Aunque éstas entre sí no se parezcan, las estrofas y antiestrofas de cada una constan de igual número de versos (al grado que se pone con cifras este número al principio de cada estancia); y si bien el epodo difiere de aquellas, todos los epodos de un canto, cuando los hay, son idénticos.

No puedo yo menos que deplorar con V. y con todos los amantes de las letras, la pérdida de los cantos procesionales (πρωσῳδία), los himnos de vírgenes (πρῳθένεια), las canciones bailables (ὑπορχήματα), las cantilenas báquicas (τροιὰ), las odas encomiásticas á Príncipes (εγκώματα) y los lamentos fúnebres (θρήνοι) que sabemos que escribió Píndaro y que no han llegado hasta nosotros. Sin embargo, no convengo con aquellos que creen que valían más que los himnos triunfales que poseemos, y que éstos no nos dan sino una ligera idea del valer de Píndaro. ¿No le parece á V. que tiene razón el alemán Müller cuando afirma que los ἐπινομία deben haber sido decididamente superiores á los demás, puesto que multiplicándose sus copias llegaron hasta la edad presente? «En todo caso, añade, estas odas, por la gran variedad de sus asuntos y

estilo, compensan ampliamente la pérdida de las otras clases de poesía lírica.»

Y con justicia. ¡Qué pensamientos tan sublimes, qué máximas tan puras, qué ideas tan profundas adornan las poesías del gran Lírico! Parece á veces que estamos leyendo los Libros Santos. Pasajes hay dignos de Moisés, y otros que se podrían intercalar en el libro de Job, sin que se notase la diferencia. Vemos repetida la historia de José, casi al pie de la letra, en varios cantos, aunque aplicada á héroes mitológicos; y las frecuentes invectivas contra la envidia, la calumnia, la adulación, la mentira, parecen calcadas en los escritos inspirados de Salomón.

Y, sin embargo, nada menos que eso. Siempre fué verdad lo que él cantaba con tristeza en la Nemea VIII, y entonces

Cual hoy, se conocía  
La blanda adulación, la artera maña;  
El chisme, la falsía,  
Y la calumnia vil, que el brillo empaña  
Del mérito sublime.

Estas bajas pasiones acibararon la vida del gran Lírico, y disminuyeron la alegría de sus triunfos. Con todo, no atribuyo á la envidia, ni menos á la ignorancia de los jueces, el que Píndaro haya sido vencido por Corina cinco veces en certámenes poéticos. Prescindiendo de su juventud, pues apenas había

nacido en Tebas el año 520 antes de J. C. y la poetisa era mucho mayor que el vate imberbe, era natural que los encantos y la maestría en recitar de la agraciada contentiente, hiciesen resaltar sus versos mucho más que los del inexperto mancebo. En las academias de Italia, en que es tan común ver á poetisas tomar parte en justas literarias, ¡desdichado el varón á quien toca pronunciar sus lucubraciones después de alguna hermosa versificadora! He visto á eminentes poetas deslucirse en semejantes circunstancias; y los espectadores más doctos poco atendían á sus palabras, embriagados con el recuerdo de la dulce voz que acababa de resonar en sus oídos. Algo parecido debe haber pasado con la encantadora Corina; si bien, por otra parte, el mismo Píndaro nos demuestra que la galantería no era virtud favorita entre sus contemporáneos. De otra suerte, ¿cómo habrían tolerado que llamara á su afortunada competidora, aunque el nombre del inmundo animal no tuviera el feo significado que hoy se le atribuye, especialmente en Italia?

¿Tuvo Píndaro por padre á Daifanto ó á Escopelino? ¿Debió, en verdad, á la enseñanza de su madre Mirtis la destreza en versificar que han admirado los siglos? ¿Fueron realmente maestros suyos Simónides y su futura rival Corina? ¿Murió á los cincuenta y seis ó á los ochenta y seis años de edad?

No quiero ni puedo entrar en el fondo de estas cuestiones. A V., querido Marcelino, tan familiarizado con el polvo de las bibliotecas, toca dilucidarlas; y espero ver pronto un estudio, como los que V. acostumbra, sobre el gran poeta que tanto trabajo me ha costado interpretar.

«Píndaro, dice Quintiliano, es el príncipe de los nueve poetas líricos griegos, sobresaliendo por su inspiración, su magnificencia, sus sentencias, sus figuras. Es felicísimo en la riqueza de sus expresiones y la variedad y abundancia de sus asuntos, y se deja llevar, si así puedo expresarme, por un torrente de elocuencia, de tal suerte, que Horacio juzga que nadie es capaz de imitarlo.»

Esta maravilla de la lírica poesía es la que yo he osado manejar con mis indóciles manos, y revestir con el tosco traje español que yo mismo he cortado. Que nadie me tache de temerario. A V. debo el haber acometido la empresa; á V. el haberla llevado á cabo; y á V. puedo aplicar los siguientes versos de nuestro Píndaro (Pítica X) que me servirán de respuesta á los que censuren mi osadía:

Yo de Torace en el amor confío,  
Mi dulce huésped, cuya diestra amiga  
De las Musas me puso en la cuadriga  
Con ardor exigiendo el canto mío.

Creo que ya es tiempo de bajar del brillante carro de las hijas de Apolo, y que no volveré V. á hacerme empuñar sus doradas riendas. A V. y á sus discípulos toca enriquecer nuestra literatura con las versiones de los clásicos griegos de que aun carece. Yo creo haber contribuído ya con un contingente proporcionado á mis fuerzas, traduciendo en verso castellano los Bucólicos, y ahora el Píndaro, que remito á V. y pongo bajo sus auspicios. Reciba V. en prenda de invariable amistad, este volumen, en cuya compañía quisiera de buena gana cruzar los mares y dar á V. un abrazo, quien se repite

Siempre suyo,

IGNACIO MONTES DE OCA.

México, febrero 15 de 1882

---

## VIDA DE PÍNDARO.

---

Píndaro, príncipe de los poetas líricos, fué Tebano, del pueblo de Cinoscéfalas, entre Tespias y Tebas, en Beocia. Su padre fué Daifanto; otros dicen que Escopelino ó Pagondas: algunos conjeturan que éste último fué su padrastro, y no falta quien llame al segundo su tío. Tuvo por madre y primera preceptora á Mirtis ó Mirto, y nació, poco más ó menos, el año 520 antes de Jesucristo, contando de 37 á 40 cuando la armada de Jerjes fué vencida frente á Salamina. Su principal maestro, no sólo en la poesía, sino en pulsar la lira, fué Laso de Hermione, célebre poeta, autor de famosos ditirambos. Tuvo también por preceptor á Simónides, el lírico más insigne de aquellos tiempos; aunque, si esto es cierto, poco imitó el fogoso discípulo al suave y templado maestro.

Cuentan los antiguos que, siendo aún niño, un enjambre de abejas formó en la boca de Píndaro un panal de dulcísima miel; presagio de su futura preeminencia sobre los poetas líricos de todos los siglos y países. Casó con Megaclea (que otros llaman Timoxena), y tuvo un hijo varón, á quien dió el nombre de su abuelo Daifanto, y dos hijas llamadas Protómaque y Polimetis.

Fué religioso en extremo, y se distinguió por su singular veneración á Rhea, Apolo y Pan, y quiso que la casa de su habitación, en Tebas, se hallase situada junto al templo de la misma Rhea. Su pureza de costumbres, su hospitalidad, patriotismo y mansedumbre, lo hicieron muy popular; y gozó del favor de varios príncipes, especialmente de Alejandro (hijo de Amintas I) de Macedonia, de Gerón de Siracusa, y de otros cuyas hazañas cantó. Venció en un certamen musical á Mirtis, y fué cinco veces vencido en justas poéticas, por Corina de Tanagra, que algunos afirman había sido su maestra.

Por haber llamado á Atenas *celebérrima, espléndida, gloriosa, y baluarte de Grecia*, Διπαρά και ἀοίδιμοι Ἑλλάδος ἔρεισμα κλεινὰ Ἀθῆναι, lo multaron en mil dracmas los Tebanos, entonces en guerra con los Atenienses; pero éstos, al saberlo, le regalaron doble cantidad. Fué el único entre sus conciudadanos que mereció ser admitido á los sacrificios de Apolo, y participar de sus sagrados banquetes; y la sacerdotisa de Delfos le asignó, además, la mitad de las primicias ofrecidas á aquella divinidad. Tuvo una muerte plácida á los 65 ú 85 años de su edad, en una reunión sa-



grada (quizá las fiestas de Juno) en Argos: sus hijas trasladaron á Tebas sus restos mortales.

Los Atenenses le erigieron una estatua de bronce. Cuando los Lacedemonios tomaron á Tebas, respetaron únicamente la casa de Píndaro; y otro tanto hizo más tarde Alejandro el Grande, cuando incendió la misma ciudad.

---



ODAS OLÍMPICAS.



---

ODA PRIMERA.

---

A GERÓN, REY DE SIRACUSA;

VENCEDOR EN LAS CARRERAS DE CABALLOS.

Nada hay mejor que el agua: brilla el oro  
Como luciente llama en noche oscura  
Entre las joyas de real tesoro.

¿No ves ¡oh Musa! en la celeste altura  
Que en medio al solitario firmamento  
Ninguna estrella como el sol fulgura?

Si celebrar victorias es tu intento,  
A la Olímpica lid lleva tu lira;  
Que otra no habrá más digna de tu acento.

Ella á los vates el cantar inspira  
Del Tonante en honor; con que resuena  
La augusta casa do Gerón respira;

Rey que á Sicilia (de ganados llena)  
Mientras la flor de las virtudes liba,  
Con cetro bienhechor rige y ordena.

La música dulcísima cultiva,  
Y, brillante cantor, el arpa hiera  
Con que el poeta en el festín cautiva.—

Descuelga ya del clavo que la adhiere  
A la pared, la cítara de Doria  
¡Oh Musa! si cantar tu numen quiere

Del Alfeo y Ferénico la gloria.  
¡Noble bridón! corrió sin acicate  
Y á los brazos llevó de la victoria

A su dueño, de Pisa en el combate.  
¡Ah! Con razón del Rey siracusano,  
Sus corceles al ver, el pecho late.

Su fama admira el pueblo fuerte y sano  
Que Pélope de Lidia condujera;  
A quien amó Neptuno soberano,

Después que en la purísima caldera  
Volvió á formar su cuerpo Cloto santa  
Y el hombro de marfil le dió hechicera.

Mil maravillas hay; y al hombre encanta  
Fábula que de bella se gloria,  
Más que verdad cuya crudeza espanta.

Tal hermosura da la Poesía  
Y tanta autoridad, que hace creíble  
Lo que antes imposible parecía.

Mas la posteridad es infalible  
Juez. Hable de los Números el sabio  
Sin proferir jamás calumnia horrible.

¡Hijo insigne de Tántalo! el agravio  
De repetir antiguas falsedades,  
No te hará, no, mi reverente labio.

Cuando, correspondiendo á sus bondades  
En Sípilo á banquete sin mancilla  
Convidó tu buen padre á las Deidades,

El dios, cuyo tridente al ponto humilla,  
Sobre sus yeguas de oro, enamorado,  
Te trasportó de Olimpo á la alta silla,

Do el tierno Ganimedes fué llevado  
Por el águila, el néctar delicioso  
A propinar á Jove destinado.

Buscábante con rostro congojoso  
Tu madre y sus amigos por doquiera;  
Mas todo en vano. Entonces envidioso

Vecino, murmuró que en la caldera  
Hecho pedazos mil, en agua hirviendo  
Tu cuerpo sumergió venganza fiera,

Y tus miembros, en mesa irreverente  
Colocaron los Dioses, su apetito  
En tí cebando con horrible diente.

Yo blasfemias tamañas no repito.  
¿Cómo acusar á un dios de intemperancia?  
Es el murmurador siempre maldito.

Si algún mortal se vió desde la infancia  
Colmado de riquezas y de honores,  
Por los que habitan la celeste estancia,

Ese Tántalo fué; mas de favores  
Gozar no supo su soberbia loca,  
A sus débiles fuerzas superiores;

Y sobre su cabeza enorme roca  
Suspende Jove: aterrador castigo  
Que á una inquietud eterna lo provoca.

Y esta vida sin techo y sin abrigo,  
De la sed y del hambre los tormentos,  
Y de insomnio sin fin, lleva consigo.

El néctar y ambrosía tuvo alientos  
De robar á los Dioses inmortales,  
Y dar como vulgares alimentos



En eterno festín, á sus iguales,  
Los que inmortal lo hicieron. ¡Loca empresa!  
¿Qué se oculta á los ojos celestiales?

Por crimen tal lo arrojan de su mesa  
Sus divos padres; y sobre él de muerte  
La sentencia común, de nuevo pesa.—

Su juvenil mejilla apenas vierte  
La flor del primer bozo, cuando ansía  
A gloriosa doncella unir su suerte;

Mas antes de pedir á Hipodamía  
Al Príncipe de Pisa, á la ribera  
Del mar, va solitario en noche umbría;

Y al que en el ponto bramador impera  
Con el áureo Tridente, el joven llama;  
Y el Numen de las aguas salta fuera.

«¡Neptuno (dice), si de Venus ama  
Tu ardiente pecho los preciosos dones,  
Hoy tus favores sobre mí derrama!

»Ya de Enomao, trece corazones  
La lanza atravesó; de su hija el lecho  
Negando á los espléndidos varones.

»Su férrea punta aparta de mi pecho;  
Y á Elis volando en rápida cuadriga,  
A la victoria llévame derecho.

»Aborrece el peligro y la fatiga  
Imbele corazón; mas el valiente  
Que de morir la certidumbre abraza,

»¿Cómo será posible que indolente,  
Sin gloria y sin honor, vejez oscura  
En paz inútil á aguardar se siente?

»De la victoria pende mi ventura,  
Y emprenderé la lid: á mis afanes  
El anhelado triunfo tú asegura.»

Dijo: y no fueron súplicas inanes.  
Neptuno lo agració con carro de oro  
Y alados incansables alazanes.

Ganó á Enomao el virginal tesoro,  
Que seis héroes le dió, de las fulgentes  
Virtudes, gratos al celeste coro.

Y hoy día, á funerales esplendentes  
Cabe su altar y túmulo, á la orilla  
Concurren del Alfeo extrañas gentes.

De Pélope la prez de lejos brilla  
En la Olímpica lid, de ligereza  
Y de atléticas fuerzas maravilla.

¡Dichoso aquel que ciñe su cabeza  
Con el lauro del triunfo! De dulzura  
Vida eterna, y de paz, para él empieza.

Place al mortal felicidad que dura  
Más que otro galardón. Al caballero  
Cuyo bridón cual vencedor figura,

Con Eólicos himnos tejer quiero  
Corona triüfnal. De altos loores  
Otro más digno señalar no espero.

¿Quién de los más esplendidos señores  
Los corceles como él doma robusto,  
Ó conoce del arte los primores?

Tu numen protector, ¡Gerón auguste!  
Con tal afán sobre tu gloria vela,  
Que ordena los sucesos á tu gusto.

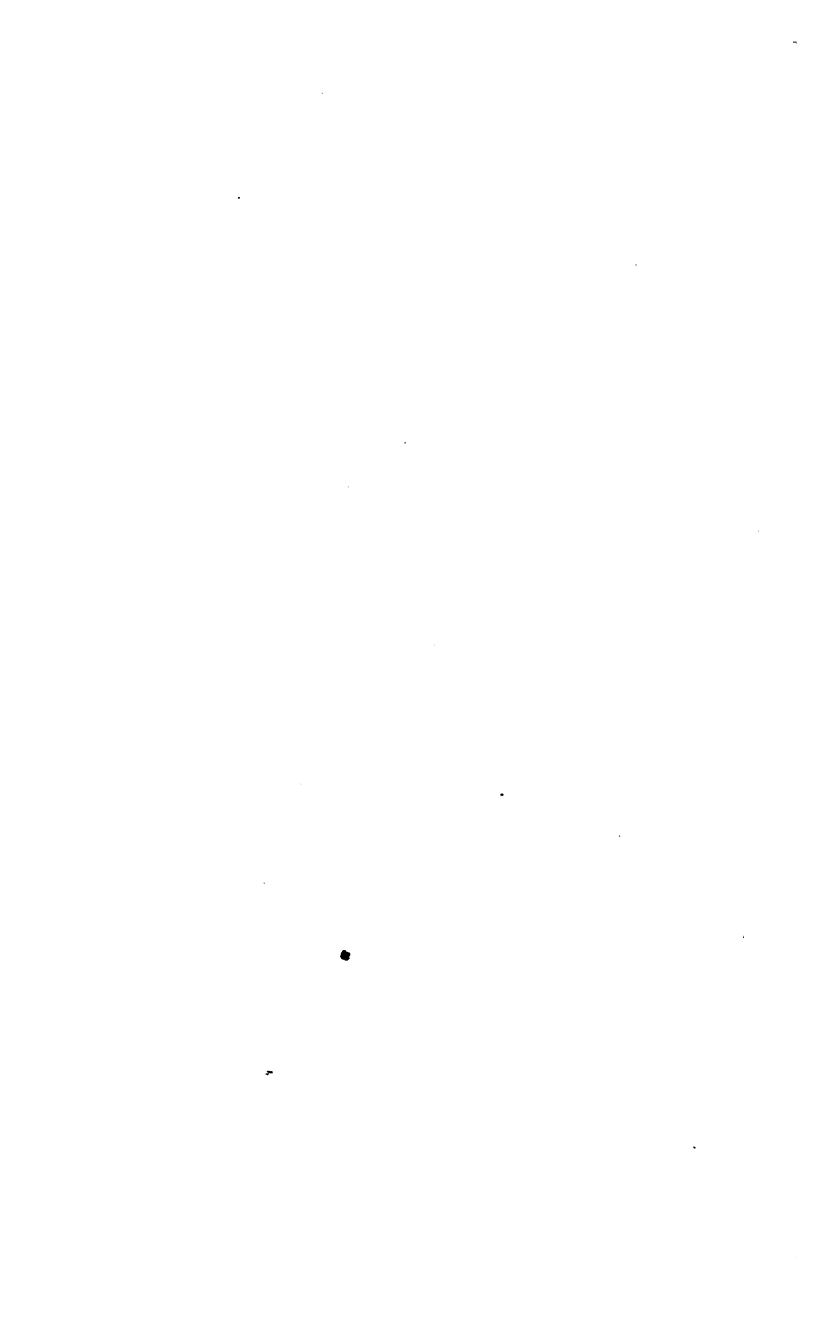
Que presto entonaré, tu ardor revela,  
Himno más dulce á tu veloz cuadriga,  
Si no te deja su eficaz tutela.

De Cronio la región, que el sol abriga,  
Palabras me dará: flecha volante  
Me guarda en su carcaj la musa amiga.

Es de mil modos el mortal brillante:  
La regia dignidad es la suprema;  
No aspire á pasar más adelante.

Conserva hasta la muerte la diadema:  
Cual la presente, espléndidas victorias  
A mis cánticos den sublime tema,

Y admire Grecia por doquier mis glorias.



---

ODA SEGUNDA:

A TERÓN, REY DE AGRIGENTO,  
VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Himnos, que de la lira  
Monarcas sois y dueños!  
¿Qué semidiós, qué numen,  
Cuál héroe cantaremos?  
De Júpiter es Pisa,  
Y estableció los juegos  
Olímpicos Alcides  
Cual bélico trofeo.

Hoy celebrar el triunfo  
Con voz sonora debo  
Que la veloz cuadriga  
Donó á Terón excelso,

Varón hospitalario,  
Columna de Agrigento,  
Flor de gloriosa raza,  
Señor de vasto reino.

A esta sagrada margen  
Trajo destino adverso  
A sus mayores, astros  
Del siciliano suelo.  
Propicia la fortuna,  
Oro y favor perpetuo,  
De ingénitas virtudes  
Les dió por justo premio.

¡Hijo de Rhea, Jove,  
Que diriges el cielo,  
Y el más alto certamen,  
Y el cristalino Alfeo!  
Por mi cantar movido,  
A sus ilustres nietos  
Conserven tus bondades  
El heredado imperio.

Mas ¡ay! justo ó injusto,  
Lo que pasó, ni el Tiempo  
A deshacer alcanza,  
Aunque de todo es dueño.  
Con mejor suerte, olvido  
Vendrá: cuando consuelo  
Manda el Hado, perece  
Del mal hasta el recuerdo.

De Cadmo, á mi discurso  
 Sirven de noble ejemplo,  
 Las vírgenes augustas  
 Que tanto padecieron;  
 Pero de las cuitadas  
 Cedió el enorme duelo  
 De bienes más durables  
 Bajo el precioso peso.

Aunque del rayo herida,  
 De Olimpo bajo el techo  
 Vive Semele hermosa,  
 La de gentil cabello.  
 Minerva la ama siempre,  
 Jove la adora tierno,  
 Y su hijo (que de hiedras  
 Se corona) Liéo.

Vida inmortal de numen  
 Ino en el ponto inmenso  
 Lleva con las marinas  
 Hijas del gran Nereo.  
 El hombre de su muerte  
 No sabe ni el momento,  
 Ni si un día felice  
 Querrá engendrarle Febo.

65- Las olas de la vida  
 Con incesante juego,  
 Ya dan prosperidades,  
 Ya dolores sin cuento.

El Hado así propicio  
Sonrió á tus abuelos,  
Haciéndolos dichosos,  
Y grandes, y opulentos.

Mas antes la desgracia  
Manchó el hogar paterno,  
Desde el fatal Edipo  
Con homicida acero  
Atravesó á su padre  
Layo, sin conocerlo,  
El oráculo antiguo  
De Pitona cumpliendo.

Erinis mira el crimen,  
Y en fratricida duelo  
Destruye vengativa  
Sus vástagos guerreros;  
Tersandro sobrevive  
A Polinices muerto,  
Famoso en la palestra  
Y en combates sangrientos.

Él fué de los Adrástidas  
Vengador y renuevo;  
Progenitor del grande  
Hijo de Enesidemo,  
A cuyo triunfo, cantos  
Encomiásticos debo  
Consagrar, de mi lira  
Con los sonoros ecos.



Terón en Pisa cine  
Su frente sola. En Delfos  
Y el Istmo, con su hermano  
Divide los trofeos  
Que á sus cuadrigas áureas  
Concede fallo recto,  
Al verlas doce veces  
Girar con raudo vuelo.

El gozo que da el triunfo  
Destierra el humor negro.  
Riqueza que acompaña  
A la virtud y al mérito  
A la victoria al hombre  
Lleva por mil senderos,  
Y, astro luciente, excita  
Noble ambición su fuego.

No ocúltase á quien goza  
Tal bien, lo venidero:  
Sabe qué penas sufren  
Las almas de los muertos;  
Crímenes cometidos  
De Jove en el imperio,  
Castiga inexorable  
Un juez en el Infierno.

Cual de día, en las noches  
Alumbra el sol al bueno.  
¡Cuán superior su vida  
Es á la del perverso!

Labrar no necesita  
El ingrato terreno,  
Ni atravesar los mares  
En busca de sustento.

Al lado de los Dioses  
Que venera el Averno,  
Los que guardaron fieles  
Sus santos juramentos  
Sin lágrimas disfrutan  
Reposo sempiterno,  
Mientras al malo afligen  
Terríficos tormentos.

Y á los que por tres veces  
Cambiando mortal velo,  
Sin pecado en el mundo  
Y en el Orco vivieron,  
De Júpiter les abre  
El benigno decreto  
Camino de Saturno  
Hasta el alcázar regio.

¡Oh, cuán bella es la isla  
De los santos recreo!  
La bañan perfumadas  
Las brisas del Océano;  
Brillan doradas flores,  
Ya sobre el verde suelo,  
Ya en los copudos árboles,  
O ya del agua en medio.

Guirnaldas entretejen  
Y sargas con sus pétalos,  
Con que alegres circundan  
Frente, manos y cuello,  
Los bienaventurados  
Que á aquel paraje ameno,  
De Radamanto envía  
El fallo justiciero.

Saturno, que disfruta  
El más sublime asiento  
En Olimpo, y de Rhea  
El conyugal afecto,  
Por asesor lo tiene;  
Y entrambos concedieron  
Estancia en aquella isla  
A Cadmo y á Peleo.

Allí condujo Tetis,  
Ablandando con ruegos  
El corazón de Jove,  
A Aquiles, cuyo acero  
Derribó á la columna  
Invicta de Ilión, Héctor,  
Y á Cicno, y de la Aurora  
Al vástago moreno.

Mil dardos voladòres  
En el carcaj reservo  
Pendiente de mis hombros,  
Que disparar deseo;

Pero tan sólo el sabio  
Puede entender mis versos,  
É intérpretes sufridos  
Requiere el vulgo necio.

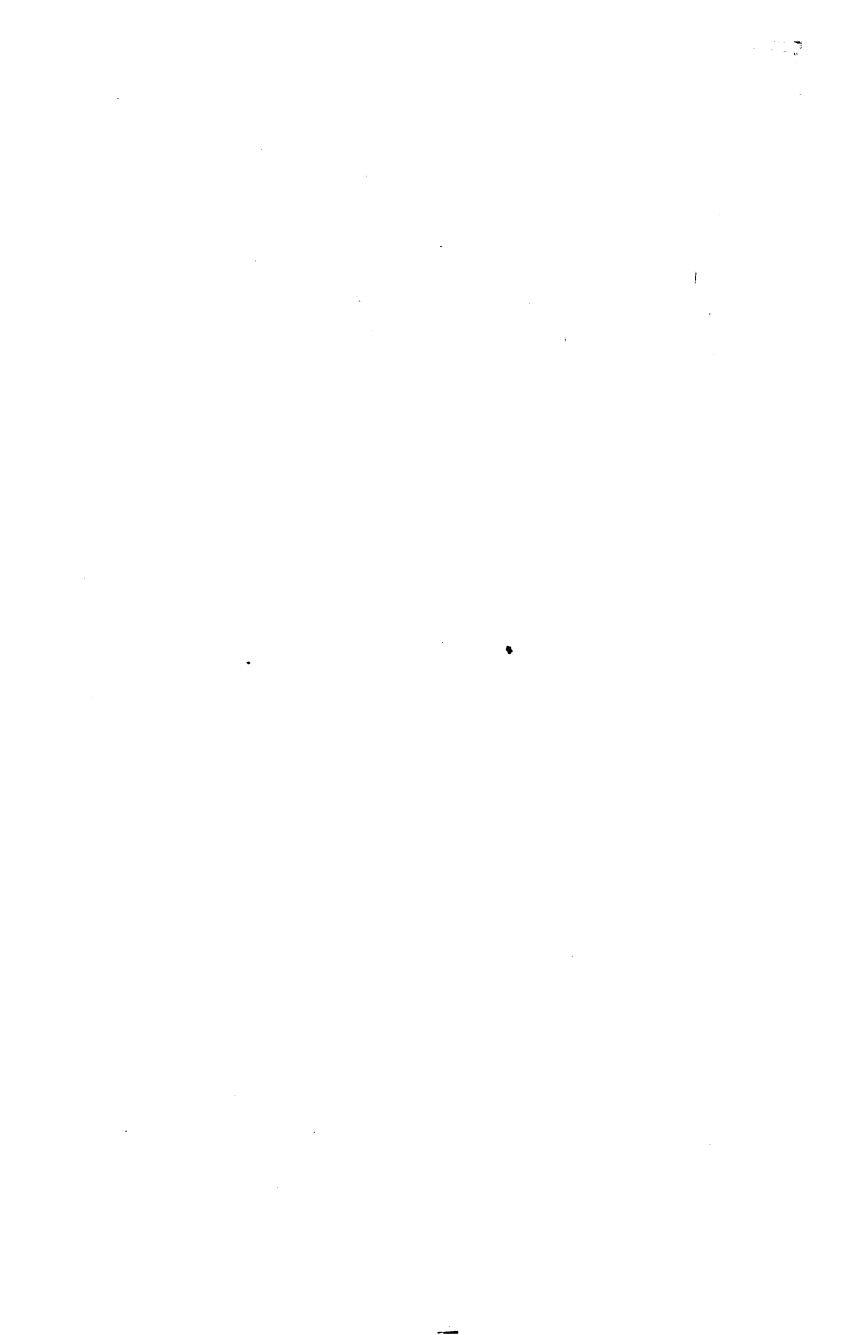
Al cielo eleva al vate  
Su natural talento;  
Pero aquel á quien forma  
Estudio sin ingenio,  
Insoportable grázna  
Como estúpido cuervo  
Que al águila de Jove  
Quiere seguir rastrero.

Al blanco ¡oh Musa mía!  
Tiende el arco certero.  
¿A quién nuestras benévolas  
Flechas dirigiremos?  
Oid los que, apuntando  
A la ínclita Agrigento,  
Entusiasmado entono  
Elogios verdaderos:

Desque, cien años hace,  
Surgió de sus cimientos  
La gran Ciudad (lo juro),  
No produjo su seno  
Amigo más constante,  
Príncipe más benéfico,  
Que Terón, de varones  
Generoso modelo.

Su fama excita envidia;  
É ingratos turbulentos  
Pretenden con maldades  
Oscurecer sus hechos.  
¡En vano! ¿Quién la arena  
Contó del mar inmenso?  
¿Ni quién narrar podría  
Sus favores sin cuento?

---



---

**ODA TERCERA.**

---

**AL MISMO TERÓN.**

**Los ínclitos Gemelos  
De hospitalarios, tiernos corazones,  
Miren desde los cielos  
Con benévolo rostro mis canciones,  
Y Helena, á quien adoro,  
Alma beldad de cabellera de oro.**

**Quiero cantar la gloria  
De la ciudad famosa de Agrigento,  
Y la feliz victoria  
Que de sus potros, émulos del viento,  
La infatigable planta,  
A Terón trajo, desde Olimpia santa.**

La Musa bienhechora  
Me inspiró nuevo ritmo y melodía  
Con que mi voz sonora  
Pueda aplicar la Dórica armonía  
A la festiva danza,  
Del noble vencedor en alabanza.

El lauro que las crines  
De los bridones coronó, me manda  
Unir en los festines  
A las flautas y lira mi voz blanda,  
De Enesidemo al hijo  
Honrando, con celeste regocijo.

Exige mis loores  
También de Pisa la gloriosa arena,  
Do cánticos y honores  
(Del cielo rico don) la ley ordena  
Que estableciera Alcides,  
Para los venturosos adalides.

¡Feliz aquel valiente  
En cuyas sienas brilla la corona  
De oliva refulgente,  
Que con fallo imparcial justo le dona  
Desde el dorado solio,  
Guardador de la ley, el juez Etolio!

Trajo de las umbrosas  
Fuentes del Istro, de Hércules la diestra,  
Sus ramas olorosas,



Para ser, en la Olímpica palestra,  
Del combate incruento  
El más esplendoroso monumento.

A la Hiperbórea gente,  
Sierva de Apolo, la frondosa planta  
Ganó su ruego ardiente;  
Y ahora de Jove á la morada santa  
Presta su sombra densa,  
Y es del valor insigne recompensa.

Los quinquenales juegos  
Del sacro Alfeo á la divina cuna  
Llamábanlo, y los fuegos  
A su Padre encendidos: ya la luna,  
Pupila de la noche,  
Llena brillaba en su dorado coche.

Ningún árbol los valles  
De Pélope Saturnio protegía;  
Y solares y calles  
Se abrasaban al sol de mediodía.  
Vínole entonces gana  
A Alcides, de marchar á Istria lejana,

De Latona la diva  
Hija, á quien place sujetar bridones,  
Lo recibió festiva  
En las Escitias frías regiones,  
Al llegar por extrañas  
Sendas, de las Arcádicas montañas.

Los decretos paternos  
Y de Euristeo la maldad proterva,  
La de dorados cuernos  
Y á Diana consagrada, rauda cierva  
A buscar, inhumanos  
Lo enviaron á países tan lejanos.

Mientras le daba caza,  
Allá en el Norte descubrió el terreno  
De la Hiperbórea raza;  
Y el héroe se paró, de asombro lleno,  
A admirar de la fría  
Vasta comarca la arboleda umbría.

Y le asaltó la idea  
De circundar la arena, que fogoso  
Doce veces rodea  
Con la cuadriga el potro belicoso,  
Con los verdes olivos  
Que en aquella región crecen altivos.

Y las fiestas Alcides  
Con los Hijos de Leda ahora presencia.  
En las sagradas lides,  
Al Olimpo al subir, la presidencia  
Les dió su mano amiga  
Sobre el atleta, el potro y el auriga.

A la tribu Emenida  
Y al ínclito Terón, honra sublime  
La mano agradecida

De los claros Tindárides imprime.  
¿Callar cómo pudiera?  
Ensalza ¡oh lira! su piedad sincera.

De los divos Jinetes  
Adornan con fervor los santuarios,  
Y sagrados banquetes  
Les ofrecen, cual nadie hospitalarios,  
Teniéndolos propicios  
Sin cesar, con solemnes sacrificios.

Si el agua es la primera  
De los cuatro elementos primordiales,  
Y si el oro supera  
En esplendor á todos los metales,  
¿Quién disputar podría  
Al valor de Terón la primacía?

Desde Sicilia llega  
A las Columnas de Hércules su nombre.  
¡Musa! Tus alas plega:  
Avanzar más allá no puede el hombre,  
Y la barrera en vano  
Pretenderá saltar, cuerdo ó insano.

---

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

---

**ODA CUARTA:**

---

**A SAUMIS DE CAMARINA,  
VENCEDOR CON LOS CABALLOS.**

¡Oh Jove soberano,  
Que los rayos de plantas voladoras  
Lanzas con fuerte mano!  
Ya volvieron tus Horas  
De mi canto y mi lira inspiradoras.

Como veraz testigo  
De la altísima lid, su voz me envía.  
Al triunfo del amigo  
Se llena de alegría  
El que de ser su huésped se gloria.

¡Oh Vástago sublime  
de Saturno, señor del eminente  
Mongibelo, que oprimé  
Bajo su mole hirviente  
Las cien cabezas de Tifón rugiente!

Este cantar sonoro  
Que el vencedor Olímpico merece,  
De las gracias el coro  
A mi nombre te ofrece:  
Acógelo, y al vate favorece.

Como inmortal estrella,  
El canto las virtudes ilumina.  
En la cuadriga bella  
Hoy mi cantar camina  
De Saumis, alto honor de Camarina.

De oliva coronado  
Torna dichoso de la arena Elea.  
¡Ojalá que escuchado  
Por la Deidad se vea,  
Que propicia le dé cuanto desea!

Nadie la raza iguala  
De sus corceles: siempre mira henchida  
De huéspedes su sala;  
Y en la patria querida  
Merced á su virtud, la paz se anida.

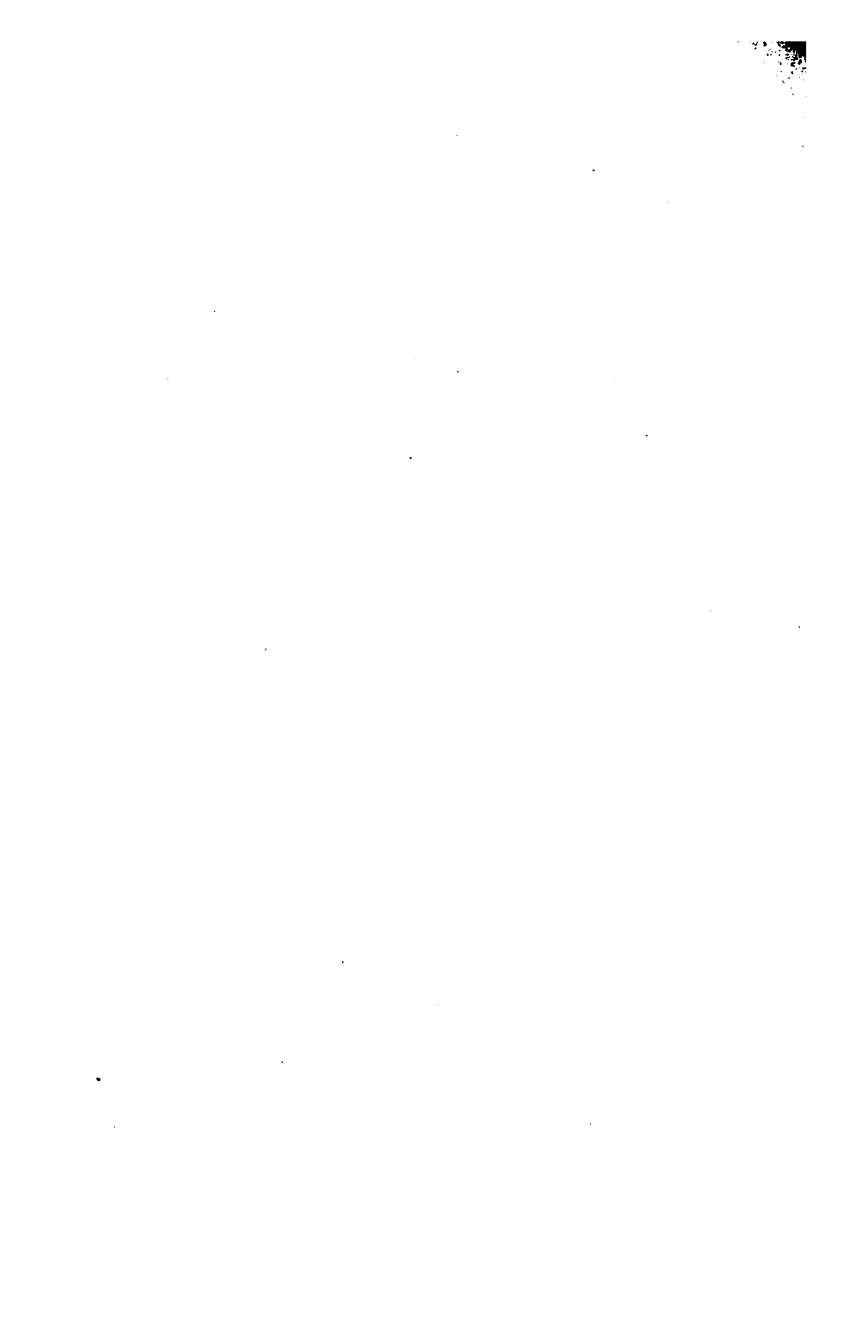
No quiero mis loores  
Manchar de la mentira con el cieno:  
De los calumniadores  
Destruyen el veneno  
Hechos cual los del hijo de Clímeno.

Risa causó á las bellas  
Hijas de Lemnos su senil figura;  
Mas él á las doncellas  
Cortó la risa impura,  
Corriendo con la fúlgida armadura.

Al acercarse ufano  
A recibir, al fin de la carrera,  
De la gallarda mano  
De Hipsípíle severa  
Su corona, le habló de esta manera:

«¿Viste mis pies veloces?  
Iguales son mi corazón y manos.  
También nacen precoces,  
Aun en años tempranos,  
Del joven en la sien cabellos canos.»

---





---

ODA QUINTA.

---

AL MISMO SAUMIS,  
VENCEDOR CON LA CUADRIGA, EL CARRO MULAR  
Y EL CABALLO DE SILLA.

¡Oh tú, que del Océano  
Eres prole divina,  
Recibe, oh Camarina,  
Con pecho bondadoso mi cantar  
De sus virtudes célicas  
La flor, Saumis te dona;  
Su Olímpica corona,  
Y el que la conquistó, carro mular.)

A tu ciudad espléndida  
Honran sus hechos nobles;  
Los seis altares dobles  
Hizo humear con hostias su fervor;

Y en fiestas y certámenes,  
 Fiel hasta el quinto día,  
 Ya en su carro vencía,  
 Ya en sus mulas ó potro corredor.

Y á tu sede novísima  
 Cedió su alto renombre:  
 De Acrón su padre el nombre  
 Resuena con el tuyo por doquier;  
 Y del reino de Pélope  
 Y Enomao tornando,  
 Tu bosque venerando  
 ¡Patrona Palas! hizo florecer.

Por Saumis celebérrima  
 Es la veloz corriente  
 Del Oano torrente,  
 Y el lago que refleja tu esplendor;  
 Y el sacro lecho de Híparis  
 Que sus hogares riega,  
 Y la madera entrega  
 Para tus techos de sublime altor.

A constrüir de alcázares  
 Espeso bosque empieza;  
 Aleja la pobreza  
 De tus hijos, su pródiga bondad.  
 Place aun al vulgo el éxito  
 De los proyectos vastos:  
 Riesgos, trabajo, gastos,  
 Con las virtudes luchan sin piedad.

A tí me vuelvo ¡oh Júpiter!  
Que al caudaloso Alfeo  
Y al antro sacro Ideo  
Concedes tu santísimo favor;  
Que entre las nubes cárdenas  
Tu habitación divina  
Tienes, y en la colina  
Del alto Cronio, ¡Numen salvador!

No desdeñes las súplicas  
Que, al són de Lidias cañas,  
Tus piadosas entrañas  
Aspiran melodiosas á ablandar;  
Y á esta ciudad perínclita  
De heroicos pobladores,  
Dígnate tus favores  
Con generosa mano prodigar.

¡Oh vencedor Olímpico,  
Señor de mil corceles!  
Endulcen tus laureles  
Y tus hijos, tu larga senectud.  
Ya sólo de los Númenes  
Falta subir al coro,  
Al que á montones de oro  
Une renombre, y tierras, y salud.

---



---

## ODA SEXTA.

---

Δ AGESIAS DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO DE MULAS.

El pórtico de alcázar eminente  
Sostiene el arquitecto con pilares  
De mármoles y de oro reluciente;

Y dorado portal á mis cantares  
Quiero poner: la espléndida fachada  
Del palacio, han de ver desde los mares.

Quien de Olímpico lauro coronada  
Muestra su sien, y á Jove hostias ofrece  
En el ara por Pisa levantada,

Y de la noble Siracusa acrece  
El glorioso recinto, ¿qué canciones,  
Si elogiarlo queremos, no merece?

¡Dichoso tú, que tal coturno pones  
A tu divina planta, prole augusta  
De Sóstrato, con ínclitas acciones!

Valor que no se prueba en lid robusta  
Con los hombres ó el líquido elemento,  
Ni al navegante ni al atleta gusta;

Pero levanta eterno monumento  
El pueblo, á los heroicos adalides  
Que probaron, luchando, su ardimiento.

¡Agesias! Para tí el encomio pides  
Que dirigió de Adrasto el justo labio  
A Anfírao, honor de los Oiclides,

Cuando la tierra al sacerdote sabio  
Tragando con su carro juntamente,  
De muerte infame le evitó el agravio.

Las siete piras al arder enfrente  
De las Tebanas puertas, así clama  
De Talayón el vástago doliente:

«¿Dó está el amigo á quien en vano llama  
Mi triste voz; que espléndido lucero  
De mis falanges pregonó la fama?

»Diestro vibraba el homicida acero,  
Y en el altar la víctima ofrecía,  
Santo profeta y sin igual guerrero.»

¡Señor y dueño de la lira mía,  
Profeta y lidiador Siracusano!  
Igual elogio te compete hoy día.

Yo, que detesto el disputar insano,  
Lo afirmo con solemne juramento  
Que las canoras Musas no harán vano.—

¡Oh Fintis, ven, más rápido que el viento!  
Unce las mulas, valeroso auriga,  
Que ancho camino recorrer intento.

Mi carro ha de llevar tu mano amiga,  
Hasta que á los perínclitos mayores  
De tu noble señor llegar consiga.

Mejor que los corceles voladores  
Ellas conocen la gloriosa senda,  
Desde que Olimpia las cubrió de flores.

A abrir las puertas, déjame que atienda,  
De la canción; y por la vía llana  
Volemos, conductor, suelta la rienda.

El camino tomemos de Pitana,  
Que del Eurotas á la amena orilla  
Hoy hemos de llegar á hora temprana.—

Fué Pítana gentil ninfa sencilla  
Que Neptuno sedujo; y de aquel lazo  
Provino Evadne, dulce morenilla.

El tierno fruto del vedado abrazo,  
Escondido hasta el crítico momento  
En los pliegues guardó de su regazo;

Y de la Arcadia al Príncipe opulento  
Llevaron á la niña las doncellas,  
Cuando pasó el feliz alumbramiento;

Y del Afeo en las riberas bellas  
Epito la educó; y allá en Fesina  
Febo, herido de amor, siguió sus huellas.

Ella libó las flores de Ciprina:  
Mas no se oculta á Epito vigilante  
La que va á germinar, planta divina.

A Delfos se dirige vacilante,  
Reprimiendo el furor y pena aguda  
Que el corazón desgárrale punzante.

Desvanece el oráculo su duda.—  
Evadne, en tanto, en la floresta umbría  
La purpurina faja desanuda.

Y con las Parcas, á asistirla envía  
Febo á Lucina, que á las madres ama;  
Y el dulce Yamo ve la luz del día.



Lo deja en su dolor sobre la grama  
La triste ninfa; y llegan dos serpientes  
Cuyas pupilas son vívida llama.

Por orden de los Dioses providentes,  
Lo nutren con la miel que en los panales  
De las abejas liban inocentes.—

Mientras, por los extensos pedregales  
De Pitona, cabalga el Rey gozoso,  
Y llega de su casa á los umbrales;

Y á todos los domésticos, ansioso  
Pregunta por el vástago felice  
Que Evadne ha dado á Apolo venturoso.

De su divino padre el nombre dice;  
Que ha de llegar á ser sobre la tierra  
Profeta eminentísimo, predice,

Y eterna, si el oráculo no yerra,  
Será su raza. Nadie sabe dónde  
El anhelado párvulo se encierra.

Que ni lo vió ni oyó, firme responde  
Cada mujer: ¡y el quinto sol ya brilla  
Sobre la hierba que al infante escondel

Humedecen su cándida mejilla  
Los pétalos de violas inmortales,  
De color purpurina y amarilla.

La madre, atenta á conjurar los males,  
Nombre inmortal para su niño toma  
De las flores, que ve, primaverales.

No bien el bozo en su mejilla asoma  
(De la adorable Pubertad divina  
Espiga de oro y prematura poma)

Cuando al sagrado Alfeo se encamina  
De noche el mozo, y salta reverente  
En medio de su linfa cristalina;

Y á su progenitor armipotente  
Neptuno, invoca; y de la sacra Delos  
Al Rey, que vibra el arco refulgente;

Y pide á los señores de los cielos  
La regia dignidad, que le permita  
Consagrar á los pueblos sus desvelos.

La voz paterna á confiar lo excita,  
Y, por nombre llamándolo, le jurá  
La gracia conceder que solicita.

«Levántate: mi voz guía segura  
De tus pasos será; de esa montaña,  
Hijo querido, sígueme á la altura.

»Esa comarca que el Alfeo baña,  
Patria común del lidiador Heleno  
Será, y admirador de gente extraña.»

Así dijo el oráculo; y del seno  
De las aguas saliendo, á la eminencia  
Del Cronio, Yamo al dios sigue sereno.

Allí de sus tesoros la opulencia  
Descubriéndole Febo, al mozo inspira  
De la adivinación la doble ciencia.

A oír su voz, exenta de mentira,  
Le enseña desde entonces; y le manda  
Que cuando Hércules venga (á quien admira

Como á su flor, la raza veneranda  
De los Alcides, semidiós glorioso,  
Cuya furia en la lid ninguno ablanda)

Y del padre en honor funde piadoso  
Fiestas solemnes y robustos juegos,  
Sobre el altar de Jove poderoso

Establezca el oráculo, y sus fuegos  
Encienda.—Desde entonces renombrados  
Los Yámidas han sido entre los Griegos.

Opulentos también y afortunados,  
De la fama el amor los arrebató:  
Síguenla por caminos no trillados.

El valer de los hombres aquilata  
Su propio proceder; mas de la Envidia  
Ninguno escapa á la cuchilla ingrata.

Hiere al hermoso con tenaz perfidia;  
Y hiere al que girando doce veces  
En redor de la meta, heroico lidia.

Si el Olímpico triunfo hora mereces  
¡Oh Agesias! de los ínclitos abuelos  
De tu madre, lo debes á las preces.

Del monte de Cilene entre los hielos  
Aplacaban con diario sacrificio  
A Mercurio, el heraldo de los cielos

Que de Arcadia al honor mira propicio  
Y las coronas en la lid reparte:  
A él y á Jove agradece el beneficio.—

Ansioso siempre ¡oh lira! de pulsarte,  
Hoy más que nunca que me aguza siento  
La lengua el pedernal, no sé con qué arte.

¡Estinfalia Metope! Dulce viento  
A tus floridas márgenes me lleva,  
¡Madre de la deidad por quien aliento!

Tú diste á luz á mi adorada Teba,  
De potros domadora, en cuya fuente  
Permite á su hijo que sin tasa beba.

Jamás entono al lidiador valiente  
Encomiásticos himnos, si no quita  
Su dulce manantial mi sed ardiente.—

¡Vamos, Eneas! A tu coro excita  
A celebrar á Juno sacrosanta  
Que en el Partenio monte excelsa habita.

En acordado són conmigo canta.  
El viejo adagio que desmientas quiero,  
Que á Beocia atribuye infamia tanta.

Cual báculo y querido mensajero  
De las Musas, y vaso que rebosa  
De altisonantes himnos, te venero.

Manda cantar á Siracusa hermosa,  
Y á Ortigia, do devoto se prosterna  
De Ceres á los pies color de rosa,

Y adora la potencia sempiterna  
De Júpiter Etneo y Proserpina,  
El rey Gerón, que justo las gobierna.

Le es familiar la cítara argentina  
Y el dulce canto. ¡Nunca su ventura  
Empañe el tiempo, que veloz camina!

Reciba con benévola finura  
Su majestad los cánticos triunfales  
Que á Agesias consagró mi lengua pura.

De los sagrados muros Estinfales,  
Gloria de Arcadia, de su madre cuna,  
Torna á su patria y techos paternos.

En noche tormentosa, á que la luna  
Niega su luz, en la agitada barca  
Dos áncoras tener es gran fortuna.

A su doble mansión quiera la Parca  
Enviar la dicha. Y tú próspero viento  
Da á su nave, ¡oh del mar alto Monarca!

Protégelo, Señor, por el contento  
Que de Anfitrite diéronte las bodas:  
Y de la fama el perfumado aliento

Acaricie las flores de mis odas.

---

---

ODA SÉPTIMA.

---

A DIÁGORAS DE RODAS,  
PÚGIL.

Agrada á padre anciano  
Con espléndida mano  
Tomar la copa, donde hierve opimo  
El rocío sabroso  
Que destiló dulcísimo racimo.  
Lo gusta, y generoso  
Al yerno juvenil luego lo pasa;  
Y va de casa en casa  
El bello cáliz de oro,  
Gloria de su tesoro  
Y del festín lujosa maravilla.  
El valioso presente  
Honra al novel pariente;

La admiración en sus amigos brilla,  
 Y proclaman feliz á quien alcanza  
 Novia tan bella y tan gloriosa alianza.

    Mi mano, de igual suerte,  
     De mis cantares vierte  
 El dulce néctar, don de las Camenas  
     Y de mi ingenio fruto,  
 Al que vence en atléticas arenas  
     Enviándolo en tributo.  
 Al varón que en Olimpia ó en Pitona  
     Gana verde corona,  
     Llena la lira mía  
     De célica alegría.  
 ¡Feliz el hombre á quien eterna fama  
     Donan los trovadores!  
     De mi cantar las flores  
 Sobre este y sobre aquel mi voz derrama,  
 Ya la cítara al himno acompañando,  
 Ya de las cañas el acento blando.

    Con ambos instrumentos  
     Hoy bajo, los concentos  
 A consagrar, de mis triunfales odas  
     A Diágoras robusto  
 Y á la que baña el mar, bélica Rodas;  
     Ninfa que el Sol augusto  
 Llama esposa feliz, é hija divina  
     De la bella Ciprina.  
     Al púgil giganteo  
     Que á orillas del Alfeo



Y de Castalia, coronó su frente,  
 Celebro entusiasmado  
 Y á Demageto (amado  
 De la Justicia) padre del valiente;  
 Gloria de la Isla que á Asia muestra altiva  
 Sus tres ciudades y su gente Argiva.

Sangre del noble Alcides  
 Hierve en los adalides.  
 De su linaje llegaré al Supremo  
 Progenitor ilustre,  
 Rastreando hasta el grande Tlepolemo  
 De su familia el lustre.  
 Del alto Jove la paterna rama  
 Oriunda se proclama,  
 Y la otra se gloria  
 De ser de Astidamía  
 Y de Amíntor insigne descendiente.  
 Innúmeros errores  
 Girando engañadores  
 Del infeliz mortal ciegan la mente;  
 Y el bien que ha de elegir, mísero ignora  
 Lo mismo el día de hoy que en la última hora,

Como patente ejemplo  
 De suerte tal, contemplo  
 De esta colonia al fundador gallardo.  
 La cólera no enfrena,  
 Y de Alectrión al vástago bastardo,  
 Que hermano fué de Alcmena,  
 Con duro tronco de silvestre oliva

Inhumano derriba  
A tiempo que, en Tirinto,  
Salía del recinto  
Del alcázar suntuoso, do moraba  
La culpable Midea,  
A Licimnio golpea  
De Tlepolemo audaz la fuerte clava:  
(¡Así aun al sabio la pasión ofusca!)  
Y el joven delincuente á Apolo busca.

El Dios de áureo cabello,  
Del oráculo el sello  
Dulce rompiendo entre perfumes suaves,  
De Lerna á la remota  
Isla, llevar le manda de sus naves  
La numerosa flota.  
Bañó con nieve de oro aquel terreno,  
Del espantoso trueno  
El Numen soberano,  
Cuando partió Vulcano  
Su alta cabeza, con segur luciente.  
Por la profunda herida,  
De armadura vestida  
Salió Minerva de la augusta frente;  
Y el que lanzó al nacer, grito de guerra,  
Hizo temblar los cielos y la tierra.

El que ilumina al mundo,  
Vástago rubicundo  
Del excelso Hiperión, baja al momento;  
Y á sus queridos hijos

Ordena celebrar tal nacimiento  
 Con santos regocijos.  
 Quiere que sus amados insulares  
 Los primeros altares  
 Con mano generosa  
 Erijan á la Diosa;  
 Y ofreciendo solemnes sacrificios,  
 A su padre sublime  
 Y á la Virgen que esgrime  
 El terrible lanzón, tengan propicios.  
 ¡De cuánto sirve al hombre la prudencial,  
 Gozo le da, poder y preeminencia.

Mas suele repentina  
 Venir ciega neblina  
 De olvido, que espesísima sepulta  
 La pobre mente humana,  
 Y de la empresa más sencilla, oculta  
 La senda recta y llana.  
 A la santa montaña así obediente  
 Sube la Rodia gente,  
 Y sólo allá repara  
 Que falta para el ara  
 El necesario germen de la lumbre.  
 Sin humo asciende el ruego,  
 Y víctimas sin fuego  
 Inmolan, del castillo en la alta cumbre.  
 Nube rojiza Júpiter les trae,  
 Y lluvia de oro sobre Rodas cae.

Luégo en las artes todas

Concede á los de Rodas  
La Diosa de ojo azul tal maestría,  
Que ninguno en el mundo  
Las bellas obras igualar podría  
De su cincel fecundo.  
Se vieron en sus calles esculturas  
Que vivas creaturas  
El extraño creyera.  
¡Dichoso quien supera  
Con la destreza el dolo! Eterna gloria  
Así el hábil artista  
A su patria conquista.—  
Cuando Júpiter (narra antigua historia)  
Sus reinos á los Dioses señalaba,  
Rodas sobre la mar aun no flotaba.

Bajo las turbias ondas  
En las cavernas hondas  
Del piélago, la isleta se escondía,  
Y nadie su existencia  
Indicó; ni del Sol, en aquel día  
La inevitable ausencia.  
Al Numen no alcanzó el repartimiento,  
Y al oír su lamento  
Otro nuevo dispone  
Jove; mas él se opone  
Y «dame (al Padre de los Dioses dice)  
La que en mi diurno giro,  
En lo profundo miro  
Del espumoso mar, tierra felice.  
Producirá mil héroes esforzados,

Y nutrirá magníficos ganados.»

La obtiene del Tonante;  
 Y exige que levante  
 La derecha fatal Laquesis (Parca  
 De dorada diadema)  
 Confirmando del célico Monarca  
 La donación suprema.  
 Júpiter da su excelso asentimiento,  
 Y el sacro juramento  
 Por la Estigia laguna,  
 A que Deidad ninguna  
 Puede faltar, pronuncia; asegurando  
 Que apenas al ambiente  
 Salga la isla naciente,  
 La regirá del Sol el cetro blando.  
 No fué del Numen la aserción insana,  
 Ni del Tonante la promesa vana.

De la salada linfa  
 Surge la dulce Ninfa;  
 Y de ella y del solar que la circunda  
 Es rey y amante esposo  
 El Padre de la luz que al Orbe inunda,  
 Cuyo carro fogoso  
 Conducen potros cuyo aliento es llama.  
 La tierna Rodas lo ama,  
 Y de su casto enlace  
 Sabia progenie nace,  
 De aquella edad prodigio verdadero  
 Que la virtud acendra.

Del Sol un hijo, engendra  
 A Yaliso, y á Lindo, y á Camero,  
 Que la ínsula en tres partes se dividen,  
 Y hacen que con sus nombres se apelliden.

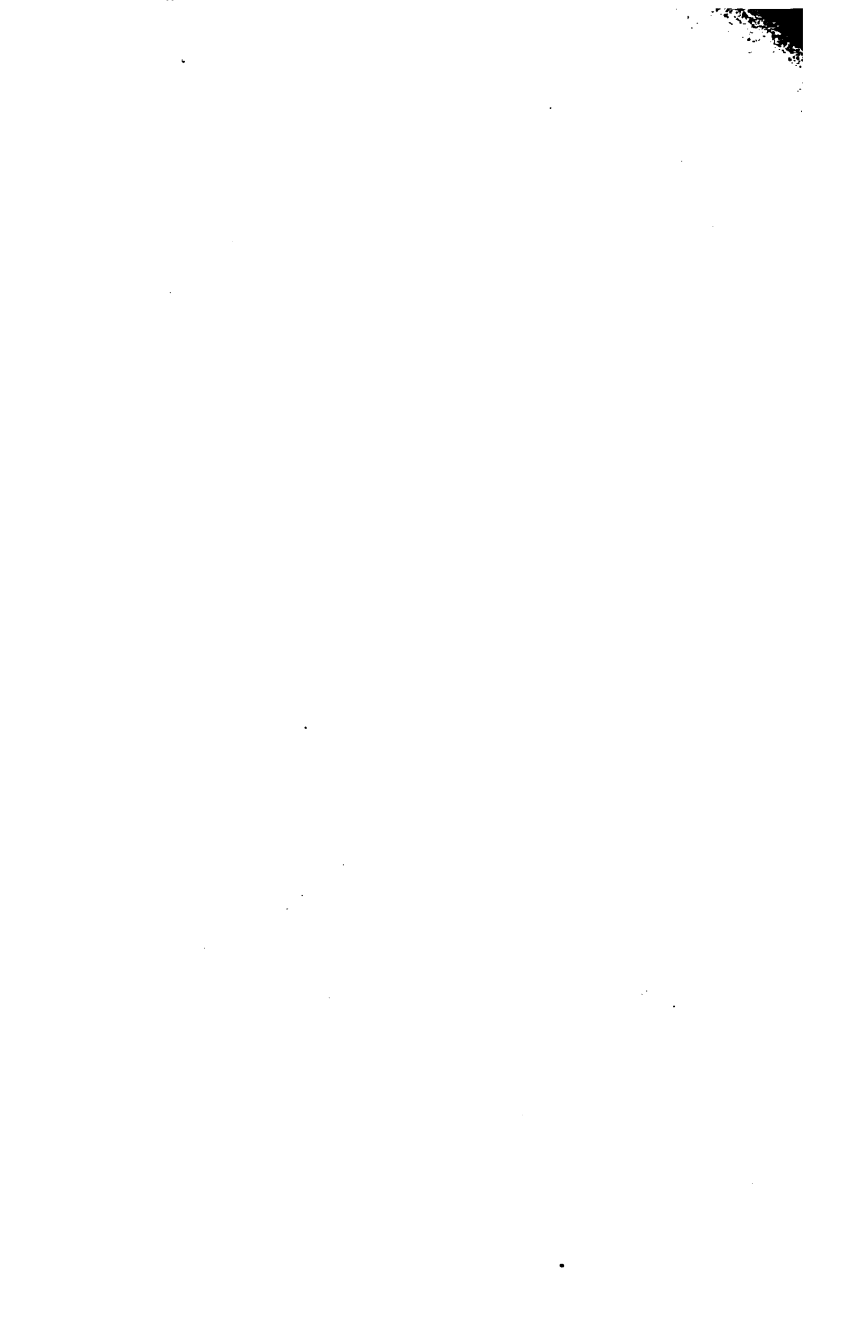
En isla tan augusta,  
 Cual recompensa justa  
 De sus trabajos é infortunio extremo,  
 De fúnebres honores,  
 Al Rey de los Tirintios, Tlepolemo,  
 Colman sus moradores.  
 En sus altares, como á excelso Numen,  
 Víctimas se consumen;  
 Y su gloriosa tumba  
 Con el eco retumba  
 De juegos, en que gana ya dos veces  
 Diágoras la corona.  
 El heraldo pregona  
 ¡Istmo gentil! las cuatro que le ofreccs.  
 Una tras otra le ciñó Nemea;  
 Una tras otra Atenas la petrea.

Engalanarlo pudo  
 En Argos el escudo  
 (Premio al valor) de bronce refulgente;  
 En las heroicas pruebas  
 De Arcadia, el cáliz de metal luciente  
 Ganó, y en las de Tebas;  
 Beocia en sus certámenes legales  
 Le canta himnos triunfales;  
 En Egina y Pelene

Seis victorias obtiene;  
Y lápida de mármol en Megara  
Su nombre inmortaliza  
Sin igual en la liza.  
¡Oh Padre Jove, cuyo cetro ampara  
Del Atabirio excelso el monte santo!  
El homenaje acepta de mi canto.

Cubre, Señor, de gloria  
Al que la gran victoria  
En Olimpia ganó, púgil valiente.  
Estima y reverencia  
Entre la propia y extranjera gente  
Le dé tu omnipotencia;  
Que el rumbo sigue á la arrogancia opuesto,  
Enérgico y modesto;  
Y los ejemplos raros  
De sus mayores claros  
Siempre su norma son. ¡Musa! No olvides  
Que del buen Calianate,  
Célebre en el combate,  
Es nieto, y de los nobles Eratides.  
Rodas está de fiesta. Su contentó  
No venga á perturbar mudable viento.

---





---

## ODA OCTAVA.

---

A ALCIMEDONTE DE EGINA,

JOVEN LUCHADOR.

•

¡Oh madre de las lides  
Fecundas en coronas refulgentes,  
Reina de la verdad, sagrada Olímpia!  
En tu seno el fatídico profeta  
En las ardientes víctimas explora  
La voluntad de Júpiter, que el rayo  
Rápido vibra; y sin errar conoce  
Cuando los votos del atleta escucha  
Que á la victoria y al reposo, premio  
Debido á los certámenes, aspira.  
A la piedad concede -  
Y á las preces del santo sacerdote  
Su respuesta el oráculo. ¡Oh de Pisa  
Frondosísimo bosque, cuyas ramas

Prestan su sombra al cristalino Alfeo!  
Recibe este cantar, y las coronas  
Triunfales que te ofrezco. Alto renombre  
Adquiere siempre el vencedor ilustre  
A quien tú recompensas; pero varios  
Los galardones son, y por caminos  
Diversos, á la gloria nos conducen  
Los Dioses inmortales.

¡Timóstenes! El Hado  
A tu hermano y á tí, bajo las alas  
De Jove colocó; vuestro patrono  
Desde la cuna. Tú, renombre eterno  
En Nemea ganaste: á Alcimedonte  
Hoy alegra la Olímpica victoria  
De Crono en la colina. ¡Cuán gallarda  
Era del joven la marcial figura!  
Y sus heroicos hechos  
De su aspecto gentil no desdecían.  
En la lucha venciendo, de su patria,  
La bella Egina (cuya armada empujan  
Remos inmensos), el ilustre nombre  
Elevó hasta los cielos. Allí Temis,  
Salvadora Deidad, nunca abandona  
A Jove, defensor del extranjero;  
Y reina más gloriosa  
Que en ningún otro pueblo de la tierra.

En extremo difícil  
Es decidir con imparcial dictamen,  
Cuando á uno y otro lado

Variado peso la balanza inclina.  
Pero la providencia  
De los Númenes, quiso que, igualmente  
Que Olimpia, esta región que ciñe el ponto  
Seguro asiló y divinal columna  
Fuese á los numerosos peregrinos  
Que acuden en tropel de todas partes  
A su bello recinto. (¡Quiera el tiempo  
Nunca variar su genio hospitalario!)  
Desde Éaco, la Dórica familia  
La gobernó. De la gentil Latona  
El vástago, y Neptuno poderoso,  
Al semidiós llamaron  
Como auxiliar en la divina empresa  
De circundar á Ilión con fuerte muro.  
Los Hados decretaban  
Que al encenderse las voraces guerras,  
De ciudades verdugos, de humo espeso  
En nube aterradora, se verían  
Envueltos los Troyanos balüartes.

No bien la nueva torre  
Terminan los artífices divinos,  
Cuando hórridas la asaltan tres serpientes  
De azulado color. Dos al instante  
Caen; y retorciéndose, el aliento  
Último exhalan. La tercera al muro  
Se abalanza, y con silbos horrorosos  
Penetra en el recinto. Apolo estudia  
El adverso prodigio, y así dice:  
«Eaco, semidiós: de la muralla

La parte que tus manos han labrado  
Caerá derribada, y por la brecha  
En Pérgamo entrarán los enemigos.  
(Así me lo revela este portento  
Que el Tonante ha mandado.) Su caída  
Se deberá á tus hijos; pero sólo  
En la primera y cuarta  
Generación vendrán.»

#### Tales sentencias

Profiere el rubio Numen infalible,  
Y de las Amazonas  
(Bellas cabalgadoras) por el Xanto  
Avanza á la región, y á las comarcas  
Que riega el Istro. Su veloz cuadriga  
Dirige en tanto al Istmo,  
Que el Océano baña, del Tridente  
El excelso Monarca; y con sus yeguas,  
De oro adornadas, otra vez á Egina  
Al buen Eaco lleva, y de Corinto  
A la eminencia, el célebre banquete  
A presenciar, y las famosas fiestas.

Nada hay entre los hombres  
Que á todos á la par deje contentos.  
Si para el viejo preceptor Milesias  
Los honores reclamo por el triunfo  
De sus nobles discípulos imberbes,  
En mis cantares, guárdese la Envidia  
De arrojar á mi faz agudas piedras.  
Que en juvenil edad, igual victoria

En Nemea ganó, y en el *pancracio*  
Mucho tiempo después á varoniles  
Atletas ha vencido, yo aseguro.

Maestro acostumbrado á la victoria,  
Mejor enseña que varón imbele  
Que jamás combatió. Loco es el hombre  
Que la ignorada senda  
A otro intenta mostrar; y por los aires  
Vaga la mente de inexperto guía.  
¿Quién mejor que él la disciplina ruda  
Enseñarnos podrá, que forma al héroe  
Ansioso de ganar en los combates  
El codiciado premio? Alcimedonte  
Su trigésimo alumno  
Es ya, que ha conseguido la victoria.  
Con el favor divino  
Y su propio vigor, postró en el suelo  
A cuatro niños, que á la patria mudos  
Y sin honor, por sendas extraviadas  
A tornar obligó, mientras alegre  
De su triunfo gozaba. Nueva vida  
En su abuelo infundió, que de los años  
Resista al peso abrumador: la gloria  
Hace olvidar hasta la tumba fría.

Tierno recuerdo consagrar es justo  
A los bravos Blepsíades, mi canto  
También á sus hazañas dirigiendo.  
Ya la sexta corona es la presente  
Que sus invictas manos, de los juegos

A las frondosas ramas, arrancaron.  
También á los difuntos  
Atañe una porción de los honores  
Que el rito á los vivientes asegura;  
Ni les oculta el polvo  
La gloria de su noble descendencia.  
¡Oh Fama, de Mercurio  
Hija querida! A los Eliseos campos  
Rápida vuëla, y á Ifiön anuncia  
La fausta nueva; los solemnes triunfos  
El refiera á Calímaco, que Jove  
En la Olímpica arena  
A su ilustre familia ha concedido.  
¡Que bienes sobre bienes acumule  
Sobre ella su bondad, y las agudas  
Enfermedades, del umbral aparte  
De Alcimedonte y de su hermano tierno!  
Jamás su providencia  
A Némesis permita vengadora  
La dicha perturbar que los circunda.  
Una vida feliz, libre de males  
Les conceda hasta el fin, y altos honores  
Vierta sobre ellos y su dulce patria.

---

---

ODA NOVENA.

---

À EFARMOSTO DE OPUNTE,  
LUCHADOR.

Bastante ha resonado  
De Arquíloco la triple melodía,  
    Cuando al Cronio collado  
A Efarmosto la pompa conducía,  
    Repiñiendo constante  
Siempre la misma aclamación triunfante.

Mil flechas, de la aljaba  
Saca de tus hermanas, y su punta  
    Primero en Jove clava;  
Al promontorio de Elis luégo apunta,  
    (Dote de Hipodamía  
Que Pélope gánara) ¡oh Musa mía!

A Pitona certero  
Otro dardo raudísimo dispara.  
Con cántico rastrero  
No has de alabar á Opunte la preclara,  
Hoy que á mi dulce lira  
Del hijo y de la madre el nombre inspira.

¡Temis! En ella imperas  
Con Eunomia, tu prole salvadora.  
Con flores las riberas  
Del Alfeo, y Castalia bullidora  
Ciñen la sien corteses  
De la madre feraz de los Locreses.

De la ciudad querida  
Anunciarán doquiera mis cantares  
La fama esclarecida.  
Más que velera nave por los mares,  
Más que corcel de guerra  
Volarán presurosos por la tierra,

Si con divino acierto  
Las seductoras Gracias me conceden  
Labar su dulce huerto.  
En delicias bañar, sólo ellas pueden;  
Y valor y prudencia  
De los Númenes da la omnipotencia.

¡Sin ellos, cómo pudo  
Hércules, del Tridente, con la clava  
Vencer el golpe rudo



Quando Neptuno en Pilos lo asaltaba?  
 ¿Ni cómo pudo él solo  
 Al arco de oro resistir de Apolo?

¿Ni cómo, de otra suerte  
 La vara de Plutón dejó su presa  
 Arrancar á la muerte?  
 El tema es peligroso; ¡oh lengua! cesa,  
 Que ni se jacta el sabio,  
 Ni hace á los Dioses, murmurando, agravio.

¿Por qué, Musa, no callas?  
 No mezcles á los Númenes supremos  
 En guerras y batallas.  
 De Protogenia la ciudad cantemos,  
 Habitación primera  
 Que á Pirra y Deucalión Júpiter diera.

Bajaron del Parnaso,  
 Y de las piedras, sin nupciales ritos,  
 (¡Oh peregrino caso!)  
 Brotar hicieron pueblos infinitos.  
 Duro su nombre suena,  
 Según su origen, en la lengua Helena.

A la raza sagrada  
 Abre ¡oh Musa! poético camino.  
 Al paladar agrada  
 El cáliz en que hierve añejo vino;  
 Pero líricas flores  
 Mientras más nuevas son, suenan mejores.

Esta tierra fecunda  
(Según narra la historia) de repente  
Diluvio atroz inunda;  
Mas el arte de Jove omnipotente  
Al instante produjo  
En las aguas benéfico reflujo.

Famosos desde entonces  
Fueron vuestros abuelos, distinguidos  
Por su escudo de bronce;  
Reyes siempre en su patria, descendidos  
De Japeto, y la dama  
Que á la progenie de Saturno inflama.

En la Menalia altura,  
De Opunte-Deucalión á la hija hermosa  
Amor celeste jura  
El alto Rey de Olimpo; que á la fosa  
No deja su clemencia  
Al buen Locro bajar sin descendencia.

De su consorte el hijo  
(Divino germen), al marido anciano  
Llena de regocijo;  
Y de su abuelo el nombre soberano  
Lega al joven glorioso,  
En valor y belleza prodigioso.

Le cede la corona  
De su ciudad y pueblo; y tales nuevas  
La fama de él pregonas,

Que naturales de Argos y de Tebas,  
Y Arcades y Pisanos  
Vienen á ser regidos por sus manos.

Con singular aprecio  
Honra entre tanta gente peregrina  
El monarca, á Menecio  
(Hijo de Actor y de la bella Egina)  
Cuyo vástago al llano  
Vino, con los Atridas, de Teutrano.

Él sólo, con Aquiles,  
Cuando Telefo derrotó del Griego  
A las turbas hostiles,  
Sostuvo heroico el enemigo fuego,  
En tanto que á las popas  
De las naos fugábanse las tropas.

Desde entonces el mundo  
Admira de Patroclo la bravura,  
Y el hijo rubicundo  
De la alma Tetis, á su amigo jura  
No salir á batalla  
Si su lanza inmortal con él no se halla.

¿Cuándo será que al cielo  
Remontarme atrevido yo consiga,  
Y con osado vuelo  
De las Musas girar en la cuadriga?  
¡Oh! ¡Quién diera á mi canto  
Nuevos arranques hoy y nuevo encanto!

De la amistad la diestra  
Los ricos lauros á ensalzar me guía,  
Que la Ístmica palestra  
Viera resplandecer en solo un día,  
De Lamprómaco ardiente  
Y del varón que canto, en la alma frente.

A Efarmosto, Corinto  
En sus puertas donó doble presea;  
Y, en su feraz recinto,  
Otras el valle umbroso de Nemea:  
En Argos sus laureles  
A adultos quita; en Atica á donceles.

¡Ved cómo lo arrebató  
En Maratona prematuro arrojo;  
Y las copas de plata,  
Burlando agudo del maestro el ojo,  
Disputa triunfante  
A robusto varón el tierno infante!

Ningún Atleta gira  
Como él, sin tropezar, sobre la arena:  
La multitud lo mira,  
Y aplauso universal súbito suena.  
¿A quién la faz no encanta  
De tan bello garzón, y hazaña tanta?

Como lucero brilla  
En las fiestas de Júpiter Liceo  
De la Parrasia villa;

Y de Pelene lleva por trofeo,  
Contra la nieve cana,  
La rica estola de caliente lana.

Testigo de sus glorias  
Se eleva de Yolao el monumento;  
Y narra sus victorias  
Eléusis, que del mar refresca el viento.  
Prenda que da Natura  
Con resplandores sin igual fulgura.

De la fama á la cumbre  
De mortales en vano se encamina  
Inmensa muchedumbre,  
Con sólo la adquirida disciplina.  
Lo que no manda el cielo  
Oculta pronto del silencio el velo.

Quién presuroso vuela,  
Y quién se arrastra con tardía planta;  
Lo que un mortal anhela  
A otro tal vez aterrador espanta.  
Difícil es la vía  
Que á la eminencia y los honores guía.

Con la última proeza,  
¡Musa! las glorias del varón proclama.  
Fuerza, valor, destreza,  
El cielo bienhechor sobre él derrama.  
¡Espléndido trofeo  
Lleva al altar del vástago de Oileo!



---

ODA DÉCIMA.

---

A AGESIDAMO DE LOCRIS,

PÉGIL.

¿Dó está, decidme, el vástago de Arquéstrato,

El vencedor Olímpico valiente?

¿En qué rincón de mi cansada mente

Su nombre se ocultó?

Eché al olvido que le debo un cántico.

¡Verdad, hija de Jove, y tú, oh mi Musal

Hallad, os ruego, á mi pecado excusa,

Que yo no miento, no.

Pasó tiempo ha de mi promesa la época,

Y de la deuda la vergüenza dura;

Mas de otro canto la crecida usura

Mi crimen lavará.

Ved el torrente que en su curso rápido  
 La piedrecilla con violencia traga:  
 Himno que al héroe y á su patria halaga  
 Nuevo favor me da.

Impera la Justicia en la República  
 De Locris, la Señora de Occidente,  
 A quien aman Calíope esplendente  
 Y Marte el lidiador.

Huyó ante Cicno, de Mavorte vástago,  
 El hijo robustísimo de Alcmena;  
 ¿Qué mucho, si al principio vió la arena  
 Ceder al luchador?

Si al fin derriba á los soberbios púgiles  
 En la Olímpica lid Agesidamo,  
 Para Hilas, su maestro, yo reclamo  
 Honor y gratitud.

Así á Patroclo su victoria espléndida  
 Debió Pelides. Da fuerza infinita  
 La Providencia, al hombre á quien excita  
 Otro hombre á la virtud.

No espere nadie del triunfo el júbilo  
 Si á fuerza de sudores no lo gana:  
 Es el trabajo, de la vida humana  
 Clarísimo fanal.

La insigne lid honrar me manda Júpiter  
 Que Hércules victorioso instituyera,  
 Do de Pélope augusto se venera  
 El mármol sepulcral.



Frescos aún estaban los cadáveres  
Del inocente Ctéato y de Eurito:  
Por arrancar á Augías el prescrito  
    Precio, los inmoló.

Si de Hércules vencieron el ejército  
En Élide los hijos de Moliona,  
Después en los verjeles de Cleona  
    Su lazo él les tendió;

Y el Rey Epeo, engañador de huéspedes  
Su patria y su magnífica morada  
Vió presto por el hierro devastada  
    Y el incendio voraz.

Sumergió su ciudad honda vorágine,  
Que es loca empresa provocar al fuerte:  
Después de la derrota, halló la muerte  
    Que fué á buscar audaz.

Todo el botín, y sus falanges inclitas  
Condujo á Pisa el hijo del Tonante;  
Y un bosquecillo consagró al instante  
    Al gran Progenitor.

Del sacro templo al derredor del ámbito  
Marcó también la circular llanura,  
Dondé el banquete, tras la lucha dura,  
    Alegra al lidiador.

Al claro Alfeo entre los doce Númeres  
Cedió un altar, de amor en testimonio;  
Y á la vecina altura *Monte Cronio*  
    Piadoso apellidó.

En el reinado de Enomaó, estériles  
Rocas tan sólo y despobladas breñas  
Era aquella región, en cuyas peñas  
Nieve, no más, se vió.

En la inauguración de los certámenes  
Las Parcas solas viéronse presentes,  
Y el Tiempo, que atestigua á los ausentes  
La sincera verdad.

Él con certeza declaró á los pósteros  
Que sus despojos ofreciendo Alcides  
Estableció las quinquenales lides  
Y gran festividad.

¿Quién la corona, en el primer Olímpico  
Certamen, supo merecer bizarro  
Con pie, con manos ó veloce carro?  
Piérides, decid.

El recto estadio vió la planta rápida  
Vencer de Eono, jefe de Midea;  
Gloria en la lucha conquistó á Tegea  
Equemo el adalid.

Nadie en el pugilato al fuerte Dóriclo  
Pudo vencer, á quien Tirinto abriga;  
Semo de Mantinea, en la cuadriga  
No conoció rival.

El disco lejos arrojó con ímpetu  
(Aplaudiendo su ejército) el gallardo  
Eniceo, y de Frástor voló el dardo  
Derecho á la señal.

Era ya noche, y asomaba fúlgida  
La faz hermosa de la luna llena:  
Cantos y brindis la sagrada arena  
Venían á alegrar.

Fieles custodios de los ritos prístinos,  
Del Numen que concede la victoria  
Y enciende los relámpagos, la gloria  
Queremos hoy cantar.

Al dulce són de la argentina fístula  
Adaptaré mi retardado canto,  
Que de la clara Dirce al margen santo  
Al fin ya modulé.

Más ama el rico al hijo primogénito  
Que en la vejez le da su fiel esposa:  
La muerte le será menos penosa  
Si á su heredero ve.

Muy breve espira del placer el término  
Para el atleta que feliz combate,  
Si antes que al Orco baje, ínclito vate  
No lo hiciere inmortal.

A tí de gloria eterna las Piérides  
¡Agesidamo insigne! te coronan,  
Y mi flauta y mi cítara te entonan  
Un cántico triunfal.

De los Locreses la ciudad magnífica  
Y de Arquéstrato al hijo victorioso,  
Riego á la par con baño delicioso  
De poética miel.

Libró del Orco á Ganimedes cándido  
Más que Citeres, Juventud florida;  
Y dió la primavera de la vida  
El triunfo á mi doncel.

---

---

## ODA UNDECIMA

AL MISMO AGESIDAMO,

LA USURA.

Da vida á los hombres el soplo del viento;  
Las lluvias celestes infúndenle aliento,  
De nube divina progenie feliz.  
Así al que consume difícil proeza,  
Con himnos sonoros la cítara empieza  
A dar nueva vida de gloria sin fin.  
Son prendas seguras  
De hazañas futuras,  
Los cantos al pecho de ardor juvenil.

Del púgil robusto que Olimpia corona  
Ajena á la envidia mi lengua pregonar  
Los bellos triunfos, en justo loor.

Sublime es el nombre y eterna la fama  
De aquel cuyo pecho benéfico inflama  
Con fuego sagrado de la Egida el Dios.  
Tus glorias proclamo  
¡Gran Agesidamo,  
De Arquéstrato prole, sin par luchador!

La oliva dorada que ciñe tu frente  
Harán mis cántares más bella y fulgente,  
Y á Locris Zefiria renombre darán.  
Venid y conmigo formad ¡oh Camenas!  
Mil danzas alegres. No á incultas arenas  
Ni bárbaras tierras os quiero llevar.  
Son sabios, corteses  
Los buenos Locreses,  
Innato es su gusto y aspecto marcial.  
Así la vulpeja  
Su astucia no deja,  
Ni su índole fiera la tigre voraz.

---

---

---

## ODA DUODÉCIMA.

---

À ERGÓTELES DE HIMERA,  
VENCEDOR EN LA CARRERA LARGA.

¡Salvadora deidad, prole divina  
De Jove soberano, alma Fortunal  
Oye mis ruegos y la frente inclina  
De Himera á la ciudad, de fuertes cuna.

En el piélagó tú las naves riges;  
De tí depende la violenta guerra;  
Las sabias asambleas tú diriges  
Que leyes dictan á la muda tierra.

Giran en tanto, con errado vuelo,  
Humanas esperanzas é ilusiones,  
Ya rastreras tocando el bajo suelo,  
Ya del éter subiendo á las regiones.

Nunca de las edades venideras  
El cielo concedió signo seguro:  
Las tinieblas romper en vano esperas,  
Triste mortal, del porvenir oscuro.

Mil veces contra próspero presagio  
Repentino dolor turba el contento;  
Y al que amenaza próximo naufragio  
Viene á alegrar la calma en un momento.

¡Hijo de Filanor! Cual gallo altivo  
Que al honroso palenque no se lanza  
Y apenas puede en el corral nativo  
Oscura muestra dar de su pujanza,

De tu paterno hogar así á la lumbre  
Marchitado se habrían tus laureles,  
Ni del honor llegara á la alta cumbre  
Tú pie veloz, envidia de corceles,

Si á la isla do naciste, por ventura,  
Popular sedición y riña fiera  
No te arrancaran, y á la vida oscura,  
¡Oh Ergóteles, sin par en la carrera!

Hoy te corona Olimpia; ya el ilustre  
Istmo y Pitona ornáronte la frente;  
Tu nueva patria te celebra, y lustre  
Das de las Ninfas á la tibia fuente.



---

## ODA DÉCIMOTERCIA.

---

**A JENOFONTE DE CORINTO,**

**CORREDOR EN EL ESTADIO,**

**VENCEDOR EN LA CARRERA Y EN LOS CINCO-JUEGOS.**

Al ensalzar la casa, que en Olimpia  
Tres coronas ganó; del peregrino  
Asilo, y con el deudo complaciente,  
De Corinto la fama clara y limpia  
Canto también; vestíbulo divino  
Del Istmico Monarca del Tridente,  
Y cuna floreciente  
De graciosas doncellas;  
En donde Eunomia mora  
Y sus hermanas bellas:  
La Paz encantadora  
Y la firme Justicia, que robusta  
Los Estados sostiene.  
Por ellas la riqueza al hombre viene  
Y de Temis veraz son prole augusta.

Ellas de su pacífico recinto  
Alejan la Insolencia deslenguada,  
Madre de la Arrogancia. Ciento y ciento  
Cantilenas en honra de Corinto  
Quiere entonar mi cítara, impulsada  
Por mi genial justísimo ardimiento.  
¿Su natural talento  
A quién ahogar es dado?  
¡Hijos del noble Aleta!  
El lauro destinado  
Al vencedor atleta,  
Las Horas, ricas en preciosas flores  
Os dieron, y la llama  
Que vuestro corazón vívida inflama  
Y os hace de mil artes inventores.

Gloria al descubridor atrae su invento.  
La gran festividad de gracias llena  
Y el Báquico cantar que premia el toro  
¿Dónde nacieron? ¿dónde el instrumento  
Que al rápido corcel lanza y enfrena?  
¿Quién á los templos añadió decoro  
Con las águilas de oro?  
En tus sagrados muros  
Musa gentil florece,  
Y sus perfumes puros  
A tus hijos ofrece,  
¡Feliz Corinto! y á su lado Marte  
Pone en la fuerte diestra  
De tu fiel juventud, ya en la palestra,  
Ya en el sangriento campo, su estandarte.

¡Oh de Olimpia Señor, rey soberano:  
 Escuchar no desdeñes mi contento  
 Ahora ni nunca, oh Júpiter Tonante!  
 Rige á este pueblo con benigna mano,  
 Y á Jenofonte, el favorable viento  
 De la prosperidad, manda constante.  
 El himno que, triunfante  
 En la Pisana arena,  
 Te ofrece agradecido  
 Según la ley ordena,  
 Que recibas te pido.  
 En la carrera alcanza la victoria,  
 Luégo en las cinco-lides.  
 ¿Quién entre los pasados adalides  
 Se sublimó jamás á tanta gloria?

De las Ístmicas turbas á la vista  
 Con dos guirnaldas de apio ornó su frente;  
 Ni fué desfavorable el juez Nemeo.  
 Mientras, su padre Tésalo conquista  
 Verdes laureles (corredor valiente)  
 En las orillas del sagrado Alfeo.  
 Espléndido trofeo  
 Un mismo sol le dona  
 En la carrera doble  
 Y el estadio, en Pitona;  
 Y un mismo mes, su noble  
 Cabeza en los certámenes de Atenas  
 Ciñó triple guirnalda,  
 Y otras siete coronas de esmeralda  
 Obtuvo en las Helótides arenas.

En los marinos juegos de Neptuno  
 El ínclito varón, y Teodoro,  
 Su valeroso padre, altos honores  
 Y elogios alcanzaron cual ninguno.  
 ¡En Delfos cuánta prez! ¡cuánto decoro  
 Del bosque del león entre las flores,  
 Os dieron los sudores!  
 A los varones claros  
 Que ostentan noble brío  
 Y fuerzas, á igualaros  
 En glorias desafío.  
 Yo, ni vuestras hazañas, ni la arena  
 Contaré, de los mares.—  
 Mas tomen otro giro mis cantares.  
 ¡Oh Musa! es tiempo ya: tu vuelo enfrena.

A mi pobre barquilla empuja el viento  
 De la alabanza; y al cantar mi lira  
 De tus progenitores la prudencia  
 Y en las lides el bélico ardimiento,  
 No empañará ¡oh Corinto! una mentira  
 De mis suaves elogios la cadencia.  
 Cantaré la excelencia  
 De tu Sísifo, astuto  
 Y cual un Numen sabio,  
 Y pagará tributo  
 De admiración mi labio  
 A la tierna Medea, salvadora  
 De Argo y de sus remeros,  
 Que hollando amante los paternos fueros  
 Se une á Jasón, á quien su pecho adora.

Delante las altísimas murallas  
De la sagrada Ilión, al Efireo  
Se miró, ya sitiado, ya asaltante,  
La suerte decidir de las batallas.  
El uno en pos del vástago de Atreo  
En arrancar á Helena de su amante  
Empéñase arrogante.  
El otro de la bella  
Fiel combate al servicio,  
Y hasta el Griego se estrella  
Al pie de Glauco el Licio,  
Quien de ser heredero se gloria  
Del reino floreciente,  
Y el palacio y ciudad, junto á la fuente  
Pirene, que su padre poseía.

¡Cuántas penas al Príncipe atrevido  
En sus orillas trajo el loco empeño  
De domar al corcel de raudas alas  
De la feroce Górgona nacido,  
Hasta que el freno de oro, en dulce sueño,  
Llevarle se dignó la virgen Palas!  
En sus sagradas salas  
Clama con voz adusta:  
«Belerofonte amado,  
De Eolo prole augusta:  
¿Tú duermes descuidado?  
Salta del lecho; y ese freno de oro  
Que ahí mágico asoma,  
Lleva á Neptuno, que corceles doma,  
Inmolando en su honor cándido toro.»

Al dormido garzón así parece  
Decir la Virgen del broquel divino.  
Se incorpora veloz; y el milagroso  
Freno, que ante sus ojos aparece,  
Lleva sin dilación al adivino  
De la ciudad; y el hecho portentoso  
Le narra presuroso:  
Su sueño al pie del ara  
Y oráculo sagrado  
De Palas, y la rara  
Visión, en que el dorado  
Instrumento le da la casta Atena,  
Progenie del Tonante,  
A Ceránides cuenta; que al instante  
Lo que el sueño mandó cumplir ordena.

Al Monarca del líquido elemento  
Que circunda la tierra, buey robusto  
Inmola; y obediente al gran Profeta,  
A la ecuestre Minerva (monumento  
De su piedad) erige altar augusto.  
Cuanto está fuera de la humana meta  
La alta virtud sujeta  
De los Dioses; y leve  
Empresa es en su mano  
La que el hombre se atreve  
A acometer en vano.  
Del alado corcel Belerofonte  
En la fogosa boca  
El instrumento celestial coloca  
Que le permite que á Pegaso monte.

Con armadura y acerado alfanje  
 Se ejercita sobre él y juguetea.  
 Sale de las flecheras Amazonas  
 Contra la ruda femenil falange,  
 Y con dardos destrísimo pelea,  
 Que alto dispara en las aéreas zonas.  
 El potro no abandonas  
 Sin que tu diestra mate  
 A Quimera, que fuego  
 Respira, y en combate  
 Mortal derribes luégo  
 A los Solimos. De tu fin ya no hablo,  
 ¡Cabalgador sublime!  
 En Olimpo su huella el potro imprime,  
 Y entra de Jove en el eterno establo.

De poéticas flechas rauda nube  
 He fijado en el blanco; y ya no es justo  
 Que errar mis tiros el mortal me vea.  
 ¡Oligetidas! De las Musas tuve  
 Para alabaros mandamiento augusto.  
 Triunfantes en el Istmo y en Nemea,  
 ¿Quién habrá que no crea  
 El veraz canto y breve  
 Que vuestras altas glorias  
 A los cielos eleve?  
 Sesenta las victorias  
 Fueron, que en uno y otra pregonara  
 El heraldo admirado;  
 Y ya mi dulce lira ha celebrado  
 Las que en Olimpia os dan fama preclara.

De la ínclita familia ya mi Musa  
Nuevas proezas celebrar confía;  
Pero de Dios lo porvenir depende.  
Si el Numen tutelar no le rehusa  
La santa protección del primer día,  
Al dios adusto que la guerra enciende  
Dejad que recomiende,  
Y á Júpiter divino,  
Las fúlgidas guirnaldas  
Que le dará el destino.  
¡Del Parnaso en las faldas  
Cuántas obtuvo ya! ¡Cuántas en Tebas  
Y Argos ganar le veo!  
En Arcadia, de Júpiter Liceo  
Dará el altar de sus hazañas pruebas.

Su valor atestiguan Siciona,  
Y Pelene, y la espléndida Megara,  
Y de Éaco el santuario allá en Egina.  
Lo proclaman la ilustre Maratona  
Y con Eléusis la ciudad preclara  
Que en el Etna sublime se reclina,  
Y Eubea la marina.  
Recorre á Grecia entera:  
Es tal doquier su gloria,  
Que retenerla espera  
En vano tu memoria.—  
Haz que caminen con ligera planta  
Los nobles vencedores,  
Oh Jove salvador! Dales honores  
la felicidad que al hombre encanta.



---

## ODA DÉCIMOCUARTA.

---

A ASÓPICO DE ORCÓMENO,  
NIÑO, CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Gracias espléndidas, radiantes ninfas,  
Que del Cefiso cabe las linfas  
(Que potros nutren) soléis morar!  
Del alma Orcómeno reinas augustas,  
Y de las Minias playas vetustas:  
Oid mis ruegos y mi cantar.

Por vos dulcísimo todo se torna,  
Y el hombre os debe cuanto lo adorna,  
Virtud, ingenio, gloria, esplendor.  
Los mismos Númenes ni el néctar beben  
Ni á formar danzas jamás se atreven,  
Si de las Gracias no hay el favor.

Con Febo Pítico del arco de oro,  
De cuanto encierra su almo tesoro,  
Dispensadoras celestes son.  
Allí al Olímpico Padre, sentadas  
En refulgentes sillas doradas,  
Rinden eterna veneración.

¡Sagrada Eufrosina, de himnos amante  
Aglaya augusta, del gran Tonante  
Hijas divinas, mi canto oid!  
Pues tanto agrádante dulces canciones,  
Mira ¡Talía! las ovaciones  
Que traje al héroe la honrosa lid.

Cantar á Asópico mi lira quiere,  
Y al modo Lidio sus cuerdas hierre  
Mi bien templado fino marfil;  
Porque en la Olímpica lucha gloriosa  
Por tus favores ¡potente Diosa!  
La sacra Minia luce entre mil.

¡Eco! A Cleódamo la grata nueva,  
De Proserpina, clamando, lleva  
A la morada de eterno horror;  
Y de su vástago la tierna frente,  
Díle que en Pisa ciñó fulgente  
El lauro alado del vencedor.

---

ODAS PÍTICAS.



---

## ODA PRIMERA.

---

À GERÓN ETNEO, REY DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Preciosa lira de oro,  
Del Castálide coro  
Y de Febo, delicias é instrumento!  
De las danzas triunfales  
Tus ecos son señales:  
Tú riges su compás y movimiento,  
Y de tu són, al empezar la fiesta,  
Se ve pendiente la armoniosa orquesta

Tú, con acento tierno,  
El fuego sempiterno  
Del penetrante rayo apagar sabes.  
Por tu voz arrullada,

En el cetro posada  
De Júpiter, la reina de las aves  
Con las alas caídas se adormece:  
Blanda nube sus ojos oscurece.

Su cabeza arrogante  
Con el pico punzante  
En plácido sopor toda se anega;  
Tu vibración divina  
Al águila domina  
Y su espalda fortísima doblega,  
Y ablanda el pecho del violento Marte  
Que depone su lanza al escucharte.

Al corazón derechas  
De los Dioses, tus flechas  
Van, por Febo y las Musas disparadas.  
Cuando, en tierras ó en mares,  
Al oír los cantares  
Que entonan las Piérides sagradas,  
De terror algún hombre se estremece,  
Es porque Jove Sumo lo aborrece.

Así en atroz castigo  
Tifeo, el enemigo  
De las Deidades, en el Orco gime.  
Nutrieron sus cien bocas  
De Cilicia las rocas,  
Y Cumas hoy su hirsuto pecho oprime;  
Y aplasta su cabeza el Mongibelo,  
De nieve creador, pilar del cielo.

En su seno profundo,  
 De fuego furibundo  
 El Etna nutre inagotables fuentes.  
 De día, negra nube  
 Espesa al éter sube;  
 Mientras de noche, líquidos torrentes  
 De lava, el monstruo de Vulcano arroja,  
 Que al mar girando van, cual sierpe roja.

Contemplar es tremendo  
 El prodigio estupendo:  
 Terrible, si alguien de Sicilia llega,  
 Oír que encadenado  
 Está el gigante osado  
 En la selvosa cima, y en la vega  
 Del Etna ponderoso: duro lecho  
 Que desgarró al Titán espalda y pecho.

Alcance yo la suerte  
 ¡Oh Jove! de placerte,  
 A tí, que de este monte eres monarca,  
 Cuya sublime altura .  
 Como frente fulgura  
 De la ferace Sícula comarca,  
 Y cuyo nombre dió, con nuevo lustre,  
 A su ciudad el fundador ilustre.

El Pítico trofeo  
 Al alcanzar, ETNEO  
 El heraldo á Gerón alto pregona!  
 Si, cuando el ancla leva,

Favorable se eleva  
 Viento que llena la extendida lona,  
 El marinero alégrase, y predice  
 A su nave retorno aun más felice.

Así esta alta victoria  
 A Etna promete gloria,  
 Y banquetes, y música y laureles.  
 Tiempo vendrá que asombre  
 Al mundo el gran renombre  
 Que le darán sus rápidos corceles.  
 Oye las preces que á tu trono elevo,  
 Rey de la errante Delos, Licio Febol!

¡Dios á quien tanto place  
 La selva donde nace  
 En el Parnaso la Castalia fuentel  
 Concede á estas regiones  
 Magnánimos varones.  
 El que fuerte nació, sabio, elocuente,  
 Lo debe á las Deidades; que sin ellas  
 De la virtud no seguirá las huellas.

Al gran Gerón yo quiero  
 Hoy ensalzar, y espero  
 Mi aguda flecha no vibrar en vano.  
 Más lejos que ninguna  
 La hará llegar Fortuna,  
 Y á mis rivales vencerá mi mano.  
 ¡Tráigale el tiempo dicha y opulencia,  
 Olvido y curación de su dolencia!



Recordar sus campañas  
 Pudiera, y las hazañas  
 Que consumó con temerario arrojo;  
 Y el enemigo fuego  
 Que más que á ningún Griego  
 Poder le dió, y un cetro en sangre rojo.  
 Cual Filoctetes, militó doliente,  
 Y á amigos ruegos se rindió el valiente.

De aquel la historia narra  
 Que mientras le desgarrá  
 Allá en Lemnos la pierna úlcera horrenda,  
 Vienen héroes (iguales  
 A dioses inmortales)  
 Y lo llevan por fuerza á la contienda,  
 Do pone fin de Troya al largo asedio,  
 Y de los Griegos al trabajo y tedio.

Enfermo todavía,  
 Ni caminar podía  
 El gran flechero que engendró Péante;  
 Mas decretado estaba  
 Que el Griego sin su aljaba  
 Jamás entrara en Ilión triunfante.  
 ¡Dios á Gerón también propicio sea!  
 Con la salud le dé cuanto desea.

¡Óyeme, oh Musa amiga!  
 Y ven de la cuadriga  
 Los triunfos á cantar á Dinomenes;  
 Que no es para un buen hijo

Ajeno regocijo  
 El ver ornadas las paternas sienes.  
 Un himno grato al heredero entona,  
 Musa gentil, de la Étnica corona.

Para él Gerón augusto  
 A Etna ha fundado; y justo  
 Le concedió la libertad divina,  
 Y el sabio código Hilio;  
 Porque agrada al Panfilio,  
 Y á los que del Taigeto en la colina  
 Moraron, nietos de Heraclidas reyes,  
 De Egimio conservar las Dorias leyes.

Su código sagrado,  
 El pueblo afortunado  
 Trajo del Pindo, al río cristalino  
 Que baña á Amicla santa;  
 Donde sus tiendas planta,  
 De los divos Tindárides vecino,  
 De blancos potros domadores diestros,  
 Y en vibrar el lanzón grandes maestros.

¡Oh Júpiter! Ordena  
 Que cuantos del Amena,  
 Pueblos y reyes, moran en la orilla,  
 Conserven el renombre  
 Que la opinión del hombre  
 Les da; y el héroe que en el trono brilla  
 Con la voz y el ejemplo á su hijo guíe,  
 Nos dé la paz, y la invasión desvíe.

¡Oh Saturnio! Concede  
Que tranquilo se quede  
El lidiador Fenicio en su Cartago;  
Y de su ataque brusco  
Desista el fiero Etrusco,  
Recordando de Cumas el estrago,  
Do, sumergida su dispersa flota,  
A sus huestes hirió fatal derrota.

De servidumbre fiera  
Libró á la Grecia entera  
La armada del Señor Siracusano.  
Quiero cantar la ruina  
De Persia en Salamina  
Por el valor de Atenas sobrehumano;  
Y el que mostrara Esparta, alto denuedo,  
En Citerón, contra el arquero Medo.

Mas no les cede en gloria  
La sublime victoria  
Cabe las claras linfas del Himera.  
Gerón allí y su hermano,  
Junto á su padre anciano,  
Desbarataron multitud guerrera.  
Mi agradecida musa les ofrece  
Himno triunfal, que su valor merece.

Quien mucho en breve canto  
Dice, no excita tanto  
De maliciosos émulos la envidia.  
Soy breve; que al oyente

De ánimo más paciente  
 Prolijo panegírico fastidia,  
 Y la alabanza de ínclitas acciones  
 Suele roer ajenos corazones.

¿Qué importa? Nunca al bueno  
 De la Envidia el veneno,  
 Siempre el desprecio al infeliz aflige.  
 Sigue, pues, animoso  
 Tu camino glorioso:  
 Con seguro timón tu pueblo rige;  
 Y en roja fragua de verdad egregia  
 Refunde con valor tu lengua regia.

Cuanto de tí proviene  
 Doble esplendor obtiene,  
 Aunque trivial lo juzgues y sencillo.  
 Cien ojos te rodean:  
 Que en tí mancha no vean,  
 ¡Oh de mil pueblos príncipe y caudillo!  
 Si en algo estimas á la dulce Fama,  
 El oro en torno liberal derrama,

A fuer de buen piloto,  
 Apenas sople el Noto  
 Iza de tu bajel todas las velas.  
 A adulador fingido  
 No escuches, Rey querido,  
 Si en la posteridad vivir anhelas.  
 Los poetas no más, é historiadores  
 Entonan de los muertos los loores.

No muere la memoria  
De Creso. Mas ¿qué gloria  
A Faláride trajo el férreo toro?  
Celebrar al verdugo  
A la lira no plugo,  
Ni de niños ó vírgenes al coro.  
Primero es la virtud; luégo el renombre.  
Si ambos obtiene, ¿qué más quiere el hombre?

---



---

---

## ODA SEGUNDA.

---

AL MISMO GERÓN,  
VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Oh Siracusa, bella y populosa,  
Templo de Marte, madre de bridones  
De batalla, y de gente belicosa!

Portador de encomiásticas canciones,  
Vengo de Tebas, tu brillante amiga,  
A que otra vez á tu Gerón coronas,

Que siempre vencedor con la cuadriga,  
Hoy nuevos lauros en el circo gana  
Con que adornar á su natal Ortiga,

Isla do reina la fluvial Diana,  
Sin cuyo auxilio, á la dorada rienda  
Los potros sujetar, empresa es vana.

Porque antes que Gérón la lid emprenda  
Viene siempre la Virgen cazadora  
Con Mercurio, señor de la contienda;

Y mientras á Neptuno el Rey adora,  
Los dioses enjaezan los corceles  
Que él unce á la cuadriga voladora.

Cada monarca sus poetas fieles  
Que lo celebren tiene. De Cinira  
Cantar ¡oh Chipre! los loores sueles,

Que al blondo Numen de la dulce lira  
Y á Venus grato fué. ¡Conducta bella  
Que al trovador la gratitud inspira!

A tí en Zefiria la Locrés doncella,  
Que merced á tus dotes singulares  
El paterno solar tranquila huella,

Al pie de sus pacíficos altares,  
¡Hijo de Dinomenes! te proclama  
Sin igual en la tierra y en los mares.

Del mísero Ixión narra la fama  
Que en la rueda girando eternamente,  
Por orden de los Dioses así exclama:



«Paga ¡oh mortal! con gratitud ardiente  
Los beneficios de amorosa mano.»  
¡Ay! Lo aprendió á su costa el insolente!

Vida y felicidad al soberano  
Jove debiendo, quiso fementido  
Llegar á Juno con amor insano.

El Padre de los Dioses, ofendido  
En su altísimo honor, castigo eterno  
Lanzó contra el adúltero atrevido.

Por su culpa en el fondo del Averno  
Precipitado, inexplicable pena  
Por dos crímenes sufre en el Infierno.

Él fué el primero de la gente Helena  
Que en sangre de un pariente, derramada  
Con vil traición, manchó la patria arena;

Y, profanando la mansión sagrada  
De las Deidades, requirió de amores  
De Jove á la consorte venerada.

Empresas á sus fuerzas superiores  
Nadie acometa. Se trocó en espina  
El que Ixíón creyó lecho de flores,

Y en vez de Juno, nube blanquecina  
Pagó su amor, aunque era en apariencia  
De Saturno inmortal la hija divina.

De Júpiter formó la omnipotencia  
Aquel fantasma: seductor engaño  
Que trajo al triste la fatal sentencia.

Y encadenado pasa año tras año  
Sobre el cuádruple rayo de la rueda  
Que él mismo se forjó para su daño;

Y sin que miembro alguno mover pueda,  
Es su martirio prueba permanente  
Del alto axioma que estampado queda.

Del matrimonio singular, un ente  
Más singular nació; de los mortales  
Y los Dioses odiado juntamente.

*Centauro* se llamó; las inmortales  
Gracias huyeron de él; y sus amores  
Fueron ¡horror! con brutos animales.

Las yeguas de Magnesia, corredores  
Hijos le dieron: monstruos en figura  
Iguales á sus dos progenitores.

La parte superior les dió Natura  
De perfecto varón: el resto ofrece  
Del caballo la forma y la soltura.

A la Divinidad todo obedece:  
Al águila en los aires ella alcanza;  
Pasa al delfín que entre los mares crece.

Del orgulloso abate la pujanza,  
Y se complace en elevar al bueno  
A sempiterna gloria y bienandanza.

Nunca mis labios el letal veneno  
De la calumnia viertan: la memoria  
De Arquíloco mordaz sirva de freno.

En murmurar cifró su triste gloria;  
Y cuitas, y miserias, y pobreza  
Le produjo su lira infamatoria.

Cuando en el sabio, á mundanal riqueza  
Vemos unida próspera fortuna,  
Bajemos admirados la cabeza.

En tí el ingenio ¡oh Príncipe! se aduna  
A la riqueza; y distribuirla sabes  
Con mano liberal, sin duda alguna.

De mil ciudades ínclitas las llaves  
Guardan tus regias arcas. ¿Quién se precia  
De poseer más pueblos y más naves?

El que dijere que ha reinado en Grecia  
Otro más poderoso y opulento,  
Une á crasa ignorancia mente necia.

Quiero las velas todas dar al viento,  
De mi flota triunfal; y en tu alabanza  
Himnos cantar con inspirado acento.

¿Quién igualó tu bélica pujanza  
Cuando luchaste, joven arrogante,  
En batallas de eterna remembranza?

Sintió tu fuerza el enemigo infante  
En las lides á pie. Todo cedía  
De tu corcel al ímpetu arrogante.

Tu prudencia y sin par sabiduría  
En la madura edad, asunto nuevo  
Para elogiarte, dan á la voz mía.

¡Salve! A través del mar mi canto llevo.  
Que cual Fenicia droga acepto sea  
A tus oídos, á esperar me atrevo.

En él, la melodía Castorea  
De la Eólica cítara adaptada  
A la séptima cuerda, tu ojo vea.

Siempre al nivel de tu misión sagrada  
Muéstrate ¡oh Rey! y no cual rapazuelo  
A quien el mono imitador agrada.

Sírvate Radamanto de modelo,  
Que, justo juez y príncipe prudente,  
Reina feliz bajo el Elíseo cielo.

Nunca al adulador ni al maldiciente  
Quiso escuchar, ni la calumnia infame,  
Del inventor rüina y del oyente.

Zorra falaz, ¿qué mal hay que no trame  
El vil calumniador? Mas nunca puede  
Lucrar, aunque su tósigo derrame.

Cubren las aguas la marina rede,  
Y el corcho indicador ligero flota,  
Aunque la espuma por encima rueda.

Tal la calumnia contra mí se embota;  
Que por hallar entre los buenos gracia,  
Sus mañas el mendaz en vano agota;

Mas de mentir á todos no se sacia  
Hasta que siembra por doquier la duda.  
¡Lejos de mí tan impudente audacia!

Yo á mis amigos doy abierta ayuda,  
Y hago, á guisa de lobo, á mi adversario  
De frente ó por la espalda guerra cruda.

A la lengua veraz, nunca contrario  
Gobierno alguno fué: le abre contento  
El monarca su techo hõspitalario;

Donde domina el pueblo turbulento  
Penetra; y en la altiva oligarquía  
El noble senador la escucha atento.

A la Divinidad locura impía  
Es oponerse: si á quien no merece  
Sino castigos, opulencia envía,

También al justo espléndida engrandece,  
Y con renombre sus virtudes paga.  
¡Suerte feliz que al envidioso escuece!

Nada su sed devoradora apaga,  
Y en su insensato afán, se abre en el pecho  
Con su propia pasión profunda llaga.

Siempre mi yugo llevaré derecho;  
Es vano resistir al acicate:  
De mis calumniadores á despecho  
Bueno seré, y amigo del magnate.

---

---

## ODA TERCERA.

---

AL MISMO GERÓN.

VENCEDOR CON EL CABALLO DE SILLA.

Quisiera yo, si lícito á mi canto  
Fuera expresar el público deseo,  
Quisiera yo que de la Estigia arena  
Tornara á respirar los patrios aires  
El gran Quirón, de la gentil Filira  
Y del divo Saturno, hijo del Cielo,  
Progenie poderosa; y en los valles  
Verlo otra vez reinar, del Pelio monte,  
A los ojos del vulgo extraña fiera,  
Pero del hombre amigo. En otro tiempo  
A Esculapio educó, varón insigne,  
Descubridor benéfico de plantas  
Que quitan el dolor y restituyen  
La perdida salud, y de los males  
Más arraigados, médico celeste.

Antes que, con la ayuda de Lucina,  
De las madres amparo, á luz lo diera  
Del viejo Flegia (espléndido jinete)  
La hija infeliz, á la morada oscura  
De Plutón descendió, víctima triste  
De las iras de Apolo, y por las áureas  
Flechas de Diana, en su retrete herida,  
La veleidosa ninfa: que no yerra  
Jamás la indignación de la progenie  
De Júpiter augusto. A la culpable  
Celestiales amores no bastaron;  
Y en víspera de unirse ante los Dioses  
Al rubio Febo, ya marido oculto,  
Insana se arrojó en ajenos brazos.

No la contuvo ni el divino infante  
Que en su seno llevaba, ni el banquete  
Nupcial ya aparejado, ni los cantos  
Solemnes de himeneo, ni los coros  
De vírgenes, antiguas compañeras,  
Que el dulce epitalamio repetían.  
Le devoraba el pecho, de extranjero  
Príncipe el loco amor; como acaece  
A muchos en el mundo, que desprecian  
La patria y sus beldades, y corriendo  
De ilusiones en pos, lo extraño buscan  
Y con necia pasión lo extraño adoran.

Tremendo fué el castigo que la falta  
De Corónide, frágil cuanto bella,  
Trajo á la tierra. Al ojo vigilante



Del Numen, no escaparon las caricias  
Del Arcádico huésped. En Pitona  
De inmoladas ovejas recibiendo  
El humo santo, á la sazón se hallaba  
El Loxio Rey; mas el remoto crimen  
Al instante miró. Consigo mismo  
Apolo delibera, y los consejos  
De su divina mente, que ve todo  
Y todo sabe, que engañar no puede,  
Y á quien no engaña ni mortal ni numen  
Con hechos ó palabras, sólo escucha.

El adulterio de Isquis Elatida  
A castigar, y de su esposa el dolo,  
A su celeste hermana, respirando  
Furor irresistible, envía Febo  
A Lacerea, do la infiel habita  
Del Bebiáde lago en la ribera.  
El mismo adverso numen, que al pecado  
A la ninfa llevó, la empuja ahora  
A destrucción funesta; y juntamente  
Muchos de la región circunvecina  
Mueren con ella. Chispa fué su culpa  
Que, pequeña al caer en la montaña,  
En breve devoró la selva entera.

De la infeliz Corónide el cadáver  
Colocan los tristísimos parientes  
En la funérea pira: ya la llama  
Tremenda de Vulcano la circunda  
Y á devorarla va. La mira Febo,

Y conmovido exclama: «No, no sufre  
 Mi tierno corazón, que con la madre  
 Adúltera, mi vástago inocente  
 Aun antes de nacer, muerte horrorosa  
 Entre el fuego padezca.» Así diciendo,  
 De un solo paso llega hasta la pira.  
 La llama reverente abre camino  
 Al afligido Numen, que del seno  
 De la difunta madre al hijo saca;  
 Y al buen Centauro, de Magnesia gloria,  
 Lo entrega, suplicándole que el arte  
 De curar las dolencias de los hombres  
 Le enseñe diligente.

#### Aprovechado

El discípulo fué. Cerrar sabía  
 Las úlceras que nacen espontáneas,  
 Y las heridas que enemigo hierro  
 Abre profundas, ó lejana piedra.  
 Las estivales fiebres, y las graves  
 Dolencias que producen los rigores  
 Del Invierno, sanaba. Diferentes  
 Eran, según los males, los remedios.  
 A quién mágicos cantos recetaba,  
 A quién pócima amarga; á este envolvía  
 En suaves hierbas la dañada parte;  
 A otros, en fin, del lecho de dolores  
 Con ardua amputación alzaba diestro.

Mas ¡ay! ¿Por qué se rinde á la codicia  
 Aun el más sabio? También él, con oro

Que á montones hicieron en sus manos  
 Brillar, se corrompió; y osó á la muerte  
 Arrebatár á Hipólito difunto.  
 Júpiter irritado, á ambos dispara  
 Rayo homicida, que el vital aliento  
 Del pecho les arranca, y á cenizas  
 Los reduce instantáneo. Los mortales  
 Conviene que á los Númenes pidamos  
 Lo que al alcance está de nuestra pobre  
 Naturaleza humana, harto pequeña  
 Como bien conocemos.

¡Alma mía!

No aspire más allá de lo posible  
 Cual si fueras deidad; pero sí agota  
 Hasta el último límite tus fuerzas.

Si el prudente Quirón aun habitara  
 La conocida cueva, y mis canciones  
 En su ánimo gentil mágico influjo  
 Pudieran ejercer, en dulces himnos  
 Al médico sublime rogaría  
 Que en persona viniese, ó á lo menos  
 A algún hijo de Jove ó de Latona  
 Mandase á combatir la aguda fiebre  
 Que á magnánimos héroes atormenta.  
 Yo mismo, el Jonio mar atravesando  
 En rauda nave, ansioso volaría  
 A la fuente Aretusa, y á mi augusto  
 Amigo, de Etna fundador, que rige  
 De la fiel Siracusa los destinos,

Del bueno protector, con sus vasallos  
Liberal y cortés, y tierno padre  
Del extranjero; y si al saltar en tierra  
Le pudiera ofrecer mi amante pecho  
Dos ricos dones: la salud, que el oro  
Más preciada, y el cántico solemne  
Que da tanto esplendor al Pitio lauro  
Que á mil venciendo conquistara en Cirra  
El corredor Ferénico, yo juro  
Que de mi amado Príncipe á los ojos  
Mi faz más apacible brillaría  
Que el sol en la mitad del firmamento.

Mis preces, entretanto, á la gran Madre  
Dirijo, de los Númenes; augusta  
Deidad, á quien entonan las doncellas  
Y al venerado Pan, nocturnos himnos  
Frente al portal de mi morada humilde.

Tú, que las letras amas, y á la cumbre  
De la ciencia has llegado; tú en las obras  
;Docto Gerón! de los antiguos vates,  
Has leído *que al hombre dan los Dioses  
Con cada bien dos males*. Tal destino  
Con varonil resignación no puede  
El necio soportar; pero los sabios  
La brillantez del bien tan sólo miran,  
Y los males desprecian y se esconden.

Tú, Rey, aunque doliente, eres dichoso;  
Que si en el mundo puede afortunado

Alguien llamarse, lo es el que gobierna  
Con justo cetro súbditos leales.  
Pero no juzgues que perpetua dicha  
Siguió, ni aun al Eácida Peleo  
Ni á Cadmo el semidiós, si bien la Fama  
Declara á ambos á dos, de los mortales  
Los más felices. Y, en verdad, tuvieron  
La suerte de escuchar los dulces cantos  
De las divas Piérides: el uno  
Allá en el monte Pelio, cuando á Tetis,  
Del prudente Nereo ínclita prole,  
Recibió por esposa; el otro en Tebas,  
La de las siete puertas, cuando el lazo  
Nupcial lo encadenó con Armonía,  
Ninfa gentil de seductores ojos.

Los Dioses al festín en ambas bodas  
Se dignaron bajar; y en áureas sillas  
Sentados á su mesa, contemplaron  
Los novios á los hijos de Saturno,  
Y de sus regias manos recibieron  
Celestiales presentes. Los favores  
De Jove compensaron con usura  
Pasados infortunios; y su pecho  
Recobró la esperanza. Mas en breve  
Trocó en dolor de Cadmo la alegría  
De sus hijas el fin; sin que á Tiona  
Valiera ser esposa del Tonante.  
El hijo de Peleo, única prole  
Que Tetis inmortal le diera en Ftía,  
En la guerra murió, por alevosa

Flecha herido en el pie: sus funerales  
Llanto arrancaron á la Griega hueste.

Mortal que á no desviarse de la senda  
De sólida virtud está resuelto,  
Debe aceptar con alma generosa  
La suerte que los Númenes le mandan.  
La dirección del viento á cada rato  
Cambia y la fuerza. Breve tiempo dura  
La dicha de los hombres, cuando baja  
Con ímpetu sobre ellos. Seré humilde  
Con los humildes, grande con los grandes,  
Reverente aceptando mi fortuna,  
Y ajustando á mis medios mis costumbres.  
Y si grandes riquezas me donare  
La Providencia, conseguir espero  
También alto renombre y fama eterna.  
Néstor el magno y Sarpedón de Licia,  
Celebrados doquier, su gloria deben  
A los cantos armónicos que vates  
Insignes compusieron. Las virtudes  
Se eternizan con ínclitos poemas;  
Pero á muy pocos conseguirlo es fácil.

---

---

---

## ODA CUARTA.

---

A ARCESILAO, REY DE CIRENE,  
VENGEDOR CON EL CARRO.

Al amado varón que de Cirene,  
Rica en caballos, ciñe la corona,  
Acompañar ¡oh Musa! hoy te conviene  
En su marcha triunfal: la suave lona  
De tu dulce bajel céfiro llene  
Al cantar á los hijos de Latona,  
Y á Delfos, do, veraz sacerdotisa,  
Vaticinó la augusta Pitonisa.

Entre las áureas águilas sentada  
De Jove salvador, llena la mente  
Del Numen que allí tiene su morada,  
Al gran BATO mandó que á Libia ardiente,

Dejando su natal isla sagrada,  
De colonia veloz marchase al frente,  
A fundar sobre cándido collado  
Un pueblo por sus carros celebrado.

Después de siete y diez generaciones,  
Llegaba (dijo) la anhelada hora  
De cumplirse las sabias predicciones  
Que Medea, de Cólquide Señora,  
A Jasón y los ínclitos varones  
Que llevaba en su nave voladora,  
Sobre las rocas dirigió, de Tera,  
Con inspirada voz, de esta manera:

«¡De magnánimos héroes y deidades  
Progenie celestial, prestadme oído!  
Sabed que honda raíz de almas ciudades,  
De esta tierra que el mar ha desleído,  
Para asombro de todas las edades,  
La hija feliz de Epafo esclarecido  
Hará brotar, en el fecundo seno  
Del que es de Jove Amón templo y terreno.

»Delfines de brevísimas aletas  
Se trocarán en rápidos corceles,  
Y en cuadrigas, veloces cual saetas,  
Y suaves bridas, remos y bajeles;  
Grandes ciudades quedarán sujetas  
A Tera cual metrópoli: así fieles  
Augurios anunciaron su fortuna  
En torno á la Tritónide laguna.



»Allí, de un Numen con disfraz humano,  
A recibir hospitalaria gleba  
Eufemo desembarca: el soberano  
Jove con su tronar el don aprueba;  
Del marinero la incansable mano  
El áncora pesada en tanto leva,  
Cuyo diente de bronce enfrena grave  
El raudó vuelo de la armada nave.

»Sobre los hombros ya por doce días  
El casco enjuto de la rápida *Argo*,  
Fuera del mar (por sugeriones mías)  
Cruzando el arenal desierto y largo,  
Llevábamos: tras tantas travesías  
De lanzar se acababa en el amargo  
Lago Tritonio, cuando el Genio vino  
Bajo el aspecto de varón divino.

»Con frases amistosas, hospedaje  
Nos ofreció cortés, y lauta cena:  
Ser Eurípilo dice, y su linaje  
A Neptuno deber, que el mundo llena.  
Mas la ansiedad por continuar el viaje  
Permanecer ya más en playa ajena  
No nos permite: nuestra prisa mira  
El dios, y á detenernos ya no aspira.

»Gleba pequeña de la playa arranca,  
Y como prenda que la acepte ruega,  
De su hospitalidad cordial y franca:  
El héroe á recibirla no se niega,

Y á tierra salta; el dios la mano blanca  
 Pone en la suya, y el terrón le entrega.  
 Mas ¡ay! el don precioso, de la nave  
 Cayó de noche al mar, según se sabe.

»Mil veces á los útiles sirvientes  
 Recomendé guardarlo. Todo en vano;  
 Que lo olvidaron sus vulgares mentes.  
 De la espaciosa Libia así temprano  
 El germen se perdió. ¡Cuán diferentes  
 Sus destinos serían, si la mano  
 De Eufemo lo llevara á la sagrada  
 Tenaro, do del Orco está la entrada!

»¡Oh Rey, á quien Neptuno dió la vida,  
 (Deidad que en los corceles alta impera)  
 Y Europa (del gran Ticio hija querida)  
 Del rápido Cefiso en la ribera!  
 Hasta tus cuartos nietos difundida  
 Tu ilustre sangre, conquistado hubiera  
 Con la Micenia y con Argiva gente,  
 Y la Espartana, el vasto continente.

»Pero el fatal terrón quedó deshecho  
 Antes de tiempo; y vástago tardío  
 De extranjera mujer te dará el lecho,  
 En esta isla sagrada. Poderío  
 Recibirá del cielo, y el derecho  
 De sujetar el litoral sombrío:  
 BATO su nombre; y pisará su planta  
 De Febo agosto la morada santa.

»Por medio de su oráculo sagrado,  
 Allí le dará Apolo el mandamiento  
 De aprestar, cuando la hora haya sonado,  
 Rápida escuadra, de bajeles ciento,  
 Y el que Jove le tiene preparado  
 Del Nilo en la ríbera, ilustre asiento,  
 Osado sujetar á su dominio.»—  
 Así fué de Medea el vaticinio.

Los héroes con silencio respetuoso  
 Escucharon la sabia profecía.  
 ¡Hijo de Polimnesto venturoso!  
 La Déléfica doncella en tí veía  
 De Cirene al monarca poderoso;  
 Y ¡salve! por tres veces te decía,  
 Cuando postrado ante el altar, la cura  
 Solicitabas, de tu lengua oscura.

Cual rosa en la purpúrea primavera,  
 De la heroica raíz octava rama  
 Hoy floreciente Arcesilao impera,  
 Y en los Píticos juegos lo proclama  
 Apolo vencedor en la carrera.  
 Quiero á las Musas entregar su fama,  
 Del Vellofino de oro con la historia,  
 Para los Minias manantial de gloria.

¿Cómo se abrieron por el mar camino?  
 ¿Quién los ató con lazos de adamante  
 A peligros sin fin? Era el destino  
 De Pelias, por la espada fulminante

Ó las maquinaciones de un divino  
 Eólida morir. Con palpitante  
 Seno, escuchó la infausta profecía  
 Que en el *Centro del Mundo* así decía:

«De Jolcos al llano  
 Verás un guerrero  
 Que baja del monte  
 Con doble lanzón.

»¿Será ciudadano?  
 ¿Será forastero?  
 No importa: tú ponte  
 En guardia ¡oh varón!

»Y está preparado  
 A rudo combate  
 En tanto que se ate  
 Un solo calzado.»

El semidiós que predijera el bardo  
 Llega por fin, vibrando doble lanza:  
 Graciosa veste ciñe su gallardo  
 Cuerpo, de los Magnesios á la usanza,  
 Y una manchada piel de leopardo,  
 Que hasta las plantas á cubrirlo alcanza,  
 De los hombros anchísima descende,  
 Y de la escarcha y lluvia lo defiende.

Jamás el filo de cruel navaja  
 Osó tocar la blonda cábellera,  
 Que en bellos rizos refulgente baja  
 La espalda acariciándole ligera.

Entra al foro el garzón; el paso ataja  
 Plantándose con bélica manera,  
 En tanto que al real Desconocido  
 Mirando el pueblo exclama conmovido:

«¿Quién es este gallardo mancebo?  
 ¿Es acaso el dulcísimo Febo  
 Que hasta Jolcos se digna bajar?  
 »Si es el Dios de fulgente loriga,  
 ¿Dónde está la dorada cuadriga  
 En que Marte acostumbra volar?

»Ni Oto ser, ni Efiates podría;  
 Que á sus hijos miró Ifimedía  
 En los campos de Naxos morir;  
 »Y de Artemis, á Ticio difunto  
 Enseñaron las flechas, á punto  
 Menos alto su amor dirigir.»

Mientras en confusísima algazara  
 Así la muchedumbre confabula,  
 Llegando Pelias, de su carro pára  
 Con manos fuertes una y otra mula;  
 En el extraño paladín repara,  
 Y su terror en vano disimula  
 La sandalia fatal cuando descubre,  
 Que el pie derecho solitaria cubre.

Tranquilidad el mísero aparenta,  
 Y así se expresa: «A la mentira ajeno,  
 ¡Oh peregrino! dime ¿qué opulenta

Patria produjo lidiador tan bueno?  
¿Cuál es la madre que en el mundo cuenta  
Que hijo tan grande cobijó su seno?  
Sin vacilar revélamelo todo.»—  
Se anima el joven, y habla de este modo:

«Oid: de la caverna  
De Cariclea vengo  
(Sostén de mi edad tierna),  
Y á dicha grande tengo  
Haber sido discípulo  
Del Centauro Quirón.

»Cuidáronme las puras  
Hijas del varón sabio;  
Ni palabras impuras  
Decir supo mi labio,  
Ni en cuatro lustros mi ánima  
Manchó perversa acción.

»En mis patrios hogares  
Mayor de edad, penetro  
A recobrar mis lares  
Y el usurpado cetro  
Que al gran Eolo, Júpiter,  
Y á sus hijos donó.

»Según veraz noticia,  
Robó Pelias insano,  
Contra toda justicia,  
El reino soberano

De que dueños legítimos  
Somos mi padre y yo.

»No bien mis tristes ojos  
Vieron la luz primera,  
Sabiendo los antojos  
Del Jefe que hoy impera,  
Mis padres ocultáronme  
A su ambición fatal.

»Me proclamaron muerto,  
Y con fingido luto  
Fué mi alcázar cubierto;  
Y diéronme el tributo  
De femeniles lágrimas  
Y duelo funeral.

»Entretanto, al abrigo  
Del silencio nocturno,  
Al antro del amigo  
Vástago de Saturno,  
En pañales de púrpura,  
Lleváronme á educar.

»De Quirón á las manos  
Mi salvación yo debo:  
Y basta ¡oh ciudadanos!  
Lo que narrado llevo,  
Las preguntas que atónitos  
Me hicisteis, á llenar.

»A la morada mía  
 Llevadme ahora fieles,  
 Do mi padre nutría  
 Sus cándidos corceles;  
 Pues hijo primogénito  
 Soy del anciano Esón.

»Vuestra tierra no huello  
 Cual triste peregrino:  
 De mi linaje el sello,  
 El Centauro divino  
 En mí imprimió, legándome  
 El nombre de JASÓN.»

No bien penetra en la mansión paterna,  
 Corre á abrazarlo el conmovido anciano;  
 Vierte á torrentes su pupila tierna  
 Llanto sin fin de gozo sobrehumano:  
 Procura el héroe la emoción interna  
 Que lo domina, reprimir en vano,  
 Al ver que su hijo excede en gallardía  
 A cuantos hombres Jolcos contenía.

Al palacio de Esón atrae la fama  
 A sus hermanos. Pronto Feres viene  
 De la vecina fuente, que se llama  
 Hiperia, y Amitáon de Mesene:  
 De ver á su pariente, á Admeto inflama  
 Deseo irresistible; ni detiene  
 Lazo alguno en su hogar al fiel Melampo,  
 Que llega ansioso del Laconio campo.



Con afable ademán á sus parientes  
Acoge el buen Jasón; á lauta cena  
Los convida, y los colma de presentes.  
Cinco noches duró la fiesta amena;  
Cinco días los juegos diferentes;  
Pero al sexto, Jasón el gozo enfrena,  
Y les hace saber su intento serio  
De recobrar el usurpado imperio.

Lo aplauden: y con planta presurosa  
Los héroes van, llevándolo en el centro,  
De Pelias á la casa suntüosa.  
Sus pisadas no bien resuenan dentro,  
Cuando el hijo de Tiro (la de undosa  
Cabellera) cortés sale al encuentro.  
Lo saluda Jasón, y con süave  
Voz que parece miel, le dice grave:

«¡De Neptuno Petreo hijo robusto!  
Del mísero mortal la mente ciega  
Aplaudes con furor el lucro injusto,  
Y á regresar á la equidad se niega;  
Mas la hora de rendir á árbitro justo  
Cuenta de lo pasado, al fin se llega.  
Enfrenemos tú y yo nuestros afectos,  
Y caminemos por senderos rectos.

»Un mismo seno (sabes lo que digo)  
A tu abuelo Creteo, y al osado  
Salmoneo prestó materno abrigo:  
Primos somos, por tanto, en tercer grado;

Y á todo hombre, las Parcas enemigo  
Del consanguíneo ser tienen vedado.  
Ni flecha, pues, ni espada fraticida  
De nuestros padres la heredad divide.

»Yo te propongo ventajoso pacto:  
Cuenta en el campo las lanudas greyes  
Y las pingües manadas; el exacto  
Número cuenta de pintados bueyes.  
Todo te doy, y el territorio intacto,  
Que atropellando del honor las leyes  
A mis padres robaste, y hoy tu renta  
Con tu cultivo y tu cuidado aumenta.

»No envidio la riqueza de tu casa;  
Mas quiero, sí, mi trono y monarquía:  
Fiero dolor el pecho me traspasa  
El cetro al ver de la familia mía.  
Vuélvemelo; ó de la ira que me abrasa  
Contener los arranques no podría.»—  
Su discurso Jasón así concluye,  
Y con urbanidad Pelias arguye:

«Haré lo que quieras; mas oye mi ruego:  
La vejez inútil mis miembros circunda;  
En tí rubicunda,  
Con célico riego,  
Sus flores derrama feliz juventud.

»Aplacar piadoso podrás con empeño  
De los infernales Dioses á la turba:

De Frixo perturba  
Mi plácido sueño,  
La sombra, privada de patrio ataúd.

»Que saque, me pide, del alcázar de Etas  
Su espíritu triste, y el vellón dorado  
Por que fué salvado,  
Ya de las saetas  
De infame madrastra, ya del ronco mar.

»Gusté de Castalia la límpida fuente  
A Apolo pidiendo su luz veneranda;  
Y el Numen me manda  
Que el ponto inclemente  
En rápida nave me atreva á cruzar.

»La empresa difícil que yo no acometo  
Porque de los años el peso me doma,  
Tú atrevido toma,  
Que fiel te prometo  
El cetro en tu diestra sin falta poner.

»A Júpiter sumo, que origen proclamo  
Del lazo de sangre que me une contigo,  
Cual santo testigo  
De mi voto llamo.  
¡El mira mi franco, leal proceder!»

Queda firmado el pacto; y al momento  
La expedición que se prepare ordena  
El ínclito Jasón. No bien el viento

Con la trompeta del heraldo suena,  
Llegan tres héroes de divino aliento:  
El uno es hijo de la bella Alcmena;  
Leda fué de los otros dulce madre;  
Todos tienen á Júpiter por padre. -

Quizá temiendo que los pueblos duden  
De su valor, si en tiempo inoportuno  
Llegaren, velocísimos acuden  
Los dos audaces hijos de Neptuno.  
Su larga cabellera ambos sacuden;  
Del cabo de Tenaro viene el uno,  
De Pilo el otro: Eufemo aquél se llama,  
Este Periclimeo, de alta fama.

¡Semidioses, salud! ¡Cuánto trofeo  
Os va á alcanzar la expedición marina!  
Llega el poeta y citarista Orfeo,  
De Apolo inspirador prole divina;  
Y Mercurio, señor del Caduceo,  
A gloriosas empresas encamina  
A Equito y á Equión, hijos mellizos,  
De la flor de la edad con los hechizos.

Júntanse los que pueblan los cimientos  
Del Pangeo; veloces cual saetas,  
Porque Bóreas, monarca de los vientos,  
A sus dos hijos, Calaín y Zetas,  
Infunde con su soplo más alientos,  
Agitando en sus hombros las aletas;  
Y el impulso final, con su oportuno

Auxilio, da la irresistible Juno.

Infunde la Deidad tal atractivo  
A la forma gentil del bajel *Argo*,  
Que hace á los héroes, del hogar nativo  
Huir, y del doméstico letargo.  
De navegar les viene ardor tan vivo,  
Que las aguas beber del ponto amargo  
Y, de gloria cubiertos, al *Averno*  
Bajar, prefieren al hogar materno.

Cuando la flor de heroicos navegantes  
Para lanzarse al mar se encuentra lista,  
Elogiando sus ánimos constantes  
A sus filas Jasón pásala revista.  
Ve Mopso las entrañas humeantes;  
Sigue atento á los pájaros la pista:  
Feliz viaje al ejército revela,  
Y hace que sin tardar se dé á la vela.

No bien levan el áncora dura,  
Cuando sube del *Argo* á la popa,  
De oro puro ostentando una copa,  
De los nautas el gran Capitán.

De los Dioses al Padre Tonante,  
Vibrador de la lanza de fuego,  
Por los héroes dirige su ruego,  
Que en la nave á sus órdenes van.

Pide al Dios que les abra camino  
A través del feroz elemento:

Que los lleve con próspero viento  
Y sujete al furioso Aquilón;  
Y que el sol los alumbre de día,  
Y en las noches la espléndida luna;  
Ni les niegue por fin la fortuna  
De volver á la patria mansión.

Trueno fausto replica en las nubes,  
Y su luz el relámpago arroja;  
Y sumerge en funesta congoja  
A los héroes la atroz tempestad.

Mas el augur declara que anuncian  
Feliz viaje los Dioses supremos;  
Y respiran, y él grita: *á los remos,*  
*A los remos, marinos, bogad.*

Y bogan apresurados,  
Obedientes al Piloto,  
Y empiezan del fresco Noto  
Las auras á respirar;  
Y al llegar los denodados  
A la boca del Axino,  
A Neptuno, dios marino,  
Erigen templo y altar.

En el ara sacrifican,  
Implorando su alta gracia,  
Rojo toro, que de Tracia  
Les da la copiosa grey;  
Y que los libre, suplican,  
Del ímpetu de las rocas

Que entre sí se hieren locas,  
De los bajeles al Rey.

Giran raudos como viento  
Los dos islotes flotantes:  
Parecen vivos gigantes  
Que luchan con frenesí.

Mas termina el movimiento  
Al pasar la nave fuerte.—  
A las Simplégades muerte  
Dieron los héroes así.

Llegan por fin á Fasis,  
Y á los negros derriban  
De Cólquide, no lejos  
De dondè Etas habita.

Allí por vez primera  
La gloriosa Ciprina,  
Que dardos amorosos  
Agudísimos vibra,

Trae del excelso Olimpo  
La tornasol pezpita,  
Que á los hombres, afectos  
Frenéticos inspira,

Y con indisolubles  
Lazos, el ave liga  
A la rueda, que en cuatro  
Rayos, veloce gira;

Y enseña al sabio Esónides  
Cantos y oracioncillas,  
Cuyo mágico influjo  
No hay fuerza que resista.

Harán tales encantos  
Que Medea lo siga,  
A sus deberes sorda  
Y á los afectos de hija,

Y arda de ver á Grecia  
En ansiedad tan viva,  
Que su pasión la azote  
Cual tempestad horrisona.

La reina inspírase  
De amor tan tierno,  
Que el arte quiere,  
Con que el paterno  
Lazo supere,  
Dar á Jasón.

Mezcla un antídoto  
Con suave aceite,  
Que los dolores  
Torna en deleite,  
Y con mil flores  
Forma una unción;

Y jura á Esónides  
Que el himeneo,



De sus certámenes  
Será el trofeo,  
Y en cambio pídele  
Su corazón.

Etas, al fuerte arado de adamante  
Unce los bueyes de nariz ardiente.  
Es su aliento de llama fulgurante;  
Son sus pezuñas de metal luciente.  
Sin sentir el ardor, sólo el gigante  
El yugo pone á su inflamada frente,  
Y la tierra al labrar, va tan violento  
Que una yugada sulca en un momento.

«Que venga (exclama arrogante)  
Y ejecute igual tarea,  
El Rey, quienquiera que sea,  
De ese bajel comandante.  
»Será de sus pies alfombra  
El celeste Vellochino,  
Cuya lana de oro fino  
A los mortales asombra.»

Del manto purpúreo Jasón se desnuda:  
Y á Venus pidiendo y á Jove su ayuda,  
Las áridas glebas empieza á labrar.

Merced á la maga su amante, no teme  
Que el fuego de aquellas narices lo quemee;  
Sus filtros y mañas lo saben librar.

Arrastra el arado, forzado y sereno,

Y pone á los toros el mágico freno,  
Que sufre mugiendo la indómita grey.

Con vara punzante los urge sin tregua,  
Y en breves instantes va, legua tras legua,  
Abriendo los sulcos que impúsole el Rey.

Del joven las fuerzas observa con ira  
Burlado el tirano, y oculto suspira,  
Y apenas reprime su inmenso estupor.

La mano querida del jefe valiente  
Los nautas estrechan; y ciñen su frente  
Con hierbas, y elogian su inmenso valor.

Entonces la selva do fúlgida brilla  
La piel que de Frixo cortó la cuchilla,  
Indica á los héroes el hijo del Sol.

Abriga su pecho la infame esperanza  
Que vana del joven será la pujanza,  
Pasando la empresa por nuevo crisol.

En medio de un bosque de espesa maleza,  
Terrífico monstruo, de inmunda cabeza  
Y fauces horrendas, custodia el Vellón.

De remos cincuenta bajel bien armado  
Angosto y pequeño juzgárase al lado  
De aquel vigilante furioso dragón.

· Mas ¿cómo dejo al estro que me lleve  
Lejos de la trillada carretera?

¿Sus propias reglas á violar se atreve  
Mi musa, para todos tan severa

Tornaré á mi deber por senda breve,  
 Y diré que con maña al fin supera  
 A la hórrida serpiente, de la nao  
 El divino Patrón ¡oh Arcesilao!

Con el dorado Vellochino, embarca  
 En el *Argo* á Medea, que perdida  
 De amores sigue al héroe; y del Monarca  
 De Jolcos, pone término á la vida.  
 Por el Índico Océano la barca  
 Llega á la isla de Lemnos; do homicida  
 Falange de viudas, á los Griegos  
 Cortés invita á funerales juegos.

Premio de sus espléndidas proezas  
 Son ellas mismas y el bordado manto.  
 En tierra extraña á relucir empieza,  
 ¡De Cirene real linaje santo!  
 ¿Fué germen de tus ínclitas grandezas  
 De una noche ó de un día el dulce encanto?  
 Lo ignoro; mas en Lemnos el supremo  
 Tallo brotó del inmortal Eufemo.

La peregrina prole hasta Laconia  
 Sigue del padre la sagrada pista,  
 Y de Esparta conduce una colonia  
 A Tera (entonces *isla de Calista*);  
 En ella la gentil prole Latonia  
 De Libia ordena la fatal conquista,  
 Y el trono da de la feliz Cirene  
 A raza ilustre que su pueblo ordene.

¡Óyeme, Arcesilao! y tu talento,  
 Que al mismo Edipo avergonzara, aviva.  
 ¿Vistes acaso al roble corpulento  
 Cuyo alto tronco la segur derriba?  
 No torna á florecer; pero alimento  
 Da al invernial hogar, ó en él estriba,  
 Trasformado en columna, el arquitebe  
 Que del templo sostiene la áurea nave.

Médico regio, Febo está contigo:  
 En las llagas, Señor, bálsamo vierte.  
 Trastorna la ciudad vil enemigo;  
 Mas restituir la paz, ni el varón fuerte  
 Podrá, si un Numen no le presta abrigo.  
 Gloria, fuerza, saber, te dió la suerte:  
 Sigue ¡oh Rey de Cirene venerando!  
 La dicha de tus súbditos labrando.

Pondera atento el inmortal axioma  
 Del grande Homero, que leer te agrada:  
*De hábil embajador el arte doma  
 Hasta la oposición más obstinada.*  
 Mi musa ¡oh Rey! la libertad se toma  
 De llevarte benéfica embajada,  
 Y viene á interceder por Demofilo,  
 A quien mi Tebas hoy ofrece asilo.

De Bato sabe bien la casa regia  
 Y toda la Ciudad, de mi cliente  
 Cuál ha brillado la conducta egregia.  
 De joven es su brazo armipotente;

De viejo de cien años su estrategia:  
Jamás su lengua ha sido maldiciente;  
A odiar la sedición, y á ser amigo  
De los virtuosos, le enseñó el castigo.

Lo que puede hacer hoy, su mano activa  
No acostumbra dejar para mañana:  
Sabe que la ocasión es fugitiva,  
Y aunque no corre con pasión insana,  
Cual esclavo, en su pos, nunca la esquivá.  
A quien fué tal desde la edad temprana,  
Considera, Señor, qué pena oprime  
Hoy que tan lejos de la patria gime.

Al desdichado Numen semejante  
Que sostiene las célicas regiones,  
El destierro lo acosa, nuevo Atlante,  
Privado de su patria y posesiones.  
A los Titanes perdonó el Tonante.  
¿Posible que su yerro no perdones?  
¡Señor! El tiempo todo lo cancela:  
Cesando el huracán, se cambia vela.

Por volver al hogar triste suspira,  
Y por beber de la Apolínea fuente:  
Odio su corazón ya no respira,  
La enfermedad pasó; vida inocente  
Quiere llevar, al eco de su lira.  
Que torne á tu Ciudad ¡oh Rey! consiente.  
Verás qué manantial de versos puros  
Halló en tu honor, en los Tebanos muros.



---

## ODA QUINTA:

---

AL MISMO ARCESILAO,  
VENCEDOR CON EL CARRO.

Es la Riqueza reina omnipotente  
Cuando á pura virtud el hombre aduna  
Oro copioso, de amistades fuente,  
Merced á la fortuna.

Si corres tú tras suerte tan brillante  
¡Divino Arcesilao! desde niño,  
De Cástor, el del carro relumbrante,  
Lo debes al cariño.

Él la invernall tormenta, desatada  
Contra tu casa, tutelar conjura;  
Y eterna paz á tu real morada  
Benévolo asegura.

Maneja el sabio con temor la rienda  
Del poder con que Jove lo bendice:  
De la Justicia tú sigues la senda,  
Y admirante felice:

Feliz, porque tu imperio reflorece;  
Feliz, porque de tu alma la grandeza,  
De tu gallardo rostro resplandece  
En la gentil belleza.

Nuevamente feliz, porque en Pitona  
Al conquistar el premio tus corceles,  
Himnos gratos á Febo el coro entona  
De tus vasallos fieles.

En Cirene, verjel de Citerea,  
Al escuchar tu majestad el canto,  
La primer causa de tu triunfo vea  
En Jove sacrosanto;

Y sobre los magnates de tu corte  
A Carroto distinga, que á la Excusa,  
Hija de Epimeteo, por consorte /  
Siempre tomar rehusa.

*La sabia Previsión, fruto divino  
De Prometeo, á su brazo asida  
Con él entró cuando á los lares vino  
Del ínclito Batida.*



No bien, volando en su veloce carro,  
Llegó á beber de la Castalia fuente,  
Y la corona conquistó bizarr  
Que hora brilla en su frente.

Doce veces recorre en raudó giro  
El consagrado circo. Intacta queda  
La fuerte brida; ni romperse miro  
Eje, arneses, ó rueda.

Integra, como el hábil artesano  
La fabricó, de Crisa á la eminencia  
La conduce, de Apolo soberano  
A la áurea residencia,

Y ante la estatua que erigió devoto  
El flechero Cretense, á fuerte viga  
De pulido ciprés, ata Carroto  
La dorada cuadriga.

A aquel ¡oh Rey! de quien honor recibes,  
Tus favores prodiga agradecido.  
¡Eres feliz, progenie de Alexibes,  
De las Gracias querido!

Si la lid fué reñida, mis loores  
Te erigirán eterno monumento:  
A tu lado cuarenta conductores  
Cayeron de su asiento.

Impávido salvando tu cuadriga,  
Del circo vencedor tornas con ella;  
Y hoy la llanura Líbica te abriga  
Y tu Cirene bella.

Exento de reveses nadie ha sido  
Ni lo será jamás. Arcesilao  
Rige feliz, por Bato protegido,  
Del Estado la nao.

Y ya calma le da, ya tempestades,  
Su gran Progenitor: faro luciente  
Es del extraño, y de sus mil ciudades  
Baluarte armipotente.

Cuando su voz en la Africana arena  
Sonó por vez primera, los leones  
Huyeron, erizada la melena,  
Del héroe y sus legiones.

Febo, de Bato y sus colonos guía,  
Entre las fieras el terror mantiene,  
Para que cumpla fiel su profecía  
El Jefe de Cirene.

Febo, que de curar el célico arte  
Enseñar á los hombres no rehusa;  
Que ablanda al hijo del furioso Marte,  
Y le da lira y musa.

Él del oráculo es Numen eximio,  
Que á Argos envió, y á Pilos, y á Laconia,  
Con los vástagos de Hércules y Egimio,  
Poderosa colonia.

Que á Esparta alabe, de mi lira espera  
El orbe todo. De ella mis abuelos,  
Los Égidas, vinieron hasta Tera,  
Por favor de los cielos.

Introdujo en Cirene hado propicio  
De muchas hostias el banquete santo;  
Y á Cirene, en el Carnio sacrificio  
Consagramos un canto.

A Cirene, ciudad de altas murallas,  
Que de Antenor á la progenie amiga,  
Vencida, no domada, en cien batallas,  
Hospitalaria abriga.

Al ver á su Ciudad presa del fuego,  
Nueva patria á buscar en tierra ajena  
Vinieron los Troyanos, con el Griego  
Que recobró á su Helena.

Y á aquella raza de ínclitos jinetes,  
Ofrece el pueblo que cruzó los mares  
En las naves de Bato, mil banquetes  
Y humeantes altares.

Los templos aumentó con mano pía  
El Fundador; y á procesión devota  
Abrió la ecuestre y empedrada vía  
Que apellidó *Escirota*.

Recto conduce el cómodo camino  
Del grande Bato hasta la tumba aislada,  
Desde la selva al médico divino,  
Apolo, consagrada.

Feliz en vida y adorado en muerte  
Fué el semidiós; á cada rey espacio  
Para su tumba, designó la suerte  
Frente al real palacio;

Y llega hasta el oscuro monumento  
El aroma del cántico, que baña  
Como blanco rocío y suave unguento  
Del Rey la última hazaña:

Y á su espíritu da gran regocijo  
La prez que á Arcesilao alta circunda;  
Porque el renombre ó la virtud del hijo  
En sus padres redunda.

Conviene al vencedor unirse al coro  
Y celebrar á Febo: la corona,  
Premio de sus trabajos y de su oro,  
El le donó en Pitona.

Alaban á mi Rey propios y extraños,  
Y lo que de él pregono ¿quién no sabe?  
Es superior á sus contados años  
Su mente recta y grave.

De la alígèra grey ninguno puede  
Al águila quitar la preeminencia:  
Así de Arcesilao todo cede  
Al valor y elocuencia.

En la guerra invencible balüarte,  
Con las Musas jugó desde la cuna.  
Es auriga sin par; y amor al arte  
A gran pujanza aduna.

Tino en obrar, en el consejo acierto,  
Dadle desde hoy ¡Saturnios inmortales!  
El fruto de sus glorias nunca yerto  
Dejen los vendavales.

Rige de Jove la alta providencia  
A hombres y celestiales moradores:  
¡De Bato insigne dé á la descendencia  
Las Olímpicas flores!

---



---

## ODA SEXTA.

---

A XENÓCRATES DE AGRIGENTO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Oídmel De Venus la de ojos sin par  
Y las divas Gracias el campo fecundo,  
De Apolo en el templo, que es centro del mundo,  
Con Píticos himnos me apresto á labrar.  
A los Emenidas ofrece en su altar,  
Y á tu ilustre padre, y al claro Agrigento,  
De ricos cantares tesoro opulento,  
La selva sagrada del Dios tutelar.

Ni fierá tormenta. ni el recio huracán  
Que en la húmeda playa revuelve la arena,  
Ni el que entre las nubes en invierno truena  
Terrífico rayo, romperlo podrán.

Con fúlgida frente los himnos saldrán,  
 Y á aquel de quien eres progenie y auriga,  
 Darán fama eterna: venció su cuadriga  
 ¡Oh buen Trasibulo! merced á tu afán.

Al padre tu diestra cedió el galardón.  
 Las máximas sigues que, en años pueriles,  
 Allá en las montañas al huérfano Aquiles  
 Legara el austero Centauro Quirón.  
*A Jove supremo, deidad de quien son  
 Esclavos el trueno y el rayo, venera.  
 Iguales honores tu pecho no quiera  
 Rehúsar á tus padres:—tal fué su lección.*

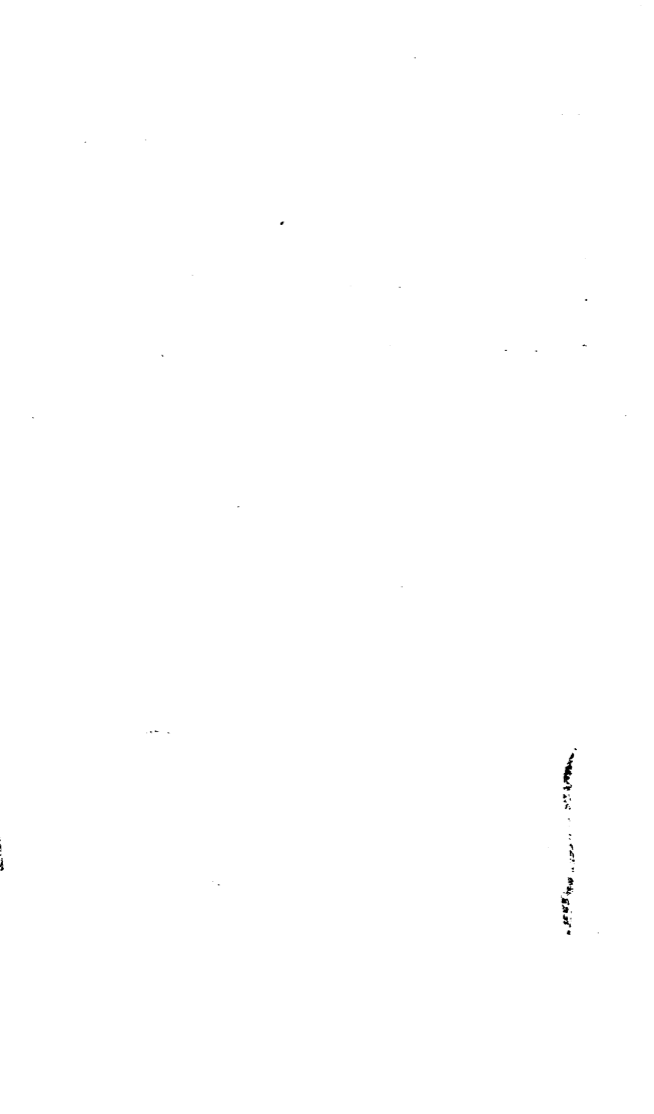
Antiguo modelo de afecto filial,  
 La sangre en la guerra por su padre vierte  
 Antíloco el bravo: Memnón le da muerte,  
 De Etiópicas huestes feroz general.  
 La flecha de Paris hirió al animal  
 Del carro de Néstor; detiénese el potro;  
 Ya amaga al anciano la lanza del otro;  
 Ya á Antíloco llama la voz paternal.

Los gritos de Néstor no apaga el tropel,  
 Y el hijo lo salva, sin vida cayendo.  
 ¡De amor y coraje prodigio estupendo  
 Que eterno renombre conquista al doncell!  
 Si entre los antiguos no conoce aquél  
 Igual por su santa filial reverencia,  
 De la edad presente la justa sentencia  
 Donó á Trasibulo la palma y laurel.



Sin lujo ni orgullo, con noble esplendor,  
De Terón á ejemplo, su regio pariente,  
Sus grandes riquezas maneja prudente;  
Las Musas cultiva con tenaz ardor.  
¡Neptuno, de potros primer domador!  
¿Quién hay que en el circo más diestro te imite?  
Tan suave es su trato, que en lauto convite  
Abeja parece de grato dulzor.

---



---

## ODA SÉPTIMA.

---

À MEGACLES DE ATENAS,

VENCEDOR CON LA CUADRIGA.

De Alcmeón al gran vástago canto,  
Que corceles maneja robusto:  
A la espléndida Atenas es justo  
De mi canto por base poner.

Qué familia, qué patria más noble  
Ostentar pueda Grecia no veo,  
Que la ilustre ciudad de Erecteo,  
Cuya fama se extiende doquier.

Construyeron sus hijos á Apolo  
Rico templo en la diva Pitona.  
La de Jove preciosa corona,  
Que en Olimpia supieron ganar;

Y de Cirra los dos; y las cinco  
Que en el Istmo adornaron las frentes  
¡Oh Megacles! de tí y tus parientes,  
Hoy me mueven la lira á pulsar.

Al saber tu reciente victoria  
Me inundó celestial regocijo:  
De mirar solamente me aflijo  
Que la Envidia te sigue tenaz.  
Pero enseña la triste experiencia,  
Que aun en medio á la dicha más pura,  
Viene siempre fatal desventura  
A turbar de los hombres la paz.

---

---

---

ODA OCTAVA.

---

Á ARISTOMENES DE EGINA,  
LUCHADOR.

¡Oh Paz, hija divina  
De la Justicia, cuya augusta mente  
A la bondad se inclina;  
Para los pueblos de riquezas fuente,  
Que las supremas llaves  
Tienes de guerras y consejos graves!

La espléndida corona  
Que rendido te ofrece Aristomenes,  
Y que alcanzó en Pitona,  
Recibe ¡oh Diosa! pues á dicha tienes,  
Según las ocasiones,  
Distribuir y aceptar preciosos dones.

Si turba sediciosa  
 Se atreve á dirigirte golpe rudo,  
 Le opones valerosa  
 Brillante acero y refulgente escudo;  
 Y sumergirla sabe  
 Tu diestra, en la sentina de tu nave.

Ignoraba Porfirio,  
 A Jove al desafiar, que tus estancias  
 Asaltar, es delirio.  
 Asegura pacíficas ganancias  
 Voluntario presente:  
 El crimen precipita al más valiente.

Ni Tifón de Cilicia,  
 Monstruo de cien cabezas arrogantes,  
 Huir de la injusticia  
 Pudo, ni el mismo Rey de los Gigantes.  
 El rayo al uno hiere:  
 Con las flechas de Apolo el otro muere.

Apolo, á quien el arco  
 De blanca plata refulgente adorna,  
 Al hijo de Xenarco  
 Abre los brazos; que de Cirra torna  
 Coronado de flores  
 Del Parnaso, y de Dóricos honores.

A las Gracias ajena  
 La Isla no es, en verdad, de cuyas leyes  
 La fama el mundo llena.

La alta virtud de sus gloriosos reyes  
 (De Eaco raza ilustre)  
 Desde el principio le prestó su lustre.

Madre y nutriz preclara  
 De vencedores mil, bien en combates,  
 Bien en juegos, declara  
 La dulce voz de innumerables vates  
 De Egina á la isla bella,  
 Que entre los hombres sin igual descuella.

¡Ay infeliz! No puedo  
 Sus glorias celebrar á mi albedrío.  
 ¡Oh lira! Tengo miedo  
 Con largos himnos de causar hastío.  
 Lo que mis pies delante  
 Tienen, corriendo bastará que cante.

Tu victoria reciente,  
 De tu patria feliz timbre postrero,  
 ¡Heroico adolescente!  
 Haré que vuele por el orbe entero.  
 En la lucha los bríos  
 Imitas ya, de tus maternos tíos.

A Teogneto, Olimpia  
 Miró vencer, y el Istmo á Clitomajo:  
 No empaña, no, su limpia  
 Fama ¡oh garzón! tu atlético trabajo;  
 Y de los Midilides  
 El nombre acrecen tus primeras lides.

En tí cumplirse veo  
 El vaticinio del fecundo labio  
 Del gran hijo de Oicleo.  
 Vengando de sus padres el agravio  
 Con Argivas legiones,  
 Frente á Tebas miró á los Epigones.

«Valor (el vate dijo)  
 Que Natura infundió, por regla cierta  
 Pasa del padre al hijo.  
 El primero de Cadmo ante la puerta  
 Que es Alcmeón no dudo:  
 ¡El fúlgido dragón ved en su escudo!

»Si en el cerco primero  
 Por su derrota esotro llanto vierte,  
 Hoy pájaro agorero  
 Le ofrece en el segundo mejor suerte.  
 Mas ¡ay! día nefasto  
 Aguarda en casa al valeroso Adrasto.

»Verá á todos ilesos,  
 Y él solo entre el ejército asaltante,  
 Conducirá los huesos  
 De su hijo muerto á la ciudad de Abante.»  
 Tal fué el agüero oscuro  
 Que hizo Anfiarao ante el Tebano muro.

De gozo rebosando,  
 Coronas mil en el camino arrojó  
 De Alcmeón venerando,



Y con himnos dulcísimos lo mojo.  
 De mi casa vecino,  
 Es de mis bienes guardador divino.

Cuando al famoso Centro  
 De la tierra, poco ha me dirigía,  
 Él me salió al encuentro;  
 Y, heredero del don de profecía  
 Que honró á su padre tanto,  
 Me anunció la victoria que hora canto'

¡Oh Flechador celeste,  
 Que munífico imperas de Pitona  
 En el recinto agreste!  
 Allí le diste tu mejor corona.  
 Te debe ya otras muchas:  
 En su patria lidió tus *cinco-luchas*,

Los himnos que mi lira  
 A cada vencedor consagra tierna,  
 ¡Oh Dios! propicio mira;  
 Que en ellos luce la verdad eterna,  
 ¡Oh Xenarco! Tu casa  
 Enriquezcan los Númenes sin tasa.

Quien de rico se precia,  
 Y limpia de sudor muestra la frente;  
 Ante la turba necia  
 Podrá pasar por hombre inteligente.  
 ¡Cuánto el vulgo se engaña  
 Al atribuirlo á su saber y maña!

No llega á tanto el arte  
De los mortales. Dios con mano santa  
Las riquezas reparte;  
Y mientras á unos hasta el sol levanta,  
Su medida exquisita  
En los abismos á otros precipita.

Megara, Maratona,  
Y en tu patria de Juno la palestra,  
Con tríplice corona  
Premiaron ¡oh garzón! tu fuerte diestra.  
Nuevo laurel conquistas  
Cayendo sobre cuatro antagonistas.

¡De Pitona cuán triste  
Es para el derrotado la salida!  
Ni de gala se viste,  
Ni sonrío su madre dolorida;  
Y evita las miradas  
El infeliz, por calles excusadas.

No así el afortunado  
Cuyas sienes ornó nueva victoria:  
Emprende entusiasmado  
Vuelo sublime, en alas de la gloria;  
Sólo aspira á la fama,  
Y ni riquezas ni placeres ama.

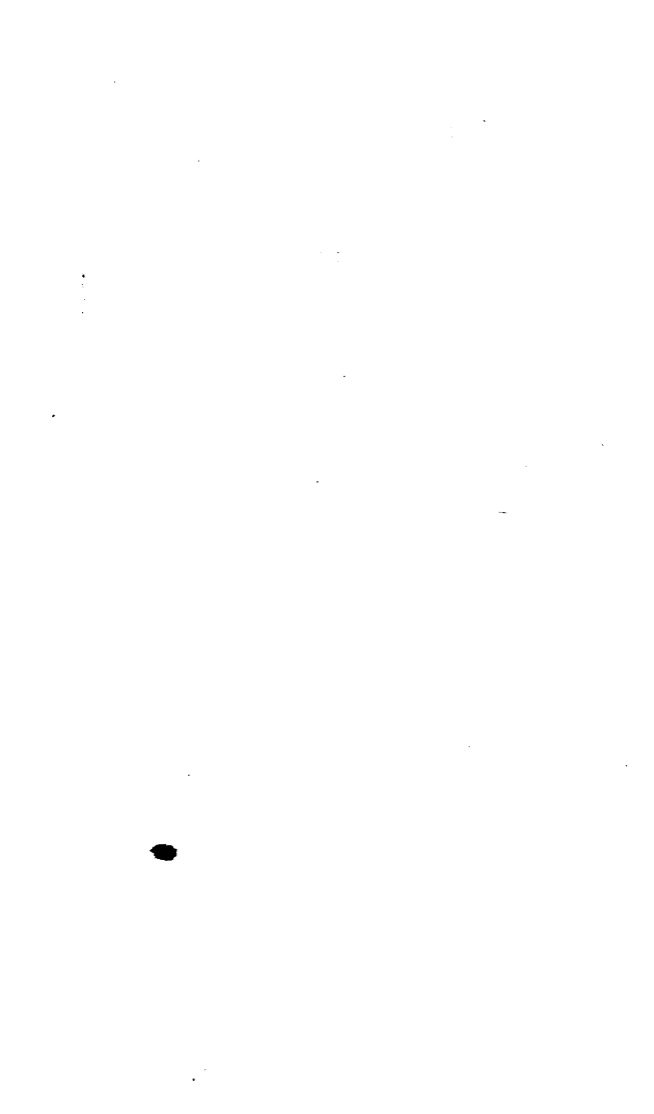
Mas ¡ay! si en un instante  
Nuestro carro triunfal eleva al cielo,  
En otro la inconstante

Suerte lo rompe y lo derriba al suelo.  
El hombre es flor de un día:  
*¿Qué soy? ¿ó qué no soy? ¿quién me diría?*

Sombras somos: ¿qué digo?  
De sombra fugitiva sueño vano;  
Mas si Jove el abrigo  
Nos presta de su manto soberano,  
Aureola esplendente  
Dorará nuestra vida eternamente.

¡Oh madre amada, Egina!  
De tu isla fiel la libertad escuda.  
La frente ¡oh Jove! inclina.  
¡Peleo, Telamón! prestadme ayuda.  
Protegerla se digne  
Con Aquiles veloz, Éaco insigne.

---



---

## ODA NOVENA.

---

À TELESICRATES DE CIRENE,

CORREDOR ARMADO.

De victorias insignes pregonero,  
Si las Gracias de espléndida hermosura  
Me ayudan, celebrar el triunfo quiero

Que, cubierto de fúlgida armadura,  
Telesicrates alcanzó en Pitona.  
¿Quién igualar pudiera su ventura?

¡Prez de Cirene! que nutriz pregona  
De corceles, la fama, y ninfa bella  
Que amada fué del hijo de Latona.

Del Pelio al corazón siguió su huella  
El blondo Numen, y en su carro de oro  
Arrebató á la rústica doncella;

Y dueña augusta la hizo del tesoro  
Que en frutos y ganado Libia encierra,  
Del vasto continente honra y decoro.

Venus ofrece hospitalaria tierra  
Al Delio peregrino; y la cuadriga  
Con su argentada mano dulce aferra.

En cámara nupcial á Apolo abriga,  
Y manda á presidir á su himeneo  
A la Modestia, del Amor amiga.

Lo enlaza á la gentil hija de Hipseo,  
De los Lápitás rey, nieto valiente  
Del Océano, y prole de Peneo.

La Náyade Creúsa, descendiente  
De la Tierra, del Pindo en el regazo  
Dió á luz, del Mar al vástago potente.

Él educó á Cirene, cuyo brazo  
De nieve parecía, y desdeñaba  
De infantil amistad el dulce lazo.

El telar mujeril la fastidiaba,  
Y era su gusto el perseguir las fieras  
Con el venablo ó la preñada aljaba.

Y tranquila, merced á las certeras  
Saetas de la bella cazadora,  
La grey paterna erraba en las praderas.

Y el sueño, que los párpados devora  
De mil y mil, la acariciaba sólo  
Breves instantes, y al rayar la aurora.

Con su rico carcaj el alto polo  
Al recorrer, con un león la mira  
Luchar inerme el flechador Apolo.

Lidia la vírgen sola: el dios admira  
Su intrepidez, y á la mansión paterna  
Corre á llamar al hijo de Filira.

«Deja ¡oh Quirón! (le dice) tu caverna:  
La grande fuerza y el valor sublime  
Ven á admirar de aquella niña tierna.

»¿Cómo á la fiera irresistible oprime!  
Su invicto corazón no abriga miedo.  
¿Qué padre la engendró? ¿qué madre? díme.

»¿Quién la trajo á estasselvas? Su denuedo  
Mira, y responde: ¿mi divina mano  
Poner de grado ó fuerza en ella puedo?»

Con sonrisa benévola el anciano  
Centauro preceptor, consejos graves  
Dirige á su pupilo soberano.

«Del santo amor las escondidas llaves  
Tiene (le dice) la gentil Prudencia,  
Y no la fuerza: ¡oh Febo! bien lo sabes.

»Ganar un corazón por la violencia,  
Es medio que reprueba juntamente  
De mortales y Números la ciencia.

»Te ha sugerido la pasión naciente  
El que acabo de oír, cortés lenguaje;  
Que tu deidad engaño no consiente.

»¿De la virgen preguntas el linaje,  
¡Oh Dios! tú que conoces cada vía  
Al principio y al fin de nuestro viaje?

»Cuantas arenas, de la mar bravía  
Agita el viento en la árida ribera,  
Y cada arroyo en sus arenas cría;

»Cuantas hojas produce en primavera  
El fértil suelo; cuanto arcano esconde  
Con la presente edad la venidera,

»Todo lo sabes ¡oh Señor! ¿Adónde  
Tu ojo no penetró? Mas, por ventura,  
Si agorar junto á tí me corresponde,

»Escucha, ¡Rey de vates! La dulzura  
De conyugales lazos, has venido  
A gustar, de este valle en la espesura.



»De doncella sin par feliz marido,  
Con ella cruzarás los anchos mares  
Hasta el jardín de Júpiter florido.

»Allí, por valerosos insulares  
Verás alzarse en cándida colina  
De opulenta ciudad muros y altares.

»Su reina ella será. Libia divina  
A tu ninfa abrirá las áureas puertas  
De su regia morada peregrina.

»Terrenos le dará de lindes ciertas,  
Con fieras en sus selvas espaciosas  
Y frutas abundantes en sus huertas.

»Allí te dará un hijo; á las hermosas  
Horas, Mercurio conducirlo debe,  
Y á la tierra de faldas anchurosas.

»A la materna leche, néctar leve,  
Sustituirán; y célica ambrosía  
Al venturoso infante harán que pruebe.

»Así será inmortal; si la jauría  
Lleva, lo adorarán cual Jove Agreo;  
Cual Febo Nomio, si rebaños guía:

»Y su nombre habitual será Aristeo.  
El vaticinio muévelo á que encienda  
La suspirada antorcha de himeneo.

Cuando lo quiere un dios, breve es la senda.  
El mismo día salva la distancia,  
Y al punto rompe la virgínea venda.

De oro es el lecho y conyugal estancia  
Que Libia en su ciudad les proporciona,  
Célebre por sus juegos y abundancia.

¡Oh Cirene feliz! Nueva corona  
Hoy te conquista el hijo de Carniades,  
Vencedor en el circo de Pitona.

Cuando á tu seno torne, ¡oh de ciudades  
Reina, cuyas bellísimas mujeres  
Te dieron prez en todas las edades!

Recíbelo con triunfos y placeres;  
Que la gloria que en Delfos te asegura,  
Merece bien cuanto por él hicieres.

Elogiar no conviene con premura  
Grandes hazañas; mas en breves frases  
Tratar muchos asuntos, es cordura.

*Sin aferrar ¡oh Musa! nunca páses  
La propicia ocasión; principio eterno  
De que Yolao fiel sentó las bases.*

La amurallada Tebas, del Infierno  
Salir lo vió; y aprovechar el día  
Que pudo abandonar el negro Averno.

Su agudo acero, la cabeza impía  
Separó de Euristeo; y al instante  
Tornó á bajar á la región umbría.

Reposa ahora el paladín triunfante  
En el sepulcro de Anfitrión; su abuelo,  
De la cuadriga conductor brillante.

En la Ciudad de Cadmo, cuyo suelo  
Huella de blancos potros noble raza,  
Desterrado encontró techo y consuelo.

El rico pueblo, que su origen traza  
Desde el dragón y los sembrados dientes,  
Allí á Anfitrión hospitalario abraza.

De él y de Jove esposa, á dos valientes  
Mellizos, en un parto, la existencia  
Alcmena dió, modelo de prudentes.

Falto de voz ó presa de demencia  
Es el que no consagra á todas horas  
A Alcides, de sus versos la cadencia;

Quien no canta las aguas bullidoras  
De Dirce; que con Ificles su hermano  
Al semidiós nutrieron salvadoras.

5 Mi lira les dedico; que no es vano  
Mi voto, si propicio me ilumina  
El coro de las Gracias soberano.

Pues ya tres veces alcanzó en Egina  
Renombre á su ciudad, Telesicrates,  
Y de Niso en la célebre colina,

No callarán á la verdad los vates  
Su alto valor; lo elogie el partidario  
Lo mismo que el vencido en los combates.

*Si lo merece, alaba á tu adversario*  
*Con todo el corazón*, dijo Nereo:  
¡Oid al viejo Dios hospitalario!

¡Heroico vencedor! Más de un trofeo  
De Palas en la arena polvorosa  
Cada cinco años conquistar te veo.

Clavando en tí los ojos silenciosa,  
Piensa más de una madre: *¡Fuera mi hijo!*  
Más de una virgen: *¡Fuera yo su esposa!*

En Olimpia te ví con regocijo  
Triunfar, y en los certámenes de Rhea:  
Allá en tu patria vencerás de fijo.

Ansioso de apagar mi sed pimplea,  
De tus antepasados la alabanza  
Quieren que el fin de mis cantares sea.

Cumpliré mi deber.—Con la esperanza  
De conquistar de Barce los favores  
Hueste de novios hasta Irasa avanza.

Prodigio de beldad, mil amadores  
De Anteo en la ciudad piden su mano,  
Y de extranjeros reinos mil señores.

Pero queriendo el Príncipe Africano  
Para su hija encontrar mejor partido,  
Que dé lustre á su cetro soberano,

Recuerda de Danao, el atrevido  
Proyecto, con que en Argos á cuarenta  
Y ocho doncellas consiguió marido:

Tras la meta á las vírgenes asienta,  
Y cual premio, á los próceres amantes,  
De rápida carrera, las presenta.

La lucha fué brevísima; y aun antes  
De mediodía, esposas eran todas.—  
Del Libio son las leyes semejantes.

Pone, imitando las Argivas modas,  
A la adorada virgen en la meta:  
«¿De mi Barce queréis las regias bodas?»

(Dice de amantes á la turba inquieta.)  
«Veamos quién al fin llega primero  
»Y su virgínea túnica sujeta.»

El estadio larguísimo, ligero  
Recorre Alexidamo; y de su amada  
La dulce mano toma placentero.

A la hueste de Nómades formada  
La presenta feliz; y hojas y flores  
Cubren á la pareja afortunada.

¡No son del primer triunfo los honores!

---

---

## ODA DECIMA.

---

Λ HIPOCLES DE TESALIA,

CORREDOR EN EL ESTADIO DOBLE.

¡Feliz Lacedemonia, venturosa  
Tesalia! A ambas á dos del gran Alcides,  
El Príncipe de atletas y adalides,  
Gobierna la progenie poderosa.

¿No es hora de ensalzar tales grandezas?  
¡Qué! Ya me llama el Pítico trofeo,  
Y los hijos de Aleva y Pelineo  
A celebrar de Hipocles las proezas.

Con los jóvenes lucha en el gimnasio,  
Y hoy vencedor en la carrera doble  
Lo aclama, de Anfictions ante el noble  
Concejo, el celestial valle Parnasio.

Son para el hombre las empresas bellas  
Al principio y al fin, si un dios lo mueve.  
¡Apolo! A tu socorro el triunfo debe,  
Y á haber seguido las paternas huellas.

De armadura marcial cubierto Fricias,  
Dos lauros en Olimpia ganar pudo:  
De la Victoria recibió desnudo  
En los llanos de Cirra las caricias.

Su hacienda y esplendor en adelante  
Aumente la Fortuna; y en los juegos,  
Delicia y prez de los robustos Griegos,  
De uno y otro el valor salga triunfante.

Envidiosa deidad no los persiga  
Con inicuas mudanzas y vaivenes;  
Favorables los Númenes, de bienes  
Colmen su dulce hogar, con mano amiga.

¡Feliz el hombre que en veloz carrera  
Alcanza, ó en atléticos combates,  
Premios ¡insignes! Cantarán los vates  
Brazo tan fuerte, planta tan ligera.

¡Feliz si vive hasta mirar la frente  
De su hijo tierno con laurel ornada  
Del Pitio circo! ¿Qué le falta? Nada.  
Para escalar el cielo es impotente.



Hasta el límite extremo de ventura  
Que al hombre es dado ver, llegó su nave:  
Ni á pie ni en barca en lo posible cabe  
Del Hiperbóreo ver la tierra oscura.

Sólo Perseo consumó la empresa  
De entrar de aquella gente á los hogares;  
Cien jumentos sin tacha en los altares  
Los vió inmolar, y se sentó á su mesa.

Deleitan sus festines y canciones  
A Apolo, que les fué siempre propicio;  
Le hacen reir, al ver el sacrificio,  
Del lozano animal las contorsiones.

A aquel pueblo la Musa no es extraña;  
Doquier se miran coros de doncellas  
Y mancebos, girar en danzas bellas  
Que la flauta ó la cítara acompaña.

De dorado laurel ciñen la frente;  
Se gozan en opíparos convites;  
Ignoran de la guerra los embites:  
Nunca los hiere Némesis furente.

Sagrada raza, ni vejez la enerva,  
Ni de dolencias víctima decae:  
Impertérrito el hijo de Danae  
Allí arribó, llevado por Minerva.

La cabeza, del tronco separada,  
De la Górgona audaz mostró á la isleña  
Criminal gente; que trocóse en peña  
Al verla de serpientes erizada.

En prodigios mi mente no rehusa  
Creer: los obra Júpiter supremo.—  
Presto el áncora arroja y alza el remo:  
Salva mi nave del escollo, ¡oh Musa!

Al formar la abejilla sus panales  
De una flor á otra flor revuela inquieta.  
¿Qué mucho si doquier liba el poeta  
La miel para sus cánticos triunfales?

Que á orillas del Tesálico Peneo,  
Los habitantes de la bella Efira  
Repitan los acordes de mi lira  
De Hipocles en honor, es mi deseo.

Así tendrá más lustre su victoria;  
Lo admirarán iguales y mayores:  
Las vírgenes cantando sus loores  
Partíipes serán de su alta gloria.

Gusto diverso á los mortales mueve:  
De su ambición quien alcanzó el objeto,  
Entre los brazos téngalo sujeto.  
¿Quién lo futuro á predecir se atreve?

Yo de Torace en el amor confío,  
Mi dulce huésped, cuya diestra amiga  
De las Musas me puso en la cuadriga  
Con ardor exigiendo el canto mío.

Prueba Lidio crisol cariño y oro.  
¡Ah! Dejad que salute á sus hermanos,  
De la Tesalia insignes soberanos,  
Y del suelo natal honra y decoro.

---



---

## ODA UNDÉCIMA.

---

Á TRASIDEO DE TEBAS,

JOVEN CORREDOR EN EL ESTADIO.

Venid, hijas sagradas  
De Cadmo y de Harmonía:  
¡Semele! tú que un día  
El Olimpo lograstes escalar;  
Y tú, que Leucotea  
Hoy te apellidas ¡Ino!  
Y el alcázar marino  
De las Nereidas bajas á habitar.

De Hércules con la augusta  
Madre favorecida,  
De Melia á la escondida  
Mansión de ricos trípodas volad.

Como á ninguna, Apolo  
 Con sus gracias la llena:  
 La ha apellidado *Ismena*  
 Y es trono de fatídica verdad.

¡Oh coro de heroínas!  
 Allí os convoco ahora,  
 A Temis protectora  
 Al caer de la tarde á celebrar;  
 Y ganaréis de Tebas  
 Y Cirra los favores,  
 De Delfos los loores  
 (Gran Centro de la tierra) al entonar.

Las glorias de su raza  
 Renueva Trasideo,  
 Hoy que el tercer trofeo  
 De sus abuelos lleva á la mansión.  
 De su victoria, el fértil  
 Campo ha sido testigo,  
 De Pilades, que amigo  
 Y huésped fué de Orestes el Lacón.

¡Afortunado Orestes!  
 A la sangrienta diestra  
 De la ímpia Clitemnestra  
 Su nodriza Arsinoe lo ocultó,  
 Cuando el puñal agudo  
 De la feroce madre,  
 A Agamenón su padre  
 Y á Casandra, en el Orco sepultó.

¿Acaso de Ifigenia  
La inmolación tirana  
En la orilla lejana  
Del Euripo, moviera su furor?  
¿O del marido ausente,  
Cayó en ajenos brazos?...  
Manchan vedados lazos  
De la recién casada el limpio honor.

¡Ay! Ocultar no puede  
La adúltera su mengua;  
Del vulgo la atroz lengua  
Por publicar las culpas tiene afán.  
A su opulencia, envidia  
Igual, el grande aduna.  
Los de inferior fortuna  
Contra el rico en silencio rugirán.

Al regresar á Amicla  
Atrida halló la muerte,  
Y á su funesta suerte  
A la adivina Virgen arrastró.  
Venía con su nave  
De los despojos llena  
Que por causa de Helena,  
A la incendiada Troya arrebató.

En la del viejo Estrofo  
Hospitalaria estancia  
Pasó la tierna infancia  
El niño Orestes, del Parnaso al pie;

Y más tarde la muerte  
 Hizo pagar, de Atrida,  
 A Egisto con la vida,  
 Y de su madre infiel verdugo fué.

¿Mas dónde estoy, amigos?  
 Ved que calle extraviada  
 Tomé en la encrucijada,  
 Y la primera dirección perdí.  
 Como á ligero esquife  
 Que la brisa más leve  
 Fuera del rumbo mueve,  
 Así la inspiración me agita á mí.

¡Oh Musa! si vendieras  
 Por oro tus encantos,  
 Tus alquilados cantos  
 Pudieras dirigir aquí ó allá;  
 Mas hoy, las Pitias glorias  
 Loar de Trasideo  
 Y su padre deseo,  
 Y tu voz á ellos sólo cantará.

En la Olímpica arena  
 Espléndidos laureles  
 Ellos, y los corceles  
 De sus carros, lograron alcanzar.  
 Bajaron de Pitona  
 Al estadio desnudo;  
 Y ningún Griego pudo  
 Su planta velocísima igualar.



Los ínclitos favores  
De los Dioses admiro;  
Pero tan sólo aspiro  
A lo posible, en mi robusta edad.  
Dicha durable, sólo  
Da honrada medianía:  
Por ella cambiaría  
Aun el trono de mi ínclita ciudad.

A modestas empresas  
Y virtudes me entrego:  
Al envidioso, el fuego  
De su propia pasión consume al fin.  
Feliz el ciudadano  
Que vive en grata holganza;  
Que alto renombre alcanza  
Y evita noble la insolencia ruin.

Cuando sus ojos cierre  
La Parca tenebrosa,  
De tal varón, preciosa  
La muerte misma el mundo juzgará;  
Y á su querida prole  
Y dulce descendencia,  
La más preciada herencia,  
Que es un nombre glorioso, legará.

¡Ificlides Yolao!  
La fama ya te canta,  
Y al éter os levanta,  
¡Cástor divino, Pólux sin rival!

¡Salud, de Jove y Leda  
Períncritos Gemelos,  
Que hoy moráis en los cielos  
Y mañana en Terapne la infernal.

---

---

---

ODA DUODÉCIMA.

---

Á MIDAS DE AGRIGENTO,

FLAUTISTA.

¡Oh la más bella que al mortal hospeda  
Ciudad ilustre! Tú, de Proserpina  
Sede divina, de brillar amante,  
Oye mi ruego.

Tú, cuya frente se alza en las riberas  
Del Agrigento, ricas en ganado,  
Sobre collado que gigante muro  
Fuente circunda:

Esta que á Midas en el Pitio circo  
De hombres y Dioses el favor hoy dona,  
Verde corona, recibir propicia  
Dígnate, Reina.

Y abre los brazos al varón insigne  
Que á los flautistas vencedor supera,  
Que Grecia entera á conquistar envía  
Délfico lauro,

En aquel arte, creación de Palas,  
Cuando la Diosa remedar el llanto,  
Con flébil canto, de las tres audaces  
Górgonas quiso:

Triste lamento, que en variadas notas  
Las feas bocas de hórridas serpientes  
Sobre sus frentes (cabellera horrible)  
Hondo exhalaron,

Y el ronco pecho de las almas ninfas;  
El día infausto que á la hermana bella  
Cruel degüella del audaz Perseo  
La ínclita mano.

¡Ay! ¡Cuánto duelo su fatal venganza,  
A tí, Serifo, que la mar rodea,  
Ruda acarrea, y al que tú sostienes  
Bárbaro pueblo!

Cae la cabeza de Medusa hermosa,  
Y ante sus yertos, húmedos despojos,  
Los claros ojos de las divas hijas  
Ciega, de Forcis.

De Polidectes al nupcial banquete  
El rojo cráneo, cual feroz trofeo,  
Lleva Perseo; y en amargo luto  
Trueca la fiesta,

Y de su madre los pesados hierros  
Piadoso rompe; y el forzado enlace  
Justo deshace de Danae el hijo,  
¡Prole divina!

Cuenta la fama que de lluvia de oro  
Nació sin padre: protegióle Palas,  
Bajo sus alas consumando el héroe  
Grandes proezas.

Libre de riesgos viéndolo la Virgen,  
Para su nuevo músico instrumento  
Vario concento de estridentes notas  
Dulce compone;

Y con la flauta, los agudos ayes  
Que la garganta vierte de Euriala  
Mágica iguala. ¡Salve, oh de Minerva  
Útil invento!

A los mortales dándolo la Diosa  
Nombre le impuso, que el recuerdo vivo  
Guarde festivo, de las cien cabezas  
De áspides fieros;

Y hoy á los juegos y á la lid sangrienta  
Llama á los pueblos el concento blando,  
Tenue pasando por el bronce que une  
Débiles cañas.

Cañas, de danzas plácidos testigos,  
Y que en el bosque del Cefiso ameno,  
Cabe Orcomeno (de la Gracias villa).  
Crecen lozanas.

¿Quién las espaldas, si á la dicha aspira,  
A los trabajos volverá cobarde?  
Dios en la tarde calmará las penas  
Que hora lo abruma.

No cede el Hado; mas apenas deja  
A los mortales la última esperanza,  
Nueva bonanza los perdidos bienes  
Fácil resarce.

---

ODAS NEMEAS.

1

2

3

4

5



---

## ODA PRIMERA.

---

A CROMIO ETNEO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Vástago de la noble Siracusa,  
Ortigia sacra, que reposo á Alfeo  
Diste cuando corrió tras Aretusa!  
Los rápidos corceles, que el Nemeo  
Triunfo obtuvieron, cantará mi musa;  
Y á Cromio al celebrar, y á Jove Etneo,  
Empezaré por tí, cuna de Diana,  
Y de la errante Delos bella hermana.

Merced á su cuadriga vencedora  
(Del valiente garzón primera prueba)  
De los Dioses la mano protectora  
De la gloria á la cúspide lo lleva.

¡Oh Musa, del combate admiradora!  
Con espléndido canto al cielo eleva  
La que asignó por dote á Proserpina  
El Señor del Olimpo, isla divina.

Agitando la excelsa cabellera,  
De la fértil Sicilia hacerla jura  
Reina, y de sus ciudades la primera;  
Y un pueblo á quien deleita la armadura,  
Y el corcel de batalla, y la carrera,  
También le da, que cifra su ventura  
En las coronas de oro, oliva y flores,  
Premio de los Olímpicos sudores.

Es sublime el encomio, pero justo,  
Y elevaré cual nunca mis canciones  
Hoy, que banquete de exquisito gusto  
Me aguarda en los espléndidos salones  
Que abre á huéspedes mil prócer augusto.  
Modelo de magnánimos varones,  
El fuego de mordaz maledicencia  
Con agua extingue de gentil clemencia.

Orna á cada mortal don diferente:  
Si á la gloria llegar quieres derecho,  
Sigue la inclinación que tu alma siente.  
Requiere el lidiador robusto pecho,  
Y el gobernante previsora mente,  
Que del futuro tiempo esté en acecho.  
En tí vigor y previsión aduna,  
¡Hijo de Agesidamo! la fortuna.

Que no oculte jamás (al cielo plegue)  
En mis arcas inútiles riquezas;  
Favores al amigo nunca niegue  
Mi mano, á ejemplo tuyo; y mis larguezas  
A tanto suban, que mi fama llegue  
A la alta cumbre que á escalar empiezas;  
Que á todo pecho emprendedor alcanza  
De cubrirse de gloria la esperanza.

Tu primera victoria es buen agüero  
De más gloriosas y mayores lides.  
¡Cromio feliz! Vaticinarte quiero  
Tu futuro esplendor, nuevo Everides;  
Y en dulce verso narraré el primero  
Triunfo que obtuvo el pequeñuelo Alcides,  
Al ver la luz, con su gemelo hermano,  
El vástago de Jove soberano.

Juno lo ve desde su regio asiento,  
En cuna de oro y cándidos pañales.  
La devoran los celos, y al momento  
La Reina de los Dioses inmortales  
Dos dragones envía: al aposento  
Penetran por los fáciles umbrales,  
A los niños terríficos enlazan,  
Y vivos engullirlos amenazan.

Con la cabeza erguida se levanta  
Hércules, y hace su primer ensayo,  
A ambas sierpes asiendo la garganta  
Con tanta fuerza, que letal desmayo

De los dragones el furor quebranta  
Hasta morir. Cual subitáneo rayo  
Entra el terror, y á las esclavas llena,  
Que al lecho velan de la bella Alcmena.

Ella sale también, aunque desnuda,  
Del lecho, y á los monstruos se abalanza;  
Un Tebano escuadrón viene en su ayuda,  
Armados todos con loriga y lanza:  
Su acero esgrime, víctima de aguda  
Pena Anfitríon, y á su cabeza avanza;  
Que el propio luto nos desgarrá el seno,  
Aunque pronto olvidamos el ajeno.

Terror y admiración el padre siente  
Al ver tanto valor, y tan extraña  
Fuerza en un niño; el cielo así clemente  
Del anuncio fatal lo desengaña.  
Al Profeta de Jove omnipotente,  
Que lee lo porvenir en cada entraña  
De las aves, Tiresias su vecino,  
Llama Anfitríon, y acude el Adivino.

A la Tebana multitud, que atenta  
Escucha el vaticinio, las gloriosas  
Penas, y hazañas del infante cuenta.  
Cuántas, en tierra, fieras perniciosas  
Su invicta mano domará sangrienta,  
Y cuántas en las ondas borrascosas;  
A qué malvados de la raza humana  
Justiciero dará muerte temprana:

Todo el vate narró. De los Gigantes  
Prédice, y de los Númenes la guerra:  
Hércules, con sus flechas penetrantés  
A lós monstruos hará morder la tierra  
En los campos de Flegra. Tras brillantes  
Proezas, su carrera al fin se cierra  
Yendo entre los celestes moradores  
El premio á recoger de sus labores.

Perpetua paz y dicha sempiterna  
Allí le aguarda, y eternal reposo:  
Se enlazará con Hebe, virgen tierna  
De juventud perenne y rostro hermoso;  
En la dorada habitación paterna  
Hará el nupcial banquete suntüoso,  
Y de Saturnio Júpiter al lado  
Vivirá, de los Númenes amado.

---



---

## ODA SEGUNDA.

---

**A TIMODEMO DE ATENAS,**

**VENCEDOR EN EL PANCRACIO.**

Es ley de los Homéridas  
Armónicos cantores,  
De Júpiter Olímpico  
Siempre con los loores,  
Sus dulces himnos épicos  
Devotos empezar.

El héroe de mi cántico,  
Así el primer trofeo  
Obtiene en los certámenes  
Sagrados del Nemeo  
Bosque, do reina Júpiter  
Cual Numen tutelar.

Si por la senda plácida  
 Sin vacilar camina,  
 Que hizo á su padre célebre;  
 Y el Hado lo destina  
 A ser de Atenas bélica  
 Decoro y esplendor,

Que vencerá en los Ístmicos  
 Combates yo le auguro:  
 Y aun en la arena Pítica  
 Aguarda de seguro  
 De Timonóo al Vástago;  
 La codiciada flor.

Orión así á las Pléyades  
 Siempre á seguir se inclina;  
 Sabe formar intrépidos  
 Guerreros Salamina:  
 De Ajax el brazo indómito  
 Héctor en Troya vió.

¡Oh Timodemo! Gózome  
 De ver crecer tu gloria  
 Con nueva hazaña atlética:  
 Narra la antigua historia  
 Que Arcania hijos magnánimos  
 A Grecia siempre dió.

Jamás un Timodémida  
 Saltó á la arena ardiente,  
 Sin que laurel espléndido



Ciñera su alba frente.  
Cuatro al Parnaso altísimo  
Tus padres deben ya.

Al pie de aquellos ásperos  
Montés, en cuyas faldas  
Salió triunfante Pélope,  
Hasta hoy ocho guirnaldas  
De los Corintios ínclitos  
La decisión les da.

En Nemea su mérito  
Ha conquistado siete.  
¿Quién computar el número  
De lauros acomete,  
Que en los juegos de Egíoco  
Les diera su Ciudad?

¡Cantad, hijos del Atica,  
Hoy que al nativo puerto  
De flores honoríficas  
Torna el joven cubiertō:  
Mil himnos eucarísticos  
A Júpiter cantad!

---



---

## ODA TERCERA.

---

Á ARISTOCLIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRAGIO.

Ven ¡oh Musa divina!  
Escucha ¡oh Madre! mis ardientes ruegos,  
Y baja á la isla Dórica de Egina,  
La hospitalaria, en este mes famoso  
Que santifican los Nemeos juegos.  
En las riberas del Asopo undoso,  
De jóvenes cantores  
Dulce coro te aguarda numeroso,  
Que por oír ansía  
De tu celeste voz la melodía.  
Con los mismos honores  
Hechos diversos compensar no es justo;  
Y el mejor galardón á la victoria

Del luchador robusto,  
 Es el canto de gloria  
 Que acompaña á virtudes eminentes,  
 Y se complace en coronar las frentes.

Concede á mis sudores  
 De este canto gentil grande abundancia;  
 Y tú, que eres su prole, himno sonoro  
 Entona á Jove, que elevada estancia  
 Entre las nubes tiene: de aquel coro  
 Transmitiré á las voces y á las liras,  
 Cuanto benigno á tu cantor inspiras,  
 Y agradará mi acento  
 Al que es de Egina lustre y ornamento.  
 Fueron los Mirmidones  
 Primeros en poblar la isla felice,  
 Y de aquellos perínclitos varones  
 El fuerte Aristoclides no desdice.  
 Con ímpetu acosado  
 En el *pancracio*, por atleta osado,  
 Merced á tu armonía  
 Señal no dió de infame cobardía.  
 De los Nemeos valles hoy en medio  
 Con dulces himnos sus trabajos pagas,  
 Saludable remedio  
 Del vencedor á las profundas llagas.

¡Oh! Ya que á tu gallardo continente  
 Y varonil belleza,  
 Iguala de tus hechos la grandeza,  
 ¡Vástago de Aristófanes, detentel

No es fácil recorrer vedados mares,  
Dejando atrás de Alcides los pilares.  
Eternos monumentos  
De su extremo marítimo camino,  
Allí los puso de Hércules divino  
La mano, sobre hondísimos cimientos.  
Enormes alimañas  
Él domeñó en el piélago; y llevado  
De su espontáneo amor á las hazañas,  
Exploró cada fuente,  
Cada escollo y corriente  
Hasta do puede por el mar hinchado  
Avanzar un bajel (con la esperanza  
De que su prora vuelva) hacia Occidente,  
Y de la tierra el límite apartado  
El héroe señaló. Mas ¿dó me lanza  
El viento de mi genio? ¿A qué extranjero  
Promontorio ha arrojado mi navío?  
A Eaco y á Egina, el canto mío,  
Y á su progenie, que enderece quiero.  
Es cierto, sí, que celebrar es justo  
Toda proeza de varón augusto;  
Mas no conviene al vate  
Que amor de extraña gloria  
A peregrinas playas lo arrebate.  
Busca tus héroes en la patria historia,  
Y hallarás, musa mía, amplio argumento  
Para entonar dulcísimo concento.  
Del Rey Peleo canta la victoria,  
Célebre en las antiguas tradiciones  
Por la que él se forjó robusta lanza.

El solo, sin legiones,  
A Jolcos toma. A Tetis la marina,  
No sin trabajo, vencedor domina,  
Y, aunque humilde mortal, su mano alcanza.

A Yolao asociado  
Derriba Telamón armipotente  
A Laomedonte osado;  
Y con él, al ejército valiente  
De fieras Amazonas, que maneja  
Arcos de bronce, debelado deja.  
No disminuye el miedo  
Que á tantos hombres domador abate  
El singular denuedo  
Que ostenta su alma en desigual combate.  
El natural valor al hombre inclina  
A grandes hechos: quien nació cobarde,  
Aunque merced á dura disciplina  
Quiera hacer de proezas vano alarde,  
De empresas mil y mil en pos camina,  
Y con incierta planta,  
Aunque vaya doquier, nada adelanta.

En casa de Filira, el rubio Aquiles  
Niño aún, cada día  
Cual juegos infantiles  
Hazañas colosales emprendía.  
Ya lanzaba veloz agudo dardo  
Igual á los furiosos aquilones;  
Ya un jabalí mataba, ya un leopardo,  
Ya luchaba con hórridos leones:

Y al Centauro instructor (hijo querido  
De Saturno) llevábale delante  
Del animal vencido  
El cuerpo palpitante.  
¡No contaba seis años el infante!  
Llenas de asombro lo miraban Diana  
Y la armada Minerva  
Cazar cada mañana,  
Ya el corzo corredor, ya la ágil cierva,  
Sin ayuda de lazos ni lebreles,  
Pues su pie superaba á los corceles.

Refiero lo que antiguas tradiciones  
Me mueven á contar. Al antro vino  
Del prudente Quirón, Jasón divino  
A recibir lecciones.  
Allí sus salutíferas pociones  
A mezclar enseñó con mano suave  
Al glorioso Esculapio, el viejo grave.  
El al casto Pelco  
Unió benigno con nupciales lazos  
A la hija de Nereo,  
Tetis gentil, de encantadores brazos.  
De aquella unión sagrada  
Al vástago sublime, á Aquiles fuerte,  
Educa de tal suerte,  
Que el ponto cruza, y frente á Ilión sitiada  
Las huestes anonada  
De Dárdanos infantes; y de Frigia  
Y de Licia dispersa á los guerreros,  
Y al desafiar de Etiopia á los lanceros,

A su jefe Memnón manda á la Estigia.  
 ¡Pobre primo de Heleno!  
 Volver no pudo de su patria al seno.

Auréola esplendente  
 Que ni clima ni edad borra ni empaña,  
 Después de tanta hazaña  
 Orna de los Eácidas la frente.  
 ¡Jove! Tu sangre son: tuya es la liza  
 Que el cántico eterniza,  
 Que al armonioso coro  
 De jóvenes, de Egina honra y decoro,  
 Para entonar en tu loor trasmito.  
 Bien de alabanza el grito  
 Aristoclides vencedor merece,  
 Por quien, de la isla bella  
 Que lo viera nacer, la fama crece.  
 Por él alta descuella,  
 En alas de la dulce poesía,  
 De sacerdote del crinado Apolo  
 La dignidad *Tearia*, que en él solo  
 Unida, hace brillar su valentía.

La que todo lo aclara, la experiencia,  
 En las Nemeas lides  
 Probó de Aristoclides  
 La atlética excelencia.  
 Niño, vence á los niños sus iguales;  
 Varón, á los varones siempre humilla;  
 Anciano fresco, entre los viejos brilla,  
 Ilustre en cada edad de los mortales.



Pues de su vida se prolonga el hilo,  
Pensar ya le conviene  
En el destino que á sus plantas tiene,  
Y otras virtudes cultivar tranquilo.

¡Querido amigo, adiós! Dichoso vive  
Y este precioso vaso  
Con miel y blanca leche del Parnaso,  
Ofrenda de amistad, grato recibe.  
Mezclado va dulcísimo rocío,  
Don de las Musas, y el sabroso aliento  
Que despide el Eólico instrumento:  
Acepta mi cantar, aunque tardío.  
Que me asemejo, sabes,  
Al águila, señora de las aves,  
Cuando ligera de las nubes baja,  
Y en víctima sangrienta  
Sus garras agudísimas encaja,  
En tanto que la turba maçilenta  
De viles grajos, el rastroero vuelo  
Graznando siguen sin dejar el suelo.

Con el favor de Clío,  
Que soberana mi cantar sublima,  
Eternamente brillará el que anima  
Tu heroico pecho, sobrehumano brío,  
Y que guirnalda te ciñó, preçlara,  
En Épidauro, en Neme y en Megara.

---



---

## ODA CUARTA.

---

À TIMASARCO DE EGINA,

LUCHADOR EN LA PALESTRA.

De los trabajos arduos  
La mejor medicina  
Es la que da el triunfo,  
Dulcísima alegría.

Los himnos, prole sabia  
De las Musas divinas,  
Cual bálsamo, al atleta  
Solícitos alivian:

Los fatigados miembros,  
Ni la caliente linfa  
Ablanda cual los sonos  
De encomiástica lira.

Vive, más que los hechos,  
La dulce Poesía  
Que de alto ingenio nace  
Y las Gracias inspiran.

Tal á Jove se eleve  
Esta cántiga mía,  
Y á Nemea, y la lucha  
De Timasarco invicta.

La de las altas torres,  
Ciudad cuya justicia  
Cual luminoso faro  
Sobre la tierra brilla,

Patria de los Eácidas,  
Hospitalaria Egina,  
Del extranjero asombro,  
Acéptela benigna.

¡Oh! Si del sol la lumbre  
Calentara vivífica  
A tu padre Timócrito,  
¡Cuál pulsara la cítara!

¡Cuál las pasadas glorias  
Que celebrar medita  
Mi plectro con las tuyas,  
Alegre cantarí!

Él ganó de coronas  
Multitud infinita  
En los Cleonios juegos,  
Do siempre combatía,

En Atenas la sabia,  
De Grecia maravilla,  
Y en la de siete puertas  
Tebas, ciudad amiga.

Allí junto á la tumba.  
Que guarda las cenizas  
De Anfitríon, la frente,  
Con flores exquisitas,

Ciñéronle gustosos  
Por la amistad antigua.  
Que á su patria y la patria  
Del viejo Cadmo unía:

Ni la mansión de Alcides  
Fué tierra peregrina  
Para él, que halló en sus aulas  
Benévola acogida.

Con Telamón el grande  
A Troya vino un día  
Hércules: sus murallas  
Con él fuerte derriba;

Con él, á los Meropes  
De Cos vence en la isla,  
Y al lidiador famoso  
Alcioneo, domina.

Mas antes que á su clava  
El gigante se rinda,  
Con un peñasco enorme  
Rompe doce cuadrigas.

A cada una dos héroes  
Insignes conducían,  
Y á todos aquel monstruo  
Mata, hiere, mutila.

Quien mi relato acoja  
Con suspicaz sonrisa,  
No tiene de la guerra  
Nociones ni sencillas.

Sepa que la Fortuna,  
Si á veces es propicia,  
Mil otras con desastres  
Y derrotas humilla.

Rápido el tiempo vuela,  
Y digresión prolija  
Prohíbeme del canto  
La ley reconocida.

Ya con mágica fuerza  
La nueva luz de Cintia,  
A celebrar los juegos  
Al corazón excita.

Amaina ¡oh de mi musa  
Ligera navecilla!  
Que ya á desviarte empieza  
De mi genio la brisa.

A su halagos tiernos  
Tu buen timón resista,  
Aunque las olas besen  
En alta mar tu quilla.

Seremos vencedores  
De la turba enemiga,  
Si nuestra ruta alumbra  
El sol de mediodía.

El émulo entretanto  
Que nuestra suerte envidia,  
Sus tramas, como el humo  
Desvanecerse mira;

Entre tinieblas densas  
Sigue su senda inicua,  
Y en el abismo, á oscuras  
Al fin se precipita.

La que el Hado potente  
Encendió, leve chispa,  
En mi pecho, no hay riesgo  
Que los años extingan.

Ea, pues, entonemos  
¡Oh dulce lira mía!  
Un cántico, empapado  
En dulce miel de Lidia,

Que grato vaya á Enona  
Y á Chipre la festiva,  
Donde erigió su trono  
Teucro Telamonida.

Cual numen hoy gobierna  
Su patria Salamina,  
Ajax, su noble hermano,  
Si bien de corta vida.

En el Euxino Ponto  
Surge espléndida isla,  
Do tutelar impera  
Aquiles de Larisa;

Tetis el cetro empuña  
De la risueña Ftía;  
Y en el ilustre Epiro  
Neoptolemo domina,



Do bueyes mil, la sierra  
Que en Dodona principia  
Y llega hasta el mar Jonio,  
Con rico pasto cría.

Al pie del monte Pelio  
Peleo á Jolcos sitia,  
Y á los bravos Hemonos  
Entrégala cautiva.

Nada las redes valen  
Que tiéndele ofendida  
La adúltera consorte  
De Acasto, Astidamía.

El engañado esposo  
Muerte oculta maquina  
Darle, con la Dedálea,  
Encantada cuchilla;

Pero Quirón el sabio  
Al casto joven libra  
Guardándolo á la suerte  
Que Jove le destina.

La irresistible fuerza  
De llamas voracísimas,  
Impávido en el bosque  
Peleo desafía,

Las garras de leones,  
Y las horribles filas  
De dientes de alimañas,  
Que asoladoras brillan.

De tanto riesgo ileso,  
Al fin logra la dicha  
De unirse en matrimonio  
A una Nereida ninfa;

Y ve la que comparte  
Con ella, regia silla,  
Por los Reyes del cielo  
Y del mar circüida,

Llevándole obsequiosos  
Dádivas exquisitas,  
Que espléndidas herede  
Su descendencia invicta.

Nadie puede las rocas  
En que Gades estriba  
Pasar hacia Occidente;  
Presto de bordo vira.

El viento de mi genio  
Tu vela otra vez hincha:  
Vuelve de nuevo á Europa  
Tu prora, ¡oh mi barquilla!

Que es difícil empresa  
Cantar las infinitas  
Hazañas que á la raza  
De Eaco glorifican.

Ilustre pregonero  
De las luchas eximias  
Que del robusto atleta  
Los miembros fortifican,

Gozoso á los Teándridas  
A cantar en Olimpia  
Vengo, y en la palestra  
Nemea, y en la Ístmica.

Doquier lucharon fuertes;  
Ni sin coronas ínclitas  
Tornaron de los juegos  
A su ciudad natía.

De triunfales himnos  
¡Oh Timasarco! brilla,  
Como dispensadora  
Y asunto, tu familia.

Mas si al heroico hermano  
De tu madre, Caliclas,  
Mandas que un monumento  
Más cándido hoy erija

Que de mármol de Paros,  
Te obsequiará mi lira.  
La brillantez del oro  
Con el crisol se aviva;

Y el himno que preclaras  
Hazañas eterniza,  
Al luchador, más alto  
Que los reyes, sublima.

En los Elíseos campos  
Do mora, el buen Caliclas  
De mi fecunda lengua  
El cántico reciba.

Con apio ornó su frente  
La palestra Corintia  
En los sagrados juegos  
Que á Neptuno dedica.

Su nombre el viejo Eufanes,  
Tu abuelo, inmortaliza:  
¡Joven! En cada siglo  
Nuevo vate germina.

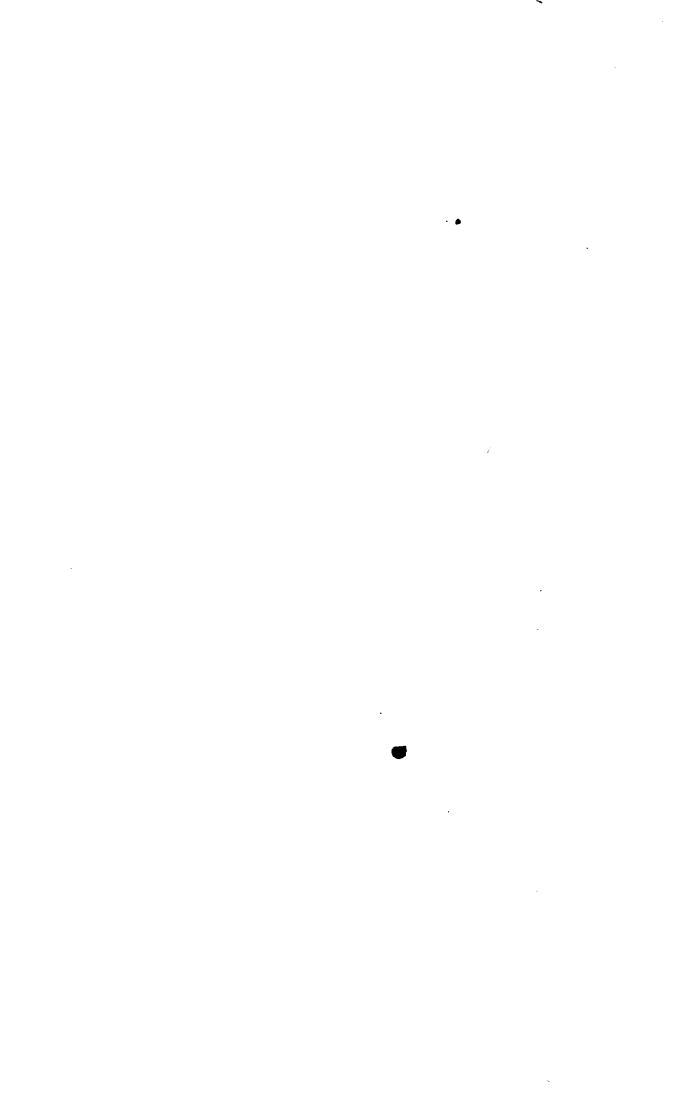
Quien lauros en los juegos  
Atléticos conquista,  
Cual nadie, al celebrarlos  
Sabe pulsar la lira.

Él solo de Milesias,  
Tu maestro, podría  
Narrar en el certamen  
La destreza inaudita,

Su férvida elocuencia,  
Su fina cortesía,  
Y con los adversarios  
La intrepidez invicta.

---

■



---

## ODA QUINTA:

---

À PITEAS DE EGINA,

HIJO DE LAMPÓN,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Escultor no soy yo. Forjar no puede  
Mi mano infiel, estatua poderosa  
Que sobre el pedestal inmóvil quede.

Mas tú, dulce canción, sal presurosa  
En cuanta nave ó bote abriga Egina,  
Y anuncia por doquiera melodiosa,

Que corona inmortal Neme divina  
Al hijo de Lampón, robusto mozo,  
En el *Pancracio* vencedor destina.

Aun no le apunta el prematuro bozo  
 (Flor de otoñales frutos precursora)  
 Al buen Piteas, de sus padres gozo,

Y ya á los semidioses condecora,  
 De Jove y de Saturno descendientes,  
 Y de ninfas del mar, que Febo dora;

É ilustra á aquella cuna de valientes  
 Y metrópoli invicta, renombrada  
 Por su hospitalidad entre las gentes;

Célebre por sus héroes y su armada:  
 Tal de sus fundadores fué el deseo  
 Ante el ara de Júpiter sagrada.

A Telamón paréceme que veo  
 Al cielo alzar las suplicantes manos,  
 Y al otro hijo de Endáis, el gran Perseo.

Seguía Foco, flor de soberanos  
 (A quien parió la ninfa Psamatea  
 En la orilla del mar), á ambos hermanos.

Me da vergüenza referir la fea  
 Y criminal acción, que á huir obliga  
 De Éaco insigne á la ínclita ralea.

Qué Numen vengador de la isla amiga  
 Lanzó á los héroes, no dirá mi labio.  
 ¡Planta mía veloz! tu ardor mitiga;



Que la verdad desnuda fuera agravio  
Mostrar doquier y en todas ocasiones,  
Y mil veces callar es lo más sabio.

Si su robusto brazo, ó las acciones  
Que hicieron gloriosísimos en guerra  
Y en paz á los Eácidas varones

Queréis que yo celebre, no me aterra  
Continuar la carrera interrumpida,  
Aunque junto á mis pies se abra la tierra;

Que es mi planta veloce y atrevida,  
Y saltaré, cual cruza inmensos mares  
Aguila que en la sierra alta se anida.

Repetiré los plácidos cantares  
Que entonó en su loor el dulce coro  
De las Musas, del Pelio tutelares.

En medio de ellas, con el plectro de oro  
Las siete cuerdas de su lira hería  
Febo, del canto director sonoro.

Empezó la variada melodía  
Por Júpiter. De Tetis y Peleo  
El cántico nupcial tierno seguía.

De Hipólita, progenie de Creteo  
Y del Magnesio Rey infiel esposa,  
Nárrase el dolo y criminal deseo.

La muerte de su amado urde alevosa;  
Y de querer manchar el regio lecho  
De Acasto, calumniar al huésped osa.

¡Mentira atroz de femenil despecho!  
Fué la mujer quien lo tentó lasciva  
Cuando moraron bajo el mismo techo.

Noche tras noche con halagos iba  
Procurando rendirlo apasionada:  
El siempre la apartó con mano esquiúa.

Temió ofender á Jove, á quien agrada  
Proteger al amigo, cuya mano  
La puerta nos abrió de su morada;

Y Jove, de los Dioses soberano,  
Desde el cielo miró la resistencia  
Que opuso el joven al amor insano;

Y premiarlo juró su omnipotencia,  
Desde el trono de nubes donde mora,  
Con bella esposa y celestial herencia.

La mano de Nereida seductora,  
Que con rueca sutil de oro trabaja,  
Pidió á Neptuno, á quien Corinto adora.

Y aunque mortal, á dársela se abaja  
El Dios del mar, que de su fértil Ega  
Al Istmo Dorio de continuo viaja,

Do alegre multitud cantando llega,  
Y á recibirlo con trompetas sale,  
Y á luchas arduas en su honor se entrega.

Quién entre los atletas sobresale  
La Fortuna decide, y quién merece  
Que el precioso laurel se le regale.

Egina á tí mil cánticos ofrece  
¡Eutimeno feliz! que la Victoria  
(Celeste Numen) en sus brazos mece.

De tus pasados triunfos la memoria  
Hoy revive en Piteas, tu sobrino,  
Quien á tu ilustre raza añade gloria.

Nemea le ciñó lauro divino  
En la época feliz que alegra á Enona,  
Y que tanto ama Apolo, el mes Delfino.

La colina de Niso lo pregona  
Vencedor, á la par que el patrio suelo,  
De cuantos le disputan la corona.

Para mí, su cantor, dulce consuelo  
Es contemplar de la ciudad entera  
Por brillar en los juegos el anhelo.

Y tú, gallardo joven, considera  
Que debes de Menandro á la enseñanza  
El lauro que tus penas remunera.

A Atenas, do nació, su gloria alcanza;  
Alma ciudad, que, cual ninguna, sabe  
Formar atletas de sin par pujanza.

Y si pidiereis que á Temistio alabe,  
Hablad sin miedo: de mi dulce canto,  
Las velas todas izaré, en la nave.

Proclamaré ;de púgiles espanto!  
Cómo en la lucha y el *pancracio* obtienes  
Doble victoria en Epidauro santo,

Y en el atrio, á colgar, del templo, vienes  
En que Eaco, tu abuelo, se venera,  
Las flores que al favor deben tus sienas

De las Gracias de rubia cabellera.

---

---

## ODA SEXTA.

---

Á ALCÍMIDES DE EGINA.

JOVEN LUCHADOR.

Una es de los mortales y los Númenes  
    La stirpe original;  
Una la madre de ambos; mas sepáranos  
    Fortuna desigual.  
Polvo es el hombre: inmóvil en su asiento  
De bronce, permanece el firmamento.

Una chispa nos queda (aunque disímiles)  
    De la Divinidad.  
Índole celestial, grandioso el ánimo,  
    En el hombre admirad,  
Si bien camina á tientas á la meta  
A que el Hado llevar su pie decreta.

De la divina alcurnia el buen Alcímides  
Claras señales da;  
Al campo semejante, que fructífero  
Dió su cosecha ya,  
Y deja este año descansar sus glebas  
Guardando al venidero mieses nuevas.

De los Nemeos plácidos certámenes  
Hoy torna vencedor  
El joven púgil; y, merced á Júpiter,  
Experto cazador  
De lauros, y no indigno en la palestra  
Nieta del gran Praxídamas se muestra.

Este insigne varón á los Eácidas  
Primero regaló  
Los Olímpicos ramos que en las márgenes  
Del Alfeo arrancó:  
Luégo tres de Nemea, y hasta el quinto  
Lauro dorado que ganó en Corinto.

Al oscuro Soclides, primogénito  
De Agesimaco, da  
Nombre que á las edades remotísimas  
Ilustre pasará.  
¿Tantas coronas, qué familia abraza  
Como los tres atletas de su raza?

Sus luchas y victorias celebérrimas  
En toda Grecia son:  
De los honores los llevó á la cúspide

Divina protección;  
Pero á su fama altísima, el certero  
Dardo de mi cantar, que llegue espero.

Dispara, pues, ¡oh Musa! flecha rápida  
De tu arco sin igual,  
Y al blanco lleve el viento tu encomiástico  
Cántico triunfal.  
Celebrar de los muertos los loores  
Es deber de poetas y oradores.

En la antigua familia de los Básidas  
Encontrará, en verdad,  
Asuntos mil, quienquier de las Piérides  
Cultiva la heredad,  
Para llenar con entusiastas odas  
De Egina mercantil las naves todas.

De la ilustre familia noble vástago,  
La fuerte mano armó  
Con el *cesto* feroz, Calias indómito,  
Y vencedor salió  
Merced á los dos hijos de Latona,  
La de la rúeca de oro, allá en Pitona.

A orillas de Castalia, de las Cárites  
La dulce procesión  
Le dirigió, á las sombras del crepúsculo  
Suavísima canción:  
La víctima trienal aún caliente,  
Lo honró Neptuno en el marino puente.

Con el follaje del león terrífico,  
Su sien pudo ceñir,  
Y vencedor, de las montañas ásperas  
De Flíunde venir.  
¡Isla famosa! El vate ve mil puertas  
Para darte más gloria siempre abiertas.

Su misión facilitan los Eácidas  
Con hazañas sin par:  
Muy lejos vuela tu renombre espléndido  
Por tierra y por el mar,  
Y aun á la playa Etiópica remota  
Lo llevó de Memnón la aciaga rota.

Terrible muerte de la Aurora el vástago  
Frente á Ilión halló:  
El hijo invicto de la bella Tétide  
Del carro descendió,  
Y al negro jefe de sin par pujanza  
Atravesó con su iracunda lanza.

No me culpéis, si en alabanzas pródigo,  
De los antiguos soy:  
Ajeno ejemplo y mi constante método  
Si bien siguiendo voy,  
Más que á las olas de remota orilla  
Atiendo á las que azotan mi barquilla.

Sin vacilar, sobre mis hombros débiles  
Hoy doble carga eché,  
Y veinticinco triunfos honoríficos

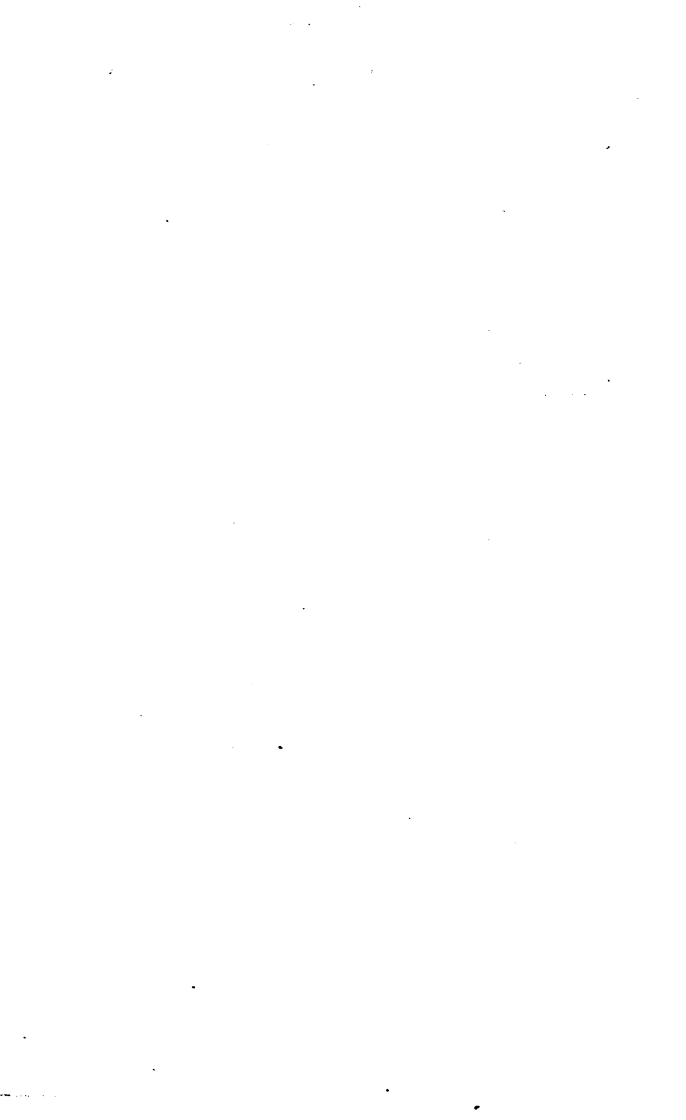


Alegre cantaré,  
Ganados en la lid que llaman santa,  
Y á la raza de Alcímides levanta.

Las dos coronas que en el circo Olímpico  
La suerte arrebató  
A tí, querido joven, y al buen Tímidas,  
Callar no puedo yo:  
Desde su templo, Júpiter divino  
Testigo fué de vuestro adverso síno.

¡Melesias! sin rival entre los púgiles,  
Como el veloz delfín  
Entre los peces de la mar horrisona,  
¡A tí gloria sin fin!  
Como al potro conduce auriga diestro,  
Del joven luchador eres maestro.

---



---

---

## ODA SEPTIMA.

---

Á SÓGENES DE EGINA,

JOVEN VENCEDOR EN LOS CINCO-JUEGOS.

¡Hija divina de la excelsa Juno,  
Que con las Parcas como juez te sientas,  
Óyeme, madre de risueña prole,  
Casta Lucina!

Sin tu socorro, ni á la luz de Febo,  
Ni en las tinieblas de la oscura noche,  
Hebe tu hermana juventud hermosa  
Puede donarnos.

Al mismo punto no aspiramos todos,  
Y de la suerte la fatal balanza,  
A unos eleva, y á otros hasta el suelo  
Fiera deprime.

Por tí, del noble Teari6n al hijo  
Himnos de gloria los poetas cantan,  
Hoy que en las cinco juveniles luchas  
S6genes vence.

Meci6 su cuna la ciudad insigne,  
Del canto amiga, que los claros nietos  
De Eaco ilustran con su estrepitosa  
B6lica fama.

Fama que viva conservar anhelan  
Los ciudadanos de la bella Egina:  
Son las hazañas miel que de las Musas  
Colma la fuente.

Negras tinieblas y profundo olvido  
Dan las proezas sin el dulce canto.  
¿Quieres que eterno tu valor retrate  
Limpido espejo?

De Mnemosina, de brillante tiara,  
Favor alcanza; y encontrar procura  
Vate famoso que tus altos hechos  
Inclito cante.

Sigue el ejemplo del sagaz marino,  
Que el viento aguarda del tercero día,  
Sin que las anclas á levar lo mueva  
Ansia de lucro.

Rico y mendigo, con igual certeza  
Van á la tumba. Del astuto Ulises  
Los sufrimientos, que su clara fama  
Juzgo menores.

Al dulce Homero su renombre debe,  
Cuyas ficciones é inspirado vuelo  
Verdad parecen, al que oir sus dulces  
Fábulas logra.

Ciega es la mente del profano vulgo:  
Si lo que es justo discernir pudiera,  
¿Se hiriera acaso con su propio sable  
Ajax valiente?

Héroe más grande, con el rubio Atrida,  
(Excepto Aquiles) á salvar á Helena,  
De Ilo á los muros, en las naves nunca  
Zéfiro trajo.

Del Orco triste las hinchadas olas  
Cubren la barca de la humana vida,  
Y al hombre oscuro y al varón preclaro  
Juntos sumergen.

Y si á la muerte sobrevive eterno  
El claro nombre de esforzados héroes,  
Al Dios lo debe que inmortales cantos  
Plácido inspira.

Así de Pirro la memoria vive,  
Aunque su cuerpo sepultado yace  
En los que *Centro de la tierra* llaman,  
Délficos campos.

Cuando á cenizas la ciudad de Priamo,  
A la cabeza de sus Griegas filas,  
Fuerte redujo, navegar á Esciro  
Quiso de vuelta.

Pero los vientos su bajel á Efra  
Llevan errante; y aunque breve tiempo  
Reina en Molosia, la corona ciñe  
Su descendencia.

Llegando á Delfos á ofrecer á Apolo  
Ricos despojos que en Ilión ganara,  
De un sacerdote la ávida cuchilla  
Torpe lo hiera.

Llora su muerte Delfos, que se precia  
De hospitalaria; mas se cumple el Hado,  
Que en aquel bosque manda que repose  
De Éaco un nieto,

Y en el de Febo vasto santuario  
Desde su tumba tutelar presida  
Las ricas fiestas, á que sólo asisten  
Íncritos héroes.

Breves sentencias á tu elogio bastan:  
Pirro los juegos, cual veraz testigo  
Viendo severo, los heroicos hechos  
Juzga infalible.

¡Querida Egina! Pregonar no temo  
Que á tu alabanza belicosos abren  
Real camino, los que á Jove diste  
Hijos ilustres.

Pero ya callo, que el reposo es grato  
En todas cosas: aun la miel hostiga,  
Y de Ciprina las alegres flores  
Causan hastío.

¡Cuán diferentes hace á los mortales  
Naturaleza! ¡Cuán diverso rumbo  
Sigue cada uno, sin que nunca logre  
Dicha perfecta!

¿A quién fortuna concedió la Parca  
Hasta la muerte? Tu vejez al menos  
Hizo felice, ¡Tearión! al darte  
inclita prole.

Ella te ha dado varonil prudencia  
Y heroica audacia. Mi imparcial elogio  
Nadie deseche; que meció mi cuna  
Tierra lejana.

Nunca mi labio negro vituperio  
Lanza envidioso: pura es mi alabanza  
Como las aguas con que el campo riega  
Límpida fuente.

A los valientes elogiar es justo,  
Y censurarme no podrá el Aqueo  
Que del Mar Jonio más allá reside,  
Si oye mi canto.

Sigo las leyes, que amistad al huésped  
Dicta sagrada. Con humilde planta  
Mis compatriotas avanzar me miran,  
Y ojo sereno.

De las violencias y mordaz censura  
Siempre me alejo; y á los Dioses pido  
Que, en paz con todos, de mi vida al trance  
Último llegue.

Quien ha escuchado de mi lira el eco,  
Quien mi carácter y candor conoce,  
Diga si acaso mis cantares mancha  
Crítica acerba.

¡Sógenes fuerte, vástago de Euxeno!  
Mi rauda lengua, cual herrada flecha,  
Fuera del blanco disparar no quise:  
Yo te lo juro.



Limpio tu cuello, sin sudor el pecho,  
Del pugilato vencedor saliste,  
Antes que Febo con su ardiente rayo  
Te calentara.

Más que fatiga da placer la lucha.  
Nadie me culpe, si mi voz al éter  
Osado alzando, celebré al atleta:  
Todo le debo.

Tejer coronas de laurel es fácil.  
¡Joven, aguarda! que mi Musa quiere  
De oro, y corales, y marfil ceñirte  
Rica diadema.

En Neme estamos: celebrad á Jove.  
En este suelo que resuena es justo  
De las Deidades en honor del Padre,  
Canto divino.

Dicen que Jove fecundó á la madre  
De Éaco insigne, que reinó en mi patria;  
Huésped benigno, y amoroso hermano,  
Hércules, tuyo.

Si al hombre sirve la amistad del hombre,  
¡Cuánto consuelo no dará un vecino?  
Y si es un Numen el que cerca mora,  
¡Cuánta delicia!

¡Oh de gigantes domador divino!  
A tí cercano, residir agrada  
Al joven púgil, de ínclitos mayores  
Emulo tierno.

Te ama cual padre Sógenes invicto;  
Y como lanza de dorado carro  
Entre los cuatro rápidos corceles  
Luce brillante,

Entre dostemplos que en tu honor se elevan  
A un lado y otro, su morada tiene,  
¡Oh de gigantes vencedor glorioso,  
Célico Alcides!

Tú que á los males del mortal remedio  
Fácil encuentras, á la diva Juno,  
Y á su marido, y á la Virgen-Diosa  
De ojos azules,

Ruega que al joven y á su padre alcancen  
Días hermosos y vejez robusta,  
Y que á los hijos de sus hijos vengan  
Bienes mayores.

De haber osado calumniar á Pirro  
No me remuerde mi conciencia pura:  
¿Mas qué repito cual locuaz nodriza?  
¡Musa, detente!

---

## ODA OCTAVA.

---

A DINIAS DE EGINA,

HJO DE MEGAS,

CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Belleza, casta Diosa,  
De Venus y sus cándidos amores  
Mensajera dichosa!  
Que siembras, ya de abrojos, ya de flores  
(En sus párpados venda)  
De mancebos y vírgenes la senda.

¡A los mortales cuánto,  
Cuánto á los mismos Númenes agrada  
Su sien de tanto en tanto  
Mostrar de verde mirto coronada!  
A Júpiter y á Egina  
Así sus dones prodigó Ciprina.

De tal amor el fruto  
Fué de prudencia y de valor prodigio;  
Universal tributo  
De admiración le atrajo su prestigio,  
Y al monarca de Enona  
Mil héroes ofrecieron su corona.

De los alrededores  
Vinieron, ni llamados ni vencidos,  
Los que eran cual señores  
De Atenas pedregosa obedecidos,  
Y la alta dinastía  
De Pélope, que á Esparta dirigía.

Cual ellos me prosterno,  
Y las rodillas de Eaco hoy abrazo;  
Y elevo ruego tierno  
Por la amada ciudad, cuyo regazo  
Nutre lo mismo que antes  
Heroicos y robustos habitantes.

Lidia corona tejo  
Con himnos, en carrera prolongada,  
Por Megas, noble viejo,  
Y por Dinias dos veces alcanzada.  
Espléndida presea  
Que ofrece á tronco y vástago Nemea.

Fortuna que no el dolo,  
Sino Dios aumentó, y en Dios se funda,  
Es durable tan sólo.

La bella Chipre, que la mar circunda,  
 Así en su rey Cinira  
 Riquezas dadas por el cielo admira.

¿Dó me lleva imprudente  
 Mi raudo pie con ímpetu insensato?  
 ¡Musa mía, detente!  
 Inútil es, si viejo, mi relato;  
 Y si algo nuevo invento,  
 Riesgo y envidia traerá mi cuento.

¡Envidia abominable!  
 Al grande pierde, al inferior olvida;  
 Ella su propio sable  
 Contra Ajax Telamón volvió homicida:  
 Si no nació elocuente,  
 Siempre humillado se verá el valiente.

Premiamos á menudo  
 La astuta falsedad. La gente griega  
 A Ulises el escudo  
 Con fraudulenta votación entrega:  
 Sin armas ni esperanza  
 En brazos de la muerte Ajax se lanza.

¡Cuán diferente el porte  
 De entrambos, al vibrar asta y alfanje,  
 Cuando el feroz Mavorte  
 Agitaba de Troya la falange,  
 Luchando de Pelides  
 Por el cadáver, ó en las otras lides!

Cual hoy, se conocía  
La blanda adulación, la artera maña,  
El chisme, la falsía  
Y la calumnia vil, que el brillo empaña  
Del mérito sublime,  
Alza al cobarde, y el valor deprime.

Que nunca tal mancilla  
¡Oh Jove salvador! cubra mi pecho.  
Pueda yo la sencilla  
Senda de la verdad seguir derecho:  
Así á mi descendencia  
Nombre sin mancha legaré en herencia.

Unos, de oro montones  
Piden al cielo, y otros de terreno  
Inmensas posesiones.  
Hiriendo al malo y ensalzando al bueno  
Viva yo, nunca odioso;  
Baje llorado al eternal reposo.

Como el robusto pino  
Crece gigante, gracias al süave  
Rocío matutino,  
Del poeta imparcial el canto grave  
Así de la victoria  
Eleva al cielo la brillante gloria.

¡Cuán variados favores  
A los mortales la amistad prodiga!  
Sin duda los mayores

Presta en la adversidad y en la fatiga;  
También la bienandanza  
Del vate necesita la alabanza.

Al Orco arrebatarte  
Es ¡oh Megas insigne! empeño inútil.  
Si allá no alcanza mi arte,  
¿Para qué fomentar deseo fútil?  
A tu familia intento  
Con las Musas alzar un monumento.

De la doble carrera  
En honra cederá. Dolencia y llanto  
El cántico aligera,  
Y yo á los dos, cual mereceis, os canto.  
Ya sonaban las odas  
Antes que Adrasto y las Tebanas bodas.

---





---

## ODA NOVENA.

---

A CROMIO ETNEO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

Venid desde el santuario  
Que alzó Sición á Febo,  
De Etna al recinto nuevo,  
¡Oh Musas! en solemne procesión.  
¡Cantad himnos de gloria!  
Al peregrino abiertas  
De par en par las puertas  
Están de Cromio en la feliz mansión.

Con rápidos bridones,  
En la veloz cuadriga,  
Supo, valiente auriga,  
Espléndidos laureles alcanzar;

Y á los divos Gemelos,  
Y á su madre Latona,  
Señores de Pitona,  
Hoy quiere sus cantares dedicar.

Los que en honor de Febo,  
De Asopo en la ribera,  
Adrasto instituyera,  
Certámenes ecuestres, cantaré;  
Y al recordar las luchas  
Primeras de corceles,  
Con délficos laureles  
Al fundador ilustre cubriré.

Con juegos nunca vistos,  
Ya de atletas bizarros,  
Ya de pulidos carros,  
Rey nuevo, dió renombre á la ciudad,  
Do sedición tremenda,  
Del patrio suelo Argivo  
Lo trajo fugitivo,  
Y del fuerte Anfiarao la maldad.

De Talao á los hijos,  
El rico principado.  
Había arrebatado  
De su primo la audaz conspiración;  
Pero á las disensiones,  
Fin el varón prudente  
Pone, sin que fomite  
Odio, su generoso corazón.

Y de amistad en prenda,  
De Erífíle, su hermana,  
(Después por oro insana)  
A Oiclídes la mano concedió;  
Y príncipes más grandes  
Que Adrasto y Anfírao,  
Del antiguo Danao  
Jamás la rubia estirpe conoció.

Y á Tebas, por sus siete  
Puertas tan renombrada,  
Hueste mal augurada  
Llevaron á sus órdenes los dos:  
Ni el relámpago Jove  
Vibrando desde lo alto,  
Los animó al asalto:  
A no partir los excitaba el Dios.

A inevitable rota  
La tropa se apresura:  
Ni al peón su armadura,  
Ni al caballero salva su bridón;  
Y á orillas del Ismeno  
De siete piras sube  
El humo en blanca nube,  
Término de la triste expedición.

No ve ni sus cenizas  
La patria encantadora:  
De jóvenes, devora  
Cadáveres el fuego mil y mil.

En tanto, con el rayo  
 Cuyo furor no yerra,  
 Jove, abriendo la tierra,  
 A Anfiarao libró de lanza hostil.

Con cuadriga y caballos  
 Lo sepultó en su seno,  
 Cuando Periclimeno  
 Iba al guerrero por la espalda á herir.  
 De ignominioso golpe  
 Salvarlo así consigue:  
 Cuando un Numen persigue,  
 Aun al hijo de un dios es dado huir.

Si libre ¡oh de Saturno  
 Prole! el Hado te deja,  
 Del Siciliano aleja  
 La guerra, y del audaz Cartaginés.  
 Sabias leyes, durable  
 Paz, civiles honores,  
 De Etna á los pobladores  
 Ruégote ¡oh padre Iúpiter! que des.

Entre ellos hay insignes  
 Jinetes, y varones  
 Que á ricas posesiones  
 (¿Es creible?) prefieren la virtud.  
 Sobre el honor, que sólo  
 Da al hombre estable gloria,  
 Gana triste victoria  
 De riquezas la vil solicitud.

Mas si como escudero  
 Impávido acompañas  
 A Cromio en sus campañas,  
 La diosa del honor verás con él.  
 Ya al frente de su flota,  
 Ya de su infantería;  
 Ya la caballería  
 Comande lidiador, la sigue fiel.

Ella á romper lo mueve  
 La enemiga cohorte;  
 Por ella de Mavorte  
 El ímpetu contiene vencedor.  
 Unir es dado á pocos  
 Al valor, el talento  
 Que de la guerra el viento  
 Vuelva contra el ejército invasor.

Atribuye tal gloria  
 La fama vocinglora  
 A Héctor, que en la ribera  
 De Escamandro, la patria defendió:  
 Y junto al hondo Heloro,  
 En el paso llamado  
*De la Amenaza Vado*  
 De Agesidamo el vástago brilló.

Los que en el mar vecino  
 Altos hechos de guerra  
 Acometió, y en tierra,  
 Otra vez cantarás, Musa gentil.

Después de las hazañas  
 Que en juventud robusta  
 Consuma en lucha justa,  
 Plácida le vendrá la edad senil.

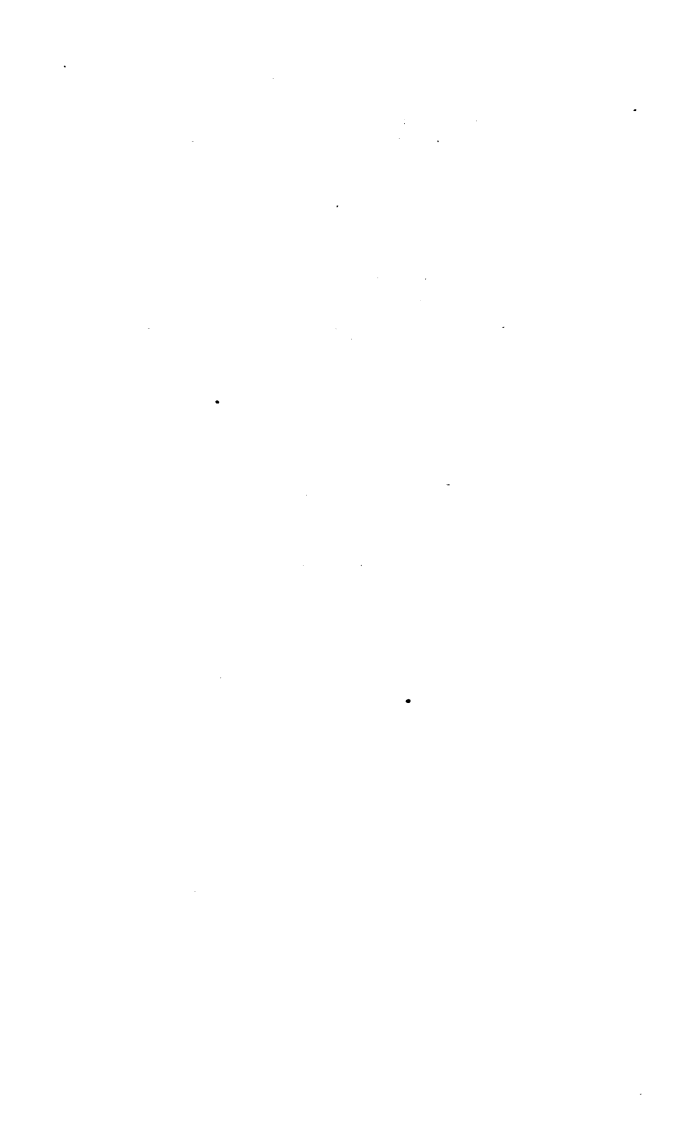
Si al ínclito renombre  
 Debido á sus proezas,  
 Espléndidas riquezas  
 Aduna el benemérito mortal,  
 A más sublime altura  
 Subir le está vedado.  
 ¡Oh Cromio! Te han donado  
 Los Númenes ventura sin igual.

Da lustre á los banquetes  
 Del huésped la alegría;  
 Y el triunfo de este día  
 Con el süave canto crecerá:  
 Y pues valor y audacia  
 Presta á la lengua el vino,  
 Dadme el licor divino  
 Que mi dulce cantar inspirará.

Henchidas hasta el labio  
 Con el líquido opimo  
 Del domador racimo,  
 Las argentinas copas distribuid,  
 Que de Sición sagrada  
 Trajeron los corceles,  
 Con Febeos laureles  
 Que á Cromio conquistaron en la lid.

El favor de las Gracias  
Tu diestra me conceda  
¡Oh Júpiter! y pueda  
La victoria de Cromio celebrar.  
Las flechas de mi musa  
Rectas al blanco lance,  
Y entre muchos alcance  
Esplendoroso triunfo mi cantar.

---





---

## ODA DÉCIMA.

---

Á TIEO, HIJO DE ULIO,  
VENCEDOR EN LA LUCHA.

Cantad ¡oh Gracias! á Argos opulenta,  
De Juno celestial digna morada,  
De Danao ciudad, y sus cincuenta  
Célebres hijas de mansión dorada.  
Mil hazañas le dan ínclita gloria:  
¿Repetirá mi musa  
La dolorosa historia  
De Perseo y la Górgona Medusa?  
¿Contaré las ciudades y las villas  
Que Epafo alzó, del Nilo en las orillas?

Sola entre sus hermanas, Hipérnestra  
Deja en la vaina el homicida acero,  
Con que el padre cruel arma su diestra  
Contra el esposo que le dió primero.  
A la inmortalidad la Virgen-Diosa  
Sublima al gran Tidides;  
Y Júpiter la fosa  
Con sus rayos abrió, do yace Oiclides,  
Cuando de Tebas al volver, la tierra  
Tragó al que fuera vendaval de guerra.

Por sus bellas mujeres es famosa:  
Testigo Jove, que en las redes cae  
De Alcmena, sin saberlo infiel esposa,  
Y de la gallardísima Danae.  
De Adrasto al padre, y á Linceo augusto,  
Exquisita prudeñcia  
Y un espíritu justo,  
De Júpiter donó la omnipotencia;  
Y el mismo dios, á Anfitrión valiente  
(Mortal afortunado) hizo pariente.

Cuando el Argivo con robusta lanza  
Contra los Teleboas combatía,  
El Padre de los Dioses su semblanza  
Tomaba, y en su hogar se introducía.  
A tanta dignación Hércules debe  
Su ilustre nacimiento,  
Y su enlace con Hebe,  
Entre las Diosas de beldad portento,  
Que con su madre Juno, protectora  
De las esposas, en Olimpo mora.

A celebrar nó basta los loores  
Del Argólico suelo, el canto mío;  
Y temo, con empresas superiores  
A mi escaso vigor, causar hastío.  
No obstante ¡oh Musa! tu valor no pierdas,  
Y de mi dulce lira  
Con las templadas cuerdas,  
Canta los himnos que el triunfo inspira.  
Oid, Argivos, de la lucha el juicio,  
Y de Juno venid al sacrificio.

El hijo de Ulio, reluciente escudo  
Dos veces en las luchas ha obtenido;  
Y con tal premio, sus trabajos pudo  
Tiéo vencedor dar al olvido.  
El ofreció á las Musas su corona  
En los Nemeos juegos;  
Y en el Istmo y Pitona  
Las que arrancara á multitud de Griegos;  
Que tres victorias alcanzó en Corinto,  
Y tres también de Adrasto en el recinto.

La noble aspiración que su alma enciende,  
Entre sus labios la modestia hiela.  
¡Oh Padre Jove! pues de tí depende  
Toda victoria, la que no revela  
Dígnate concederle, ínclita gracia.  
Su pecho férvido arde  
Con juvenil audacia  
Y abriga un corazón nada cobarde.  
Tú lo sabes ¡oh Dios! y él, que ambiciona  
La que te pido, Olímpica corona.

Por Hércules fundada, resplandeces,  
Pisa, entre las atléticas arenas;  
Y á tí el joven irá, que ya dos veces.  
Vencedor aclamaron en Atenas.  
De dulces himnos al conceso blando  
El tierno púgil iba,  
El ánfora llevando  
Con el licor de la sagrada oliva,  
En rica cesta de áurea filigrana,  
A la ciudad de Juno soberana.

A las Gracias, Tiéo, y los Gemelos,  
Debes la que te cubre, inmensa gloria;  
Que á tus maternos ínclitos abuelos  
Concedieron victoria tras victoria.  
¡Oh! Si yo fuera del divino Antías,  
Ó Trasiclo, pariente,  
Por Argos me verías  
Andar altivo con erguida frente.  
De Preto á la ciudad, tales varones  
Dieron más lustre aún que sus bridones.

En el Istmo y Cleona recogieron  
Cuatro laureles. Con argénteas copas  
Llenas de vino, de Sición volvieron;  
Y de Pelene, con purpúreas ropas.  
Los escudos y trípodas, en vano  
Enumerar quisiera,  
Que su robusta mano,  
Ó su pie, sin igual en la carrera,  
En Acaya, en Tegea, y en Clitora,  
Y el Liceo ganó, do Jove mora.

Si á Cástor y á su Hermano, en hospedaje  
Panfaes recibió, ¿qué maravilla  
¡Oh Tiéo! si tu ínclito linaje  
Por su afición al pugilato brilla?  
De Esparta los Tindárides divinos  
Con Mercurio y Alcides  
Dirigen los destinos.  
Arbitros son en las heroicas lides,  
Del antiguo favor guardan memoria,  
Y dan al varón justo la victoria.

Cada cual á su turno mora un día  
Del Padre Jove en la mansión eterna,  
Y otro, desciende á la región umbría  
De Terapne en la lúgubre caverna.  
Place el destino igual á los Gemelos:  
Que Pólux cariñoso,  
A vivir en los cielos  
Como perfecto dios, siempre dichoso,  
Partir de Cástor prefirió la suerte,  
Cuando éste halló en la guerra triste muerte.

De Idas la lanza atravesó su pecho,  
En pleito vil, por míseros despojos:  
Sobre el Taigeto hallándose en acecho,  
Lo ve Linceo, el de agudos ojos,  
A través de la encina que lo oculta.  
Bajan ambos insanos,  
Y su acero sepulta  
En Cástor, el mayor de los hermanos.  
A entrambos Afarétidas alcanza  
De Júpiter la súbita venganza.

El vástago de Leda armipotente  
 Acude; y á la tumba de Afareo  
 Se acogen, con furor haciendo frente  
 Al fuerte Cástor, Idas y Linceo;  
 Y al paterno sepulcro arrebatando  
 La marmórea figura  
 De Plutón venerando,  
 Sobre Pólux arrojan la escultura;  
 Mas ni detiene su ímpetu robusto,  
 Ni á herirlo llega, el cincelado busto.

Sobre Linceo el semidiós se arroja,  
 Y le abre el corazón su dardo agudo;  
 Mientras un rayo envuelto en nube roja,  
 A Idas dispara Júpiter sañudo.  
 Piedad no encuentran: en ceniza fría  
 La Parca los convierte,  
 Que en vano el hombre ansía  
 Sus armas por medir con el más fuerte.  
 A auxiliar á su hermano agonizante,  
 Tindárides acude en el instante.

Del moribundo Cástor fiel derrama  
 Sobre el abierto pecho, amargo llanto,  
 Y: «¡Oh Padre amado! (sollozando clama)  
 ¿Remedio no darás á mi quebranto?  
 A mí también la muerte ¡oh Rey del cielo!  
 Cual á mi hermano envía:  
 Sin él, vivir no anhele;  
 Sin él, ni honor ni gloria alcanzaría.  
 Muy pocos hay que en la fatiga ruda  
 Al afligido amigo den ayuda.»

Tales palabras á su padre dijo  
El tierno joven. Júpiter avanza,  
Y le responde: «¡Oh Pólux! tú eres mi hijo,  
Mas la inmortalidad á éste no alcanza;  
Que de esposo mortal, aunque guerrero,  
Lo concibió tu madre;  
Pero que elijas quiero  
La varia suerte que á tu afecto cuadre.  
Tendrás en el Olimpo, si te agrada,  
Sin muerte ni vejez, dulce morada..

»Con Palas y con Marte, trono eterno  
Llenarás á mi lado; mas si pide  
Gracia para el mortal tu amor fraterno,  
Todo con él sin excepción divide.  
Del cielo morarás en las alturas  
La mitad de la vida,  
Y la otra, en sus oscuras  
Cuevas, la tierra te dará guarida.»  
El buen hermano sin dudar resuelve,  
Y el habla, luz y vida á Cástor vuelve.

---





---

ODA UNDÉCIMA.

---

A ARISTÁGORAS,

HIJO DE ARCESILAO, GOBERNADOR DE TÉNEDOS.

¡Oh Vesta, hija de Rhea,  
De Juno soberana  
Y del excelso Júpiter hermana,  
Que imperas en el aula Pritanea!  
Abre tu regio alcázar á Aristágoras,  
Y al pie de tu ara, con amor materno,  
Acoge á sus colegas, que de Lírneso  
Dirigen el gobierno.

A tí, que la primera,  
Eres entre las Diosas,  
Con muchas libaciones te venera  
El Senado, y con víctimas copiosas.

El dulce canto alegra con la cítara  
 Sus banquetes sin fin, según el rito  
 Que les dejara hospitalario Júpiter  
 Para el festín prescrito.

A los Númenes plegue  
 Que en su magistratura  
 Al fin del año sin tropiezo llegue  
 Rebosando su pecho de ventura.  
 ¡Dichoso Arcesilao! Regocíjate  
 En el gran hijo que te dió el Destino:  
 Ve cómo aduna á forma gallardísima  
 Valor casi divino.

Varón que es eminente  
 Por beldad y riquezas,  
 Y vencedor entre la Griega gente  
 Ostentó su vigor y sus proezas,  
 Recuerde que lo visten miembros frágiles,  
 Y que ese cuerpo triunfador y esbelto,  
 Bajo la tierra yacerá por último  
 En polvo vil envuelto.

Digno de eterna fama  
 Y de armoniosos vates,  
 Todo buen ciudadano te proclama  
 ¡Oh vencedor en diez y seis combates!  
 Soberbio luchador era Arístágoras  
 En su natal ciudad y alrededores;  
 Y con laureles el *Pancracio* espléndido  
 Premiaba sus sudores.

¿Por qué al robusto niño,  
 Buscar bella corona,  
 De sus padres el tímido cariño  
 No permitió en Olimpia y en Pitona?  
 Del Monte de Saturno entre los árboles  
 O á orillas de Castalia si luchara,  
 ¡Oh! yo le juré que en la lid atlética  
 Ninguno lo igualara;

Y de purpúrea oliva  
 Coronada la frente,  
 La quinquenal solemnidad festiva  
 De Alcides, retornar viera al valiente.  
 Pierde al mortal la presunción estólida;  
 Pero también la nimia desconfianza  
 Que lo contiene, le arrebató el éxito  
 Que ya seguro afianza.

No es conjetura vana  
 ¡Oh joven! cuando llevas  
 Por Pisandro el Lacón, sangre Espartana,  
 Y por Melanipo audaz, sangre de Tebas.  
 Este de Ismeno en las floridas márgenes  
 A tu madre engendró; y aquél las huestes  
 De Amicla, trajo á la colonia Eólica  
 Unido al gran Orestes.

Virtud que en el abuelo  
 Altísima florece,  
 En el hijo se oculta bajo un velo  
 Y en el nieto de nuevo resplandece.

Así el campo feraz, no en todas épocas  
Presenta de sus mieses el tributo;  
Y un año niegan, y otro dan los árboles  
Su flor y rico fruto.

También de los mortales  
El Destino condena  
Al desdichado género, de iguales  
Vicisitudes, á fatal cadena:  
Pues no ha querido el Padre de los Númenes  
De la victoria ó del revés futuro  
Que aguarda al luchador en los certámenes,  
Dar indicio seguro.

Mas la soberbia insana  
A lo alto nos empuja;  
Y nos mueve á emprender confianza vana  
Lo que á la fuerza nuestra sobrepuja.  
Seguir no puedes el torrente rápido;  
A poco lucro, si eres sabio, aspira:  
Quien lo imposible en alcanzar obstínase,  
¡Pobre mortal! delira.

---

ODAS ÍSTMICAS.

1875

---

ODA PRIMERA.

---

À HERÓDOTO DE TEBAS,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Madre dulce y amante,  
Divina Tebas, que los ojos hieres  
Con tu escudo brillante!  
Pues así lo requieres,  
Para cantarte dejo mis quehaceres.

¡Isla de Apolo, Delos,  
Que mi alma toda tienes embargada,  
No me mires con celos!  
¿Qué cosa más sagrada  
Que nuestros padres, y la patria amada?

Con la gracia divina,  
Llenaré de una y otra los deseos,  
Entre gente marina  
Cantando á Febo en Ceos,  
Y en Corinto los Ístmicos trofeos;

Que el monte cuyas faldas  
Baña uno y otro mar, con justa mano  
Ha dado seis guirnaldas  
A mi pueblo Tebano,  
De quien fué el grande Cadmo soberano.

Donde también Alcmena  
Al infante alumbró, de alma cual hierro  
Intrépida y serena,  
Que á despecho del perro  
Quitó á Gerión hasta el postrer becerro.

Mi musa, á la cuadriga  
De Heródoto, coronas entreteja;  
Que sin pagado auriga,  
Una y otra pareja  
De caballos, destrísimo maneja.

Cantarle un himno quiero,  
Cual los que de Yolao en alabanza,  
Ó de Cástor guerrero,  
Era la antigua usanza  
Al compás entonar de alegre danza.



¡Semidioses augustos!  
Nunca vieron Tebanos ni Lacones  
Atletas más robustos,  
Ni más diestros varones  
En manejar cuadrigas y bridones.

Para ellos, de la arena  
Sin coronas volver, fuera desdoro.  
Su casa estaba llena  
De bellas copas de oro,  
Y en trípodes guardaban un tesoro.

¡Cómo resplandecía  
Su agilidad, cuando correr desnudos  
El gimnasio los vía,  
Y cuando sus nervudos  
Brazos, cargaban sólidos escudos!

¡Con qué vigor su diestra  
Disco de mármol, y acerada lanza  
Vibraba en la palestra!  
Reducir no era usanza  
A una, las cinco lides de ordenanza.

Premiaba cada juego  
Una corona. ¡Y cuántas en su frente  
Vió la tierra, á que riego  
Da la Dircea fuente,  
Ó del Eurotas la veloz corriente!

¡Adiós, conciudadano  
De la sembrada grey, de Íficles hijo!  
¡Adiós, de Helena hermano,  
Siempre en Terapne fijo!  
Fin debo dar á mi cantar prolijo.

Al Istmo sacrosanto,  
A Onquesto, y á Neptuno á quien adoro,  
Ha de volar mi canto;  
Y al héroe que decoro  
Añade á su buen padre Asopodoro.

También la gloria aumenta  
De Orcómeno, su patria; que algún día,  
Cuando en feroz tormenta  
El piélagó rugía,  
Náufrago entre sus brazos lo acogía.

Hoy le devuelve el Hado  
La dicha que gozó desde la cuna.  
El varón que ha probado  
Buena y mala fortuna,  
La previsión á la experiencia aduna.

A fuerza de combates  
Y de gastos, se llega á altos honores.  
Sin envidia los vates  
Celebrar los loores  
Deben, de generosos vencedores.

Que á inspirado poeta  
Premiar es cosa fácil la fatiga  
De afortunado atleta,  
Con expresión amiga  
Que á él y á los suyos ilustrar consiga.

No con premios iguales  
El desigual trabajo se contenta.  
Labradores, zagales,  
Aquel á quien sustenta  
La caza, ó bien el piélagos alimenta,

Se juzgan satisfechos  
El hambre con saciar que los acosa.  
No así los que sus pechos  
En guerra peligrosa  
Exponen, ó en palestra resbalosa.

El colmo de la gloria  
Es para estos magnánimos varones  
Una oda laudatoria,  
Que en extrañas regiones  
Proclame, y en la patria, sus acciones.

Gracias mi musa debe  
Rendir á la Deidad que cerca mora,  
Cuyo Tridente mueve  
La tierra, y fué inventora  
Del circo y la cuadriga voladora.

A tus hijos desea  
 Ensalzar ¡oh Anfitrión! y el golfo Minio,  
 Las carreras de Eubea,  
 Y el célebre Eleusinio  
 Bosque, de Ceres ínclito dominio.

También quiere su acento  
 ¡Protesilao! fúnebre tributo  
 Rendir al monumento  
 En que de Grecia el luto  
 Guarda en Filace el arenal enjuto.

Numerar los laureles  
 Que Hermes (que á los certámenes preside)  
 Donó por sus corceles  
 A Heródoto, me impide  
 Este cantar, que pocos versos m̄ide.

Agrada con frecuencia  
 Más que lisonja, y da mayor consuelo  
 Prudente reticencia.  
 ¡Que eleve, quiera el cielo,  
 En alas de las Musas su alto vuelo!

En Pitona recoja  
 Mil ramos de laurel; mil de la oliva  
 Que el claro Alfeo moja;  
 Y más honor reciba  
 Cuando éntre vencedor, Tebas altiva.

El que avaro sepulta  
Su inútil oro, y con sarcasmo rudo  
Al generoso insulta,  
Sepa que al Orco mudo,  
Sin gloria bajará, pobre y desnudo.

---



---

ODA SEGUNDA.

---

Á XENÓCRATES DE AGRIGENTO,

VENCEDOR CON EL CARRO

En el tiempo pasado  
¡Oh Trasibulo amado!  
Los vates que en el carro (relumbrante  
Con sus doradas bridas)  
De las musas queridas,  
Marchaban con la cítara delante,  
Generosos poetas,  
De su canto lanzaban las saetas,  
A jóvenes gallardos, que Citeres  
Ya invitaba á sus cándidos placeres.

Entonces codiciosa  
 No era la Musa hermosa  
 Ni por rüin salario se alquilaba;  
 . Ni melosos encantos  
 De plateados cantos  
 Terpsícore á vender se sujetaba.  
 Mas hoy, el dicho altivo  
 Que, abandonado y pobre, el sabio Argivo  
 Triste lanzó, resulta harto verace:  
*Mortal, el oro, el oro todo lo hace.*

Lo que yo canto, nuevo  
 No es para tí, mancebo,  
 Que eres sabio y prudente cual ninguno.  
 Celebro los laureles  
 Que dió por sus corceles,  
 En el Istmo, á Xenócrates, Neptuno.  
 La corona de Doria  
 En premio de su espléndida victoria  
 Al vencedor envió; luz de Agrigento,  
 En potros y cuadrigas opulento.

Febo lo ve clemente,  
 Y en Crisa, omnipotente,  
 De auréola sublime lo rodea:  
 En Atenas la rica  
 Sus triunfos multiplica  
 La gente cortesísima Erectea;  
 Do espléndida alabanza  
 A Nisómaco trajo su pujanza.  
 Nunca tu padre á más valiente auriga  
 Las riendas entregó de su cuadriga.



Los heraldos de Elea  
Que anuncian la pelea  
Y á Júpiter ofrecen libaciones,  
Conocen al instante  
Al príncipe triunfante.  
Que los colmó de hospitalarios dones;  
Y danle dulce abrazo  
Hoy que de la Victoria en el regazo  
Cae, en su propia patria y su morada,  
Selva de Jove Olímpico llamada.

Debieron á aquel suelo,  
Los hijos de tu abuelo  
Enesidamo, honores inmortales;  
Que no es la vez primera  
Que á tu familia entera  
Regocijan los cánticos triunfales.  
No hay camino escabroso  
Para el mortal, que del varón famoso  
Llegar hasta el alcázar ambiciona,  
Seguido de las Nueve de Helicon.

¡Oh Trasibulo, cuánto,  
Cuán lejos, de mi canto  
El disco raudo que lanzar habría,  
Para llegar al punto  
Que á tu padre difunto  
Sobre los hombres diera su hidalguía!  
Ameno, culto, afable,  
Entre los suyos era venerable.  
Bellos potros nutría; y de los Griegos  
Nunca faltaba á los divinos juegos.

Jamás brisa contraria  
Su vela hospitalaria  
Plegó, que iba de Fasis hasta el Nilo,  
En verano, en invierno...  
Tú, el mérito paterno\*  
No dejes de ensalzar. Puedes tranquilo  
En medio de envidiosos  
Mis himnos repetir, que ponderosos  
Cual estatuas no son. Y de ello en prueba,  
Este á mi huésped, ¡Nicasipo! lleva.

---

---

## ODA TERCERA.

---

Á MELISO DE TEBAS,

VENCEDOR CON LA CUADRIGA.

El hombre que no fia  
En próspera fortuna ni riquezas;  
Que nunca se gloria  
De su poder ni atléticas proezas,  
Merece que con manos  
Frenéticas, le aplaudan sus hermanos.

¡Oh Jove poderoso!  
De tí sus prendas el mortal recibe;  
El varón religioso  
Largos años, en paz, contento vive:  
Quien de impiedad alarde  
Se atreve á hacer, felicidad no aguarde.

Con fiestas y canciones  
(De las Gracias favor) premiar es justo  
Las ínclitas acciones,  
Enaltecendo al vencedor augusto.  
¡Meliso! Honor y gloria  
A tí, que alcanzas hoy doble victoria.

Sin rival el gentío  
En el Ístmico valle hora te aclama;  
De jinete el umbrío  
Bosque del gran León te ha dado fama:  
¡Gózate, sí! que elevas  
Al cielo el nombre de tu patria Tebas.

De tus progenitores  
No hay miedo, no, que tu valor desdiga:  
El carro mil honores  
A Cleónimo dió; y en la quadriga  
(De tu madre parientes)  
Los Labdaquidas fueron excelentes.

¡Ay! Nada su opulencia  
Sirvió para evitar la del mudable  
Tiempo, dura sentencia;  
Que es sólo contra el Hado invulnerable  
Quien tuvo la fortuna  
Que un dios meciera su celeste cuna.

---

---

## ODA CUARTA.

---

AL MISMO MELISO.

Con el favor divino,  
Para cantar tus hechos hallo abierto  
    Multiplíce camino.  
¡Meliso afortunado! Rumbo cierto  
    A mi cítara diste,  
Cuando el Ístmico lauro te ceñiste.

Hasta el fin de la vida,  
La celestial virtud que tu alma alienta,  
    Todo Cleonimida  
Por gracia de los Números fomenta.  
    Mas ¡ay! imprime el viento  
A los hombres contrario movimiento.

Era de tus mayores  
En Tebas preclarísima la gloria;  
En los alrededores  
De hospitalarios dejan la memoria,  
Y la calumnia impía  
Jamás con sus saetas los hería.

Su alto renombre excede  
Cuanto la edad presente ó la pasada  
Mostrar el mundo puede,  
Y doquier su pujanza es celebrada.  
Más gloria en vano pides:  
A las Columnas llega ya de Alcides.

Espléndidos corceles  
Fué su gusto nutrir. Darles solía  
Mavorte mil laureles;  
Mas bélico huracán en solo un día  
A aquel hogar dichoso  
Cuatro varones arrancó furioso.

Los tenebrosos meses  
Pasaron ya del aterido invierno;  
Y tras tantos reveses,  
De las Deidades el consejo eterno  
Manda cubrir de rosas,  
Con la tierra, sus sienas victoriosas.

El Dios cuyo Tridente  
Mueve la tierra; que en Onquesto mora,  
Y en el marino puente

Que su muralla ve, Corinto adora,  
De Cleónimo llama  
A celebrar al vástago, á la Fama.

A la Fama, que yerta  
Sobre su lecho ha tiempo desfallece;  
Mas ved que se despierta,  
Y con nuevo fulgor hoy resplandece,  
Como en el cielo brila  
Véspero, entre los astros maravilla.

En la Atica llanura  
Cantó sus glorias: ella en los combates  
De Adrasto, su bravura  
Hizo encomiar á los antiguos vates.  
De los héroes bizarros  
Doquier brillaban los volantes carros.

Competir con los Griegos  
De todas las comarcas, fué su gloria;  
Vieron todos los juegos  
Su lujo, y su anhelar por la victoria.  
Jamás el orbe escucha  
El nombre sin honor del que no lucha.

¡Y cuánta incertidumbre  
Tiene hasta el lidiador, antes que ascienda  
Del honor á la cumbre!  
Da palmas y reveses la contienda,  
Y al más robusto abate  
Del más débil la maña, en el combate.

¿Qué Griego al fin ignora  
De Ajax, guerrero cual ninguno fuerte,  
Que en noche aterradora  
Con su propio puñal se dió la muerte?  
¡Suicidio que á la Helena  
Gente que á Troya fué, de oprobio llena!

Mas Homero de gloria  
Cubrió su nombre; y á la edad futura  
Legó la bella historia  
Del semidiós, que espléndido figura  
En su inmortal poema,  
De cantares sin fin eterno tema.

La diva Poesía  
Da la inmortalidad á cuanto canta:  
Hace que la bravía  
Mar atraviése; al éter lo levanta,  
Y con luz siempre nueva  
Del mundo por el ámbito lo lleva.

Las Camenas su amparo  
Me den, hoy que la antorcha luminosa  
A encender me preparo,  
De mis himnos: auréola preciosa  
De Meliso en la frente,  
De Telesiades vástago fulgente.

Quando en la lid se ensaña,  
De rugiente león su ardor semeja;  
Quando prudencia y maña



Quiere mostrar, parece la vulpeja,  
 Que supina se tiende,  
 Y del águila astuta se defiende.

Para salir triunfante  
 De todo ha menester, porque Natura  
 No le dió del gigante  
 Orión la terrífica estatura.  
 La majestad le falta,  
 Mas ¡cuán terrible si al contrario asalta!

A Libia así (que llena  
 De trigo el mundo) á desafiar á Anteo  
 Vino el hijo de Alcmena  
 De la ciudad de Cadmo. Aunque pigmeo  
 Su cuerpo parecía  
 Junto al gigante, su valor crecía.

Y castigó su clava  
 Al monstruo vil, que el templo de Neptuno  
 Con cabezas techaba,  
 Y vivo no dejó huésped alguno.  
 De su trabajo el premio  
 Hoy tiene, de los dioses en el gremio.

Recorrió todo el mundo:  
 Penetrando en su seno, abrió á las naves  
 El piélagos profundo;  
 Y ahora disfruta las caricias suaves  
 De Jove sempiterno,  
 De Hebe esposo feliz, de Juno yerno.

Nosotros entretanto  
Cada año ornamos con coronas nuevas  
El altar sacrosanto  
Que en la puerta de Electra le alzó Tebas;  
Y fúnebre convite  
De Alcides en honor, se nos permite.

El día en que Aqueronte  
Mandó los ocho infantes, que le diera  
Megara, de Creonte  
Hija infeliz, solemne se venera;  
Y á la aurora, aún arde  
La flama que brilló desde la tarde.

Toda la noche sube  
El humo de las víctimas al cielo,  
En olorosa nube;  
Y cuando el nuevo sol alumbra el suelo,  
El certamen se inicia,  
Del luchador robusto honra y delicia.

En él, triple corona  
De mirto ornó tus sienes: la primera  
¡Meliso! galardona  
La que niño ganaste, ardua carrera,  
Merced á sabio auriga.  
Os saluda á los dos mi musa amiga.

---

---

## ODA QUINTA.

---

Á FILÁCIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

¡Madre ilustre del Sol, de quien el oro  
Es rico emblema! Por honrarte ¡oh Thea!  
Lo estima el hombre más que otro tesoro,  
Y oro y más oro conquistar desea.

Por tí cruzan el ponto los bajeles,  
Y por tí en las durísimas campañas,  
Al carro se atan rápidos corceles  
Y se admiran espléndidas hazañas.

A tí en los juegos de la gloria el sellc  
Debe el atleta, que por fuerte mano,  
O por rápida planta, su cabello  
Ceñido muestra de laurel lozano.

Tan sólo á la divina Providencia  
Debe el triunfo el valor. Dos bendiciones  
No más, la vida endulzan: la opulencia,  
Y el oír elogiar nuestras acciones.

Te bastan ¡oh mortal! goces mortales;  
El Olimpo á escalar en vano aspiras;  
Deseos contra el Hado son fatales:  
Si ambicionas ser Júpiter, deliras.

Dos lauros ¡oh Filácides! ya tienes  
Del Istmico *pancracio*: las Nemeas  
Luchas, otro te dieron, que las sienes  
Ornó también del ínclito Piteas.

Himnos tejer mi corazón no sabe  
Si de Eaco la prole no menciona.  
Hoy, que á los hijos de Lampón alabe  
Quieren las Gracias, y á su patria Enona.

Y si para rendir justos honores  
Hallo una senda abierta y expedita,  
¿Por qué de antiguos héroes los loores  
Quiere la Envidia que mi musa onita?

Celebrar á magnánimos guerreros  
Con cítara y con flauta, es vieja usanza.  
Merced á Jove, vates lisonjeros  
Cantarán hoy y siempre en su alabanza.

Etolia así con víctimas venera  
A los hijos intrépidos de Eneo;  
Tebas al gran Yolao, en la carrera  
Nunca vencido, y Argos á Perseo.

De Cástor y de Pólux la divina  
Bravura, admira el cristalino Eurotas,  
Y de Éaco y sus hijos canta Egina  
El alma grande en armoniosas notas.

Dos veces por su brazo las murallas  
De Ilión sagrada fueron demolidas:  
Una, Hércules los guía á las batallas;  
Siguieron, la segunda, á los Atridas.

Elévame del suelo en tu sublime  
Cuadriga ¡oh Musa! y quién á Héctor valiente,  
Quién á Cicno mató y á Memnón, dime,  
Fiero caudillo de la Etiope gente.

¿Quién del Caíco atravesó en la orilla  
A Telefo indomable con su acero?  
¿Quién, sino aquellos por quien la isla brilla  
De Egina, admiración del orbe entero?

Allí desde el principio alta se eleva  
Excelsa torre, que las nubes hiende;  
Y fuerte escala de virtudes lleva  
Quien subir á su cúspide pretende.

De alabanza sin fin dardos certeros  
Puede mi lengua disparar á Egina.  
Te acaban de salvar sus marineros  
¡De Ajax Ciudad, insigne Salamina!

Tragó la mar cadáveres sin cuenta;  
Que el contrario poder Jove deshizo,  
Fiero mandando bélica tormenta,  
Como á la tierra asolador granizo.

A su gloria dará mejores mieses  
De oportuno callar riego fecundo:  
Que manda Jove triunfos y reveses;  
Jove, Señor de cuanto encierra el mundo.

Mas ¿cuánto á la victoria satisface  
Triste silencio? El héroe que pelea,  
En cánticos triunfales se complace,  
De más dulce sabor que miel Hiblea.

Venga ahora á luchar quien las hazañas  
Sepa de la familia de Cleonico.  
Su brillo ¡oh tiempo destructor! no empañas:  
En esperanzas y oro el nieto es rico.

Viva también Piteas, que á su hermano  
Ió de la gloria en la difícil senda;  
A correr lo adestró; formó su mano  
Y á su ardor juvenil impuso rienda.

Llévale tu corona, y tu velluda  
Cinta de lana; adórnenlo tus galas,  
Y á tu hermano ¡oh Filácides! saluda,  
Con este canto de ligeras alas.

---

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...



---

---

## ODA SEXTA.

---

A FILÁCIDES, JOVEN LUCHADOR.

Cual requiere festivo convite,  
Otra copa con himnos llenemos;  
Y á salud del atleta brindemos,  
Postrer hijo del grande Lapón.

La primera te dimos ¡oh Jove!  
Cuando al ágil hermano Piteas,  
Coronaron las luchas Nemeas  
Con su lauro y mejor galardón.

Hoy que el Istmo á Filácides canta,  
A vosotras, Nereidas cincuenta,  
La segunda mi mano presenta,  
Y á Neptuno, del Istmo Señor.

La tercera Castálide copa  
Que reservo á las glorias de Egina,  
Ya desde hora mi musa propina  
Al Olímpico Dios Salvador.

El varón de los Dioses amado  
Que trabajo y tesoros prodiga,  
Y en su pecho magnánimo abriga  
El valor y virtud celestial,  
De la gloria si el árbol frondoso  
La Fortuna ha plantado en su huerto,  
Ancló ya de la dicha en el puerto  
El bajel de tan sabio mortal.

Tal mostrarse hasta edad avanzada  
Quiere el hijo del gran Cleonico,  
Y en virtudes y méritos rico,  
A la tumba, por fin, descender.

Y yo pido á las Parcas divinas,  
Sobre todo, á la altísima Cloto,  
Que se dignen al ínclito voto  
De mi amigo querido acceder.

¡Oh Señores del carro dorado!  
Si á tal isla ¡oh Eácidas! llego,  
He probado que siempre la riego  
Con encomios de plácido olor.

Hasta el Norte, y del Nilo á las fuentes,  
Llevaré vuestros hechos divinos,  
Por millares de largos caminos,  
Que hay abiertos de cómodo anchor.

¿Quién conoce tan bárbaro pueblo,  
 Tan extraño al Heleno lenguaje,  
 Que á la fama no rinda homenaje,  
 Del gran héroe que á Tetis se unió?

De Ajax fuerte y su padre robusto  
 Con las glorias, la tierra está llena:  
 En sus naves el hijo de Alcmena  
 A luchar en Ilión los llevó.

Telamón del falaz Laomedonte  
 Corre alegre á vengar la perfidia;  
 Fiel aliado, con Hércules lidia,  
 Y penetran en Troya los dos.

Con las flechas que nunca descansan  
 Mata en Flegra al pastor (semejante  
 A montaña) á Alcioneo el gigante,  
 Y á los fieros Meropes en Cos.

Al partir á la guerra de Troya,  
 Telamón en gran cena se hallaba:  
 Entra Alcides, al hombro la clava,  
 Del león ostentando la piel.

Lo ve el héroe; y el brindis primero  
 Que pronuncie, á Anfitrionides ruega:  
 Copa de oro esculpida le entrega,  
 Con licor más sabroso que miel.

Elevando las manos al cielo,  
 Invencibles en cien y cien lides,  
 Majestoso á las preces Alcides  
 Da principio, y al brindis, así:

«¡Padre Jove! Mi súplica ardiente  
 Más que nunca hoy escucha propicio,  
 Si á tu Numen algún sacrificio  
 Agradable en un tiempo ofrecí.

»A este joven, mi huésped futuro,  
 Como el Hado inmutable desea,  
 Tal progenie le dé su Eribea  
 Que en valor no conozca rival.

»Cual la piel que me cubre, su carne  
 Penetrar no consiga el acero:  
 La arranqué (mi trabajo primero)  
 Al Nemeo león colosal.»

Así dice: y El águila augusta  
 Hace Dios que á la tierra descienda,  
 De las aves cual reina, y en prenda  
 De que ha oído su santa oración.

Se estremece de gozo al mirarla,  
 Y así clama en su gran regocijo  
 Con acento profético: «El hijo  
 A que aspiras, tendrás, Telamón.»

Y del águila el nombre le impone  
 En memoria del fausto prodigio  
 A Ajax fuerte, de inmenso prestigio  
 En la guerra, y de Marte secuaz.

Así el brindis Alcides termina:—  
 Mas volver á Piteas importa,  
 Y Eutimeno y Filácides; corta  
 Tus recuerdos, ¡oh musa locuaz!

A los hijos ilustres y al tío  
Cantaré brevemente, á la Argiva:  
Tres coronas de espléndida oliva  
El *pancracio* en el Istmo les dió.

Otras tres la frondosa Nemea  
En sus sienes impuso galante.  
¡Qué cantares su gloria brillante  
A los vates después inspiró!

Con el suave celeste rocío  
De las Gracias, bañar les agrada  
La familia gentil Psalaquiada,  
De hijos ínclitos madre y nutriz.

De Temistio la casa dejando  
Sobre sólida base construida,  
En Egina, del cielo querida,  
Residencia eligieron feliz.

El anciano Lampón, el trabajo  
Con la industria acompaña de modo,  
Que el axioma del vate Hesíodo  
Con los hechos demuestra seguir.

Lo repite á sus hijos constante,  
Y con voz paternal los excita  
A dar gloria á su villa bendita  
Con proezas y honesto vivir.

Su mansión se halla al huésped abierta:  
Lo hace amar su gentil cortesía;  
Y guardar la feliz medianía  
Ha sabido, á que sólo aspiró.

Cual la piedra que, en Naxos criada,  
Pulveriza los duros metales,  
Es buscada entre cien pedernales;  
Tal el mundo al anciano admiró.

Entre atletas sin cuento descuella;  
Fiel la lengua interpreta su mente...  
Yo de Dirce en la límpida fuente  
Hoy sus copas intento llenar.

A las puertas de Tebas ilustre,  
Las que á Jove alumbró Mnemosina  
Dulces hijas, la fuente divina  
A mis plantas hicieron brotar.

---

---

---

## ODA SÉPTIMA.

---

A ESTREPSIADES DE TEBAS,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

De los antiguos timbres de alta gloria  
Con que tu patrio suelo resplandece,  
¿Cuál ¡oh Tebas feliz! más te envanece?  
¿Será quizá la historia  
De Baco, tierno infante  
De melena flotante,  
Que diste tú á la luz, y es siempre al lado  
De la ruidosa Ceres adorado?

¿Ó aquella noche en que con rica veste  
De nieve de oro, Júpiter divino  
De Anfitrión á la morada vino,  
Y progenie celeste

Vió germinar serena  
 La afortunada Alcmena?  
 ¿Ó más de haber nutrido te glorías  
 A Tiresias, fecundo en profecías?

¿Por ventura en Yolao, de bridones  
 Inclito domador, ó en los valientes  
 Que produjeron del dragón los dientes  
 Tus complacencias pones?  
 ¿O la derrota aciaga  
 De Adrasto, más te halaga,  
 Cuando sólo, sin huestes ni laureles,  
 A Argos huyó, criadora de corceles?

¿Ó tu orgullo mayor, en la colonia  
 Dórica cifras, que de tu almo seno  
 Mandaste, y encontró firme terreno  
 Allá en Lacedemonia,  
 Cuando tu heroica raza  
 (Los Égidas) la plaza  
 De Amicla, conquistó tras largo sitio,  
 Según la predicción de Apolo Pitio?

Se adormece la fama en sólo un día,  
 Y olvidan los mortales cada hazaña  
 Que el rocío dulcísimo no baña  
 De ínclita poesía.  
 Unid á alegre canto  
 De danzas el encanto  
 En honor de Estrepsiades, cuya frente  
 Corona el Istmo en el *pancracio* ardiente.



Tremenda robustez, bella figura,  
Y virtud no inferior el mozo ostenta:  
De las bellas Piérides ya cuenta  
Con la grata dulzura;  
Y al tío, cuyo nombre  
Lleva, inmortal renombre  
El joven sabe dar; noble Tebano  
Que en la guerra inmoló Marte inhumano.

Va del honor la intrepidez seguida;  
Y el que en la nube de enemiga armada  
Aleja la sangrienta granizada  
De su patria querida,  
Y la feroz tormenta  
Que del hermano ahuyenta  
Lleva al contrario, gloria, vivo ó muerto,  
A su familia legará de cierto.

¡Hijo de Diodoto, del guerrero  
Meleagro imitador, y del Tebano  
Anfiarao rival, y Héctor Troyano!  
Exhalaste el postrero  
Aliento, de la vida  
En la edad más florida,  
Y en las primeras filas, do se lanza  
El más bravo á lidiar sin esperanza.

De inefable dolor tu triste muerte  
Llenó mi corazón; mas hoy la calma  
Neptuno conmovido trae á mi alma  
Tras vendaval tan fuerte.

Al són de mis cantares,  
Coronas á millares  
Tejeré al vencedor. ¡Mano enemiga  
De adverso Numen ¡ay! no me persiga!

Si lejos de la guerra, consagrado  
De las amenas Musas al cultivo,  
En mi risueño hogar tranquilo vivo,  
Así lo quiso el Hado.  
Morir debemos todos;  
Mas de diversos modos  
Al sepulcro cada uno se encamina;  
Ni cuál será su término, adivina.

Quien quiere más allá de su horizonte  
Llegar, ve que son débiles sus alas  
Para llegar á las etéreas salas.  
Así á Belerofonte  
Que penetrar desea  
De Jove en la asamblea,  
Y en su corcel subir al alto cielo,  
El alado Pegaso arroja al suelo.

Del vedado placer tras la dulzura  
Amarguísimo fin al hombre espera.  
¡Oh tú, Señor de la áurea cabellera,  
Que de la edad futura  
Predices los arcanos!  
Abre, Apolo, tus manos,  
Y al que hoy celebros, da nueva corona  
En tus sagrados juegos de Pitona.

---

ODA OCTAVA.

---

A CLEANDRO DE EGINA.

Alguno de vosotros  
¡Oh jóvenes poetas!  
Vaya de Telesarco  
A las doradas puertas,

Y de Cleandro su hijo  
Las inclitas proezas,  
Celebre, consumadas  
En juventud tan tierna.

Los cánticos triunfales  
Organice, y la fiesta,  
A sus trabajos arduos  
Debida recompensa;

Y cante su victoria  
En la Istmica palestra,  
Y en los sagrados juegos  
De la umbrosa Nemea.

Yo también, aunque mi alma  
Cubre mortal tristeza,  
A la áurea musa pido  
Su inspiración excelsa.

Y ya que libre y salva  
Se ve la patria nuestra,  
De los grandes desastres  
De la pasada guerra,

De cantos y coronas  
No es justo que carezca,  
Ni que la faz bañemos  
Con lágrimas eternas.

Dejemos llanto inútil,  
Y dulce cantilena  
Después de tantos males  
Nuestros oídos hiera,

Pues benéfico Numen  
Ya de nuestra cabeza,  
De Tántalo ha alejado  
La aterradora piedra.

¡Ay! Sepultado habría  
La enorme roca á Grecia;  
Que á repeler no bastan  
Su mole, humanas fuerzas.

Al huir los temores,  
Huyó también mi pena:  
Gocemos de los bienes  
Tal como se presentan.

El insidioso tiempo  
Con vorágine incierta,  
Revuelve de la vida  
Las aguas turbulentas

Pero remedio fácil  
A todas sus dolencias  
Halla el hombre, si sólo  
La libertad le queda.

Tiempo es que la esperanza  
Nos llene lisonjera:  
Es justo que yo en tanto,  
Como educado en Tebas

(¿Quién elogiar no ha oído  
Sus siete ilustres puertas?)  
Las flores de las Gracias  
Dócil á Egina ofrezca.

El mismo padre Asopo  
Las engendró gemelas,  
Y agradaron á Jove  
Las dos hermanas bellas.

De la ciudad que baña  
La pura agua Dircea,  
(Célebre por sus carros)  
El cetro donó á Teba.

A tí, Egina, de la isla  
De Enopia te hizo reina,  
Y allí la esposa fuiste  
Del que en Olimpo impera.

Y ofreciste al Tonante  
Un hijo, cuya ciencia  
No han igualado cuantos  
Habitan en la tierra.

Éaco fué, el divino,  
Que hasta en las diferencias  
De los Númenes, supo  
Juzgar con vara recta.

Sus hijos semidioses  
De majestad excelsa;  
Sus nietos fueron héroes  
Terribles en la guerra:

Y si en la lid brillaba  
Como rayo su diestra,  
Lucía en el consejo  
Su altísima prudencia.

De los Númenes, todo  
Recordó la asamblea,  
De Tetis por la mano  
En la viva contienda.

Codiciaban Neptuno  
Y Jove su belleza,  
Ambos de amor heridos  
Por la gentil Nereida;

Mas de los Inmortales  
La sabia providencia  
Llevar no quiso á término  
La suspirada empresa.

Consultan el oráculo,  
Y su veraz respuesta,  
La fatídica Temis  
Así al Senado lleva:

«El hijo á quien dé vida  
La marina doncella,  
Del padre que lo engendre  
Superará la fuerza.

»Si Jove, opondrá al rayo  
Rayo de más potencia;  
Si Neptuno, un tridente  
Que su Tridente venza:

»Tal (dice) de los Hados  
La voluntad decreta.  
Vuestra amorosa luchã  
Fin ¡oh Númenes! tenga.

»Dejadla que se enlace  
Con un mortal, y vea  
Al hijo de su vientre  
Morir en lid horrenda,

»Aunque iguale su brazo  
A Marte en fortaleza,  
Y aunque su pie veloce  
Relámpago parezca.

»Yo opino que al Eácida  
Peleo, se conceda  
La ninfa en matrimonio,  
De gratitud en prenda,

»Porque es el más piadoso  
Varón (la fama cuenta)  
De cuantos asaltaron  
De Jolcos las trincheras.



»De Quirón al instante  
A la inmortal caverna,  
Rápido mensajero  
Corra á anunciar la nueva.

»De Nereo la hija  
A ser causa no vuelva  
De que la paz perturben  
Disensiones acerbas;

»Y luego que en el cielo  
Brille la luna llena,  
Rómpase de su intacta  
Virginidad la rienda.»

Así á los dos Saturnios  
La Diosa habló severa,  
Y aprobación mostraron  
Con sus divinas cejas.

Del vaticinio el fruto  
Germinó con presteza;  
Que apresuró las bodas  
Peleo, según cuentan.

De Aquiles, tierno vástago  
De aquella unión, doquiera  
Pregonó las hazañas  
La voz de los poetas.

Él del vencido Télefo  
Hizo la sangre negra  
Correr entre las vides  
De la Misia pradera.

A su robusto brazo  
(Igual á puente férrea  
Sobre la mar) debieron  
Los Atridas su vuelta.

Él devolvió glorioso  
La libertad á Helena,  
Derribando su lanza  
Las columnas soberbias

Que del Troyano campo  
En las lides sangrientas,  
A su marcha oponían  
Impasable barrera:

A Memnón orgulloso,  
A Héctor, rayo de guerra,  
Y á mil otros caudillos  
De indómita fiereza,

Que á la morada oscura  
Do Proserpina reina,  
Mandó de los Eácidas  
El Rey y flor primera

Que á Egina y á su stirpe  
Dió fama sempiterna,  
Y en cuyo honor, los himnos  
Ni aun en la tumba cesan.

Su pira circundaron  
Las Vírgenes Pimpleas  
Entonando elegías  
De celestial cadencia.

Con tal ejemplo al hombre  
Los Númenes enseñan,  
Que cantar á los muertos  
Es piadosa tarea.

Del carro de las Musas  
No sin razón las ruedas,  
Hoy del púgil Nicocles  
Sobre la tumba vuelan.

Honradlo: que en el Istmo  
Coronó su cabeza  
El apio que germina  
En las Dóricas glebas.

Después que á sus vecinos,  
En menores palestras,  
Venció mil ocasiones  
Con indómita diestra.

De su robusto primo  
No desdice, de veras,  
Quien hoy en el *pancracio*  
Venció, joven atleta.

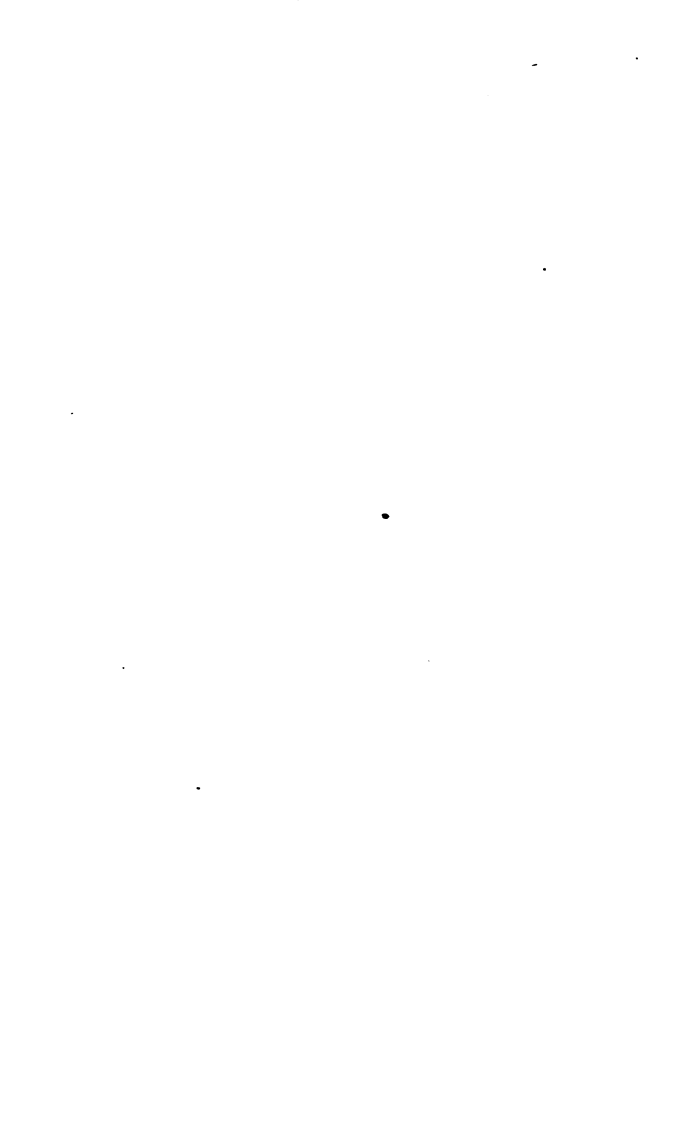
A Cleandro coronas  
De verde mirto teja  
Alguno de vosotros  
¡Oh jóvenes poetas!

Que ya luchó de Alcato  
Con éxito en la arena,  
Y en Epidauro obtuvo  
Magníficas preseas.

¿De elogio quién más digno  
Que el joven que su tierna  
Edad no gasta en ocio  
Oscuro, y vil pereza?

FIN DE LAS ODAS.

NOTAS.



---

---

## NOTAS A LAS OLIMPICAS.

---

### JUEGOS OLÍMPICOS.

Los juegos Olímpicos tomaron su nombre de *Olimpia*, llamada también *Pisa*, ciudad de Elide; ó quizá de Júpiter Olímpico, á quien eran dedicados. Celebrábanse cada cinco años en la referida Olimpia, y de aquí vino la costumbre de computar el tiempo por Olimpiadas ó lustros. Se empezaban el undécimo día de *Hecatombeón*, mes griego que corresponde, poco más ó menos, á nuestro julio, y duraban los certámenes cuatro días, siendo en el cuarto el plenilunio que dividía el mes en dos partes iguales. El premio del vencedor consistía en una corona de oliva silvestre; pero su fama era tal que se le erigían estatuas y se cantaban y componían himnos en su honor.

Según nuestro Píndaro y Estrabón, Hércules fundó los juegos Olímpicos cuando, burlado por Augías, invadió la Elide y mató al infiel monarca.

---

## ODA PRIMERA.

Está dedicada á Gerón, rey de Siracusa, vencedor en las carreras de caballos de silla. Algunos han creído que la carrera en el *celete* (κέλητι) se hacía sobre dos caballos en pelo, saltando el jinete con velocidad de uno á otro. La opinión general es que el tal *celete* era un solo corcel, que sin ser uncido á carro alguno, se montaba como hoy día nuestros caballos de silla. Se escribió esta Oda en la Olimpiada 77, año 1.º, 472 antes de J. C. Fué cantada en Siracusa en un banquete en el palacio del Rey.

Pág. 3, v. 1.—*Nada hay mejor que el agua, etc.*—Era opinión de Tales de Mileto, uno de los siete sabios de Grecia, que el agua era el primero de los elementos y el origen de los demás. Es como si dijera Píndaro: *Entre todos los juegos, los Olímpicos son los más eminentes, como el agua tiene el primer lugar entre los cuatro elementos, el oro entre los metales, el sol entre los astros.*

Pág. 4, v. 8.—*El arpa hiere, etc.*—Parece qué era costumbre en los banquetes presentar una arpa á los convidados: el no saberla tocar era señal de educación poco esmerada.

Pág. 4, v. 11.—*La citara de Doria.*—Había tres clases de cantos entre los Griegos, el Dórico, el Lidio y el Eólico. En otra parte hablamos de ellos más extensamente. No sabemos si el *descolgar la lira* es aquí una simple figura, ó si terminado el *recitado* empezaba la música con este verso.

Pág. 4, v. 13.—*Del Alfeo y Ferénico la gloria.*—Ferénico era el nombre del famoso caballo de silla de Gerón. El río Alfeo nace en Arcadia, corre cerca de Pisa por el territorio Elco, y entra en el mar Jonio.

Pág. 4, v. 20.—*Que Pélope de Lidia condujera.*—Pélope, y su padre Tántalo, rey de Sípilo en Lidia,



derrotados por Ilo, rey de Troya, fundaron una colonia en Grecia.

Pág. 4, vv. 24 y siguientes.—Alude Píndaro á la conocida fábula que supone que Tántalo sirvió á los Dioses en horrendo banquete los miembros de su hijo Pélope. La Parca Cloto volvió á formar el cuerpo del niño en la caldera que el Poeta llama *pura* en contraposición á la *impia* en que le coció el padre inhumano; pero Ceres, más hambrienta que las otras Deidades, había ya devorado un hombro de Pélope, y fué preciso hacérselo de marfil. El piadoso Píndaro desecha esta irreverente historia.

Pág. 6, v. 2.—Dice el original: *μετὰ τριῶν τέταρτον πόνον*, y leyendo de este modo he traducido conforme á la interpretación del Escoliasta. Otros leen *τέταρτος*, es decir: es el *cuarto* que sufre tan tremendo castigo, siendo los otros tres Ixión, Sísifo y Ticio.

Pág. 7, v. 19.—*Ya de Enomao trece coraζones la lanza atravesó*.—Enomao, rey de Pisatis, prometió dar á su hija Hipodamia en matrimonio á aquel de sus amantes que lo venciera en las carreras de carros. Los caballos del suyo eran hijos del viento, y nadie antes de Pélope pudo vencerlo; antes bien, trece desdichados cayeron atravesados par la lanza del padre, demasiado amante de su hija, en el momento en que creían alcanzar la victoria.

Pág. 8, v. 14.—*Seis héroes le dió*.—Dos de estos semidioses, criados por las Virtudes, cual por celestes nodrizas (segun la fuerza intraducible del original), fueron Atreo, padre de Agamenón, y Tiestes.

Pág. 8, v. 17.—*Cabe su altar y tímulo*.—Hércules separó un terreno llamado el *Pelopion*, en que Pélope era venerado sobre todos los semidioses, del mismo modo que Júpiter sobre todas las Deidades.

Pág. 9, v. 16.—*De Cronio la región*.—Era el *Cronio* un monte cerca de la Olimpia, consagrado á *Cronos*, ó sea Saturno.

## ODA SEGUNDA.

Dedicada á Terón, rey de Agrigento, vencedor en las carreras de carros. Fué escrita en la Olimpiada 75, año 1.º, 476 antes de J. C., y cantada, probablemente, en un banquete en Agrigento.

Pág. 12, v. 32.—*Lo que pasó, ni el tiempo á deshacer alcanza.*—Alude esta sublime sentencia á una disensión terrible entre las cortes de Agrigento y de Siracusa, y á la guerra que estuvieron á punto de declararse Gerón y Terón.

Pág. 13, v. 9.—*Aunque del rayo herida.*—Semele, madre de Baco (por otro nombre Lieo) y amada de Jupiter, se empeñó en que su divino amante dejara el *incógnito*; y pereció herida por uno de los rayos que tenían que acompañar á la descubierta majestad del Tonante.

Pág. 13, v. 18.—*Ino en el Ponto, etc.*—Ino, otra hija de Cadmo, fué esposa de Atamante, rey de Tebas, á quien Juno volvió loco. Ella desesperada se precipitó en el mar; pero Neptuno, rindiéndose á las súplicas de Venus, le convirtió en divinidad marina.

Pág. 14, v. 7.—*Desde el fatal Edipo.*—Conocida es la triste historia de Edipo. Predijo el oráculo Delfico que había de dar muerte á su padre Layo, y éste lo mandó matar en la infancia. Salvado el niño por un criado compasivo, y educado por un pastor, encontró más tarde al autor de sus días y lo mató sin conocerlo.

Pág. 14, v. 13.—*Erinis mira el crimen.*—Polinices y Eteocles, hijos de Edipo, convinieron en reinar en Tebas alternativamente. Al terminar Eteocles su período rehusó entregar el trono á su hermano, quien huyó á Argos y consiguió que Adrasto (con cuya hija Argía casó) y otros cinco caudillos vinieran con él á asaltar á Tebas al frente de numerosas huestes. Perrieron los dos hermanos, pero sobrevivió Tesandro,

hijo de Polinices y Argía, de quien, según Píndaro, era descendiente Terón.

Pág. 16, vv. 13 y sig.—Notable es todo este pasaje impregnado de las doctrinas pitagóricas, que han resucitado en nuestros días los llamados espiritistas.

Pág. 19, v. 2.—*Ingratos turbulentos*.—Fueron éstos dos primos de Terón, Capis é Hipócrates, que el rey había colmado de favores, y acaudillaron contra su bienhechor una rebelión que fracasó.

### ODA TERCERA.

Dedicada al mismo, y probablemente por la misma victoria. Cantada verosímilmente en Agrigento en las fiestas Teoxenias en honor de Cástor y Pólux, llamados por antonomasia *los Gemelos*.

Pág. 22, v. 24.—*El juez Etolio*.—Los jueces en los juegos Olímpicos, llamados *Helanódicas*, eran todos Eleos. Aquí alude Píndaro á Oxilo, de Etolia, que llevó á los Heráclidas al Peloponeso, y fué rey de Elide y el primer juez de los juegos Olímpicos: de aquí el epíteto de *Etolio* se extendió á todos los Helanódicas.

Pág. 22, v. 25.—*Trajo de las umbrosas fuentes del Istro*.—Ni Píndaro ni los poetas antiguos en general eran muy peritos en geografía. No se admire, pues, el lector de ciertos viajes rápidos y extraordinariamente asombrosos que nuestro autor hace emprender á sus héroes, ni se maraville de que Hércules haya ido á las márgenes del Danubio y á las regiones más septentrionales á buscar la o'iva que nosotros estamos acostumbrados á ver florecer en el Sur.

Pág. 23, v. 14.—*Pupila de la noche*.—A pesar de mi resolución de ser brevísimo en las notas, no puedo menos de llamar la atención del lector á este bellissimo epíteto de la luna.

Pág. 24, v. 25.—*A la tribu Emenida*.—Era la tribu de Terón, y le dió el nombre su abuelo Emenides, que destruyó la tiranía de Faláride.

## ODA CUARTA.

Dedicada á Saumis, hijo de Acrón, de Camarina en Sicilia, vencedor el año 1 de la Olimpiada 82, 452 antes de Jesucristo. Cantada en Olimpia durante la procesión al altar de Júpiter.

Pág. 27, vv. 1 y sig.—En el original la expresión *ἐλατῆρ βροντᾶς ἀκαμαντόποδος*, tiene una fuerza que he procurado en lo posible darle en la versión. Nos representa á Júpiter agitando sus rayos á guisa de corceles de terrible cuadriga.

Pág. 27, v. 4.—*Ya volvieron tus Horas*.—Eran tres las *Horas* é hijas de Júpiter. Indica esta frase que había ya vuelto el tiempo prefijado para los juegos Olímpicos.

Pág. 28, v. 5.—*Las cien cabezas de Tifón rugiente*.—Era Tifón uno de los Gigantes que hicieron la guerra á Júpiter, por quien fué vencido y encadenado bajo el monte Etna, hoy Mongibelo.

Pág. 29, vv. 6 y sig.—Pasó esta escena durante la expedición de los Argonautas.

## ODA QUINTA.

Dedicada al mismo Saumis, y cantada en Camarina en la procesión al regreso del vencedor.

Pág. 31, vv. 1 y sig.—Junto á Camarina había una laguna del mismo nombre, y es la que el poeta apellida *hija del Océano*. Aquí, como en otras mil ocasiones, Píndaro se dirige á la ninfa ó deidad protectora del lugar.

Pág. 31, v. 11.—*Los seis altares dobles*.—El vencedor en los juegos Olímpicos acostumbraba sacrificar á los dioses protectores de los mismos, en cuyo honor se habían construído seis altares, llamados *dobles* por-

que cada uno estaba consagrado á dos divinidades. El primero (según Herodoto) estaba dedicado á Júpiter y Neptuno, el segundo á Juno y Minerva, el tercero á Mercurio y Apolo, el cuarto á Baco y á las Gracias, el quinto al río Alfeo, y el sexto á Saturno y á Rhea.

Pág. 32, v. 5.—*Y á tu sede novisima*.—Camarina fué dos veces destruída por los Siracusanos, y Saumis contribuyó mucho á su reedificación.

Pág. 33, v. 3.—*Y al antro sacro Ideo*.—En esta caverna, situada en el monte Ida, en la isla de Creta, ocultó Rhea á Júpiter, que de otra manera habría sido devorado por Saturno.

### ODA SEXTA.

Dedicada á Agesias, hijo de Sótrato de Siracusa perteneciente á la tribu de los Yámidas, vencedor en la carrera de carros tirados por mulas. Era el gran sacerdote que sacrificaba en el grande altar de Júpiter en Olimpia. Fué cantada en Estinfalia, en Arcadia, probablemente en algún banquete de los Yámidas, y escrita, quizás, el año de 468 antes de Jesucristo, 1.º de la Olimpiada 78.

Pág. 35, vv. 1 y sig.—Permítame el lector llamarle la atención á este espléndido exordio.

Pág. 36, vv. 4 y 5.—*Tal coturno pones á tu divina planta*.—Creo haber traducido con suficiente elegancia una frase que á varios modernos ha parecido baja, pero que no lo es en griego.

Pág. 36, v. 15.—Anfiarao, hijo de Oicleo, profeta y guerrero, fué uno de los siete jefes que asaltaron á Tebas.

Pág. 36, v. 21.—*De Talayón el vástago*.—Es decir, Adrasto.

Pág. 37, vv. 10 y sig.—*¡Oh Fintis, ven!* etc.—Este arranque poético es encantador. Apostrofa el poeta á Fintis, cochero de Agesias, y le manda lo lleve á Pi-

tana, ciudad en las orillas del Eurotas, que el autor identifica luego con Pitana la ninfa, hija del Eurotas cuya historia narra.

Pág. 38, v. 7.—*Y de la Arcadia al Príncipe.*—Es decir, á Epito.

Pág. 40, v. 2.—*Nombre inmortal.*—'Ιov, nombre de la violeta en griego, tiene alguna semejanza con *Yamo*.

Pág. 41, v. 6.—*De la adivinación la doble ciencia.*—Es decir, la *piromancia* y el *entusiasmo* (según Benedict), ó el arte de vaticinar y la *piromancia* (según Heyne), ó el privilegio de oír la voz de Apolo en esta ocasión y de oficiar después como sacerdote (según el Escoliasta).

Pág. 42, v. 16.—*Estinfalia Metope!*—Metope, hija del río Landón, cerca de Estínfalo, en Arcadia, fué esposa del Asopo, río Tebano. De Metope y Asopo nació Teba, ninfa que dió su nombre á Tebas, patria de Píndaro.

Pág. 43, v. 1.—*¡Vamos, Eneas!*—Se dirige al director del coro por quien fué cantada esta oda.

Pág. 43, v. 5.—*El viejo adagio.*—Βοιωτία ὄς, *Bæotiasus*, era el proverbio despreciativo con que se designaba á los habitantes de Beocia. Notemos que el nombre de este inmundo animal no tenía en griego el significado obsceno que en algunos idiomas modernos, y equivalía únicamente á nuestro *asno*.

Pág. 43, vv. 10 y sig.—Ceres y Proserpina eran deidades tutelares de Sicilia, y Júpiter era especialmente adorado sobre el Monte Etna.

## ODA SÉPTIMA.

Dedicada á Diágoras de Rodas, vencedor en el pugilato. Escrita en la Olimpiada 79, año 1.º, 464 antes de J. C. Cantada en Yaliso, en un banquete público de los Eratidas. Esta oda se considera modelo acabado

de poesía lírica, y dícese que agradó tanto á los Rodios, que la hicieron grabar en letras de oro en el templo de Minerva Lindia, no sólo en honra de la isla y de su afortunado campeón, sino también del inmortal poeta.

Pág. 46, v. 25.—*Ninfa que el Sol Augusto*.—Aquí, como en otros mil casos, identifica Píndaro á la *ninfa* con la *isla*.

Pág. 52, v. 1.—*Del Sol un hijo*.—Siete fueron los hijos que tuvo el Sol en la ninfa Rodas, á saber: Cercafo, Actis, Macareo, Tenages, Triopi, Faetonte y Oquimo. El primero fué el padre de los tres héroes mencionados en el texto, que dieron sus nombres á las tres célebres ciudades de la isla.

### ODA OCTAVA.

Dedicada á Alcimedonte de Egina, vencedor en el certamen de pugilato entre los jóvenes. Escrita el año 1.º de la Olimpiada 80, 460 antes de Jesucristo. Cantada en la misma Olimpia en la procesión después de la victoria.

Pág. 55, v. 3.—*Reina de la verdad*.—Alude á las profecías del sacerdote, descendiente de Yamo, que oficiaba en el altar de Júpiter.

Pág. 55, vv. 4 y sig.—El corazón, el hígado y los demás intestinos de las víctimas, suministraban al augur medios para adivinar lo futuro. Parece que los atletas consultaban á éste antes de la lucha.

Pág. 56, v. 22.—*Alli Temis*.—Temis, madre de la Justicia, era hija del Cielo y de la Tierra. Tenía un templo en Tebas, y quizá por esto la menciona Píndaro tan á menudo.

Pág. 57, v. 10.—*Desde Eaco, la Dórica familia la gobernó*.—Muerto Eaco, Triacón tomó posesión de Egina con un ejército de Argivos, que eran de origen Dórico.

Pág. 57, v. 13.—*Al semidiós llamaron.*—De otra manera no habrían podido ser destruidos los muros de Troya, si sólo dioses inmortales los hubieran edificado.

Pág. 57, v. 23.—*La asaltan tres serpientes.*—Simbolizaron éstas los tres asaltos dados á Troya: el primero por Peleo y Telamón, el segundo por Aquiles, y el tercero por Pirro.

Pág. 58, v. 7.—*En la primera y cuarta generación.*—Peleo y Telamón pertenecían á la primera generación de Eaco, *exclusive*; Pirro á la cuarta, incluyendo á Eaco en el cómputo.

Pág. 58, v. 11.—*Y de las Amazonas, etc.*—Esta nación, real ó imaginaria, de belicosas mujeres, se hallaba en Capadocia, cerca del río Termodonte. No se dice por qué las visitó Apolo, ni menos cómo pasó por esas comarcas, yendo del Xanto (río llamado Escamandro por los Dioses, según Homero, y que corría cerca de Troya) al Danubio y á la región de los Hiperbóreos.

Pág. 59, v. 1.—*En el pancracio.*—Era el *pancracio* una especie de combate en que los atletas luchaban con todos los miembros y fuerzas de su cuerpo. Plutarco da á entender que era un certamen compuesto del pugilato y la lucha.

Pág. 59, v. 26.—*A los bravos Blepsíades.*—Eran una tribu de Egina, á la cual pertenecía Alcimedonte.

Pág. 60, v. 7.—*¡Oh Fama, de Mercurio hija!* No es á la *Fama* que conocemos á quien invoca el poeta, sino á *Ἄγγελια*, hija de Mercurio, ἄγγελος ó mensajero de los Dioses, encargado de llevar al Orco las almas de los muertos y de presidir los juegos. Algunos intérpretes latinos traducen esa palabra *Nunciatio*. ¿Quedaría bien expresada en castellano, por *Anunciación, hija del heraldo de los Dioses*? Puede ser; pero no me atreví á traducirla de tal modo, y preferí seguir á los intérpretes ingleses é italianos, y á nuestro Berguizas. Parece que los difuntos Ifión y



Calímaco, que más abajo se mencionan, eran el tío y el padre del vencedor.

Pág. 60, v. 19.—*A Némesis*.—Era Némesis diosa de la venganza, la más inexorable de todas las divinidades, y destinada á mezclar infortunios con la felicidad humana para apartar á los hombres de la insolencia y del orgullo.

### ODA NOVENA.

Dedicada al luchador Efarmosto, de Opunte, capital de Locris. Escrita en la Olimpiada 81, año 1.º, 456 antes de J. C. Cantada á la luz de las antorchas en dicha ciudad, al volver el vencedor de coronar el altar de Ajax.

Pág. 61, v. 1.—*Bastante ha resonado*, etc.—Fué Arquíloco, poeta de Paros, célebre por sus versos yámbicos y por la acrimonia de su musa. Floreció trescientos años antes de Píndaro, y compuso un himno en honor de Hércules, que constaba de *tres estancias*, y que, según la costumbre que después se introdujo, *tres veces se cantaba en los juegos olímpicos*. Píndaro, con su oda compuesta *ad hoc*, hace callar esta triple melodía, que siendo *de communi*, no podía satisfacer á cada vencedor. Véase en la Olímpica I la historia de Hipodamia y Pélope, y no se olvide que el monte Cronio era una colina en Olimpia, consagrada á Saturno.

Pág. 62, vv. 7 y sig.—*¡Temis! En ella imperas, con Eunomia*.—Temis y Júpiter eran padres de las Horas, llamadas *Dice* ó la Justicia, *Irene* ó la Paz, y *Eunomia* ó la Buena Ley. Cerca del Alfeo estaba Olimpia, y junto á la fuente Castalia Delfos ó Pitona: la madre de los Locreses es Opunte, su capital.

Pág. 62, vv. 25 y sig.—*¿Sin ellos cómo pudo*, etc.—Hércules, muerto Traquinio, vino á Pilos por orden de Febo, para que Neleo, hijo de Neptuno, lo purifi-

case. Negóse Neleo, y riñó con él el semidiós, y con Neptuno, que acudió á la defensa de su hijo.

El mismo Hércules vino á Delfos á consultar al oráculo, y al respondersele que Apolo no estaba en casa ni podía darle audiencia, airado derribó la trípode y se portó en el templo con desacato inaudito.

El mismo, cuando bajó al Infierno á sacar al Cerbero, tuvo antes que vencer á Plutón, que se oponía á la empresa. La *vara* que aquí se dice pertenecer á éste, generalmente se atribuye á Mercurio, á quien servía para conducir á las regiones infernales las almas de los difuntos.

Pág. 63, v. 13.—*De Protogenia la ciudad.*—Llámanse así á la ciudad de Opunte, del nombre de Protogenia, madre del joven Opunte.

Pág. 63, vv. 16 y sig.—*Bajaron del Parnaso y de las piedras*, etc.—Pirra y Deucalión, salvados del diluvio en el monte Parnaso, consultaron el oráculo de Temis sobre la regeneración de la raza humana. Por su orden arrojaron piedras tras de sí, que se convirtieron en hombres y mujeres, y formaron un pueblo nuevo. En griego piedra es *λαξ*, y de esta palabra se supone derivada la voz *λαός*, pueblo.

Pág. 64, vv. 7 y sig.—Oscuro es este pasaje en el original, y no me glorio de haberle dado claridad en la traducción. Consulte el curioso á Benedict, Heyne y el antiguo Escoliasta, á quien he seguido esta vez. Diríjese el poeta á los Locreses, descendientes de Júpiter y de Protogenia, hija de Deucalión (llamado también Opunte y nieto de Japeto) y esposa de Locro. ¿Se llenó éste de regocijo porque su consorte había concebido por obra del Rey de los Dioses, ó porque creyó que era propio el fruto divino? Benedict en su paráfrasis indica lo segundo.

Pág. 65, vv. 8 y sig.—*Cuyo vástago*, etc.—Patroclo, el amigo de Aquiles, era hijo de Menecio y de Esténel; Telefo lo era de Hércules y Auge. Teutrante (que aquí llamo *Teutrano*) era rey de Misia, en cuya costa

desembarcaron por error los Griegos en su expedición contra Troya.

Pág. 66, vv. 11 y sig.—No sólo había en Grecia los juegos Olímpicos, Píticos, Istmicos y Nemeos, sino que se celebraban en Atenas los Panateneos, en honor de Minerva; en Argos y Pelene otros en honor de Juno; en Maratona, en honor de Hércules; en Parrasia, ciudad de Arcadia, los Liceos, en honor de Júpiter Liceo. En Eleusis, Ceres y Proserpina eran honradas con los juegos Demetrios, Anaclipterios y Eleusinos; y en Tebas, donde estaba el monumento de Yolao, hijo de Ificles, el hermano de Hércules, celebrábase fiestas en honor del mismo.

Pág. 67, v. último.—*Lleva al altar del vástago de Oileo.*—En Opunte había también juegos consagrados á Ajax, hijo de Oileo, caudillo de los Locreses en la guerra de Troya.

### ODA DÉCIMA.

Dedicada á Agesidamo, hijo de Arquéstrato, de Locris Epizefiria ú Occidental, quien fué vencedor en el pugilato en la Olimpiada 74 según unos, en la 84 según otros. La oda fué escrita muchos años después, y para compensar al héroe de la tardanza, le promete pagar su deuda con *usura*, como lo hace dedicándole con este nombre también la oda siguiente.

Pág. 71, v. 2.—*Del inocente Cteato y de Eurito.*—Eran éstos hijos de Neptuno y de Moliona, que ayudaron á Augías en su guerra contra Hércules, cuando éste quiso hacer efectivo el precio estipulado por aquél, por la limpia de sus establos.

Quien haya leído atentamente las notas anteriores, comprenderá esta oda sin necesidad de más explicaciones, que omito *brevitatis causa*.

## ODA UNDÉCIMA.

Constituye esta oda la ganancia ó usura prometida en la anterior.

## ODA DUODÉCIMA.

Dedicada á Ergóteles, natural de Cnosó, en Creta, y vecino de Himera, en Sicilia, desde la sedición en que tomó parte y lo obligó á expatriarse. Fué vencedor en la *carrera larga* (es decir, recorriendo doce veces el estadio; ó, según Suidas, veinticuatro veces) en la Olimpiada 77, año 1, 472 antes de J. C. Fué cantada en Himera, en el templo de la Fortuna.

Pág. 77, v. 2.—*De Jove soberano*.—Perdóneme el lector por haber omitido, no permitiéndomelo el metro, el epíteto de *Libertador*, que aquí da el autor á Júpiter, y que le conviene admirablemente, ya por haber libertado á Ergóteles de los peligros que corrió en Creta, ya en memoria de la derrota que los Persas sufrieron en Platea, en Beocia.

Pág. 78, v. 9.—*Cual gallo altivo*, etc.—Lo que aquí expreso en una estrofa entera, Píndaro lo dice con una sola palabra: ἐνδομάχας. Las monedas de Himera tenían estampado un gallo, y naturalmente ocurrió al poeta esta bellísima comparación.

Pág. 78, v. 24.—*Das de las ninfas á la tibia fuente*.—Cuando Hércules llevaba por Sicilia las vacas de Gerión, Minerva hizo brotar esta fuente, cerca de Himera, para alivio del fatigado semidiós.

## ODA DÉCIMOTERCERA.

Dedicada á Jenofonte de Corinto, que fué vencedor en la Olimpiada 79 año 1, 464 antes de J. C. Cantada

en Corinto, en la procesión formada al regreso del héroe. Su victoria fué doble, á saber: en la carrera á pie, y en el quintuple ejercicio compuesto de salto, carrera, arrojar el disco, lanzar el dardo, y lucha. Este último llámase en griego πένταθλον, en latín *quinqertium*. Aunque el traductor italiano lo llama *pentatlo*, y nuestro Berguizas *quinqercio*, no me he atrevido á introducir estos nombres en castellano, y he preferido llamarle *cinco-juegos*, *cinco-lides* ó *cinco-luchas*.

Pág. 79, v. 9.—*En donde Eunomia mora*.—Véanse las notas á la Oda IX.

Pág. 80, v. 9.—*Hijos del noble Aleta*.—Aleta ó Ale-tes, biznieto de Hércules, conquistó á Corinto al frente de un ejército de Dorios. Los Corintos, por tanto, se llaman aquí sus hijos.

Pág. 80, v. 18.—*Y el Báquico cantar*.—Era el *Ditirambo* una danza circular acompañada de un himno, inventada en Corinto, y acostumbrada en las fiestas de Baco. El premio del compositor era un toro que se inmolaba al dios.

Pág. 80, vv. 19 y 20.—*El instrumento que al rápido corcel lanza y enfrena*, etc.—Como veremos en esta misma oda, el freno fué inventado en Corinto, lo mismo que el arte de manejar caballos.

Pág. 80, v. 22.—*Con las águilas de oro*.—Sobre el pórtico de los templos griegos había unas águilas; adorno introducido por los Corintios.

Pág. 80, v. 27.—*A su lado Marte*.—Alude probablemente á la parte que los Corintios tomaron en las batallas de las Termópilas, Salamina y Platea.

Pág. 81, v. 30.—*Las Helótides arenas*.—Los juegos Helótides consistían en carreras con antorchas, y se celebraban en Corinto en honor de Minerva Helótide.

Pág. 82, v. 6.—*El bosque del león*.—Es decir, los juegos Nemeos.

Pág. 82, v. 23.—*De tu Sísifo*.—Fué rey de Corintio y abuelo de Belerofonte. Aunque condenado en el In-

fierno á estar rodando continuamente, del pie á la cumbre de una colina, una inmensa piedra, que volvía luego á caer, era muy estimado en su antiguo reino.

Pág. 82, v. 27.—*A la tierna Medea*.—Fué hija de Etas, rey de Cólquide. Cuando llegaron los Argonautas en busca del Vellocoño de oro, ella, enamorada del caudillo Jasón, lo libró de las asechanzas de su padre, le hizo obtener el deseado vellón, y lo siguió á bordo del *Argo*.

Pág. 83, vv. 2 y 3.—*Al Efireo se miró ya sitiado, ya asaltante*.—Efira es el antiguo nombre de Corinto. Glauco, rey de Licia y nieto de Belerofonte de Corinto, combatió al lado de Príamo en el célebre sitio, mientras los Corintios, al mando de Agamenón, estaban de parte de los sitiadores. La fuente Pirene, célebre por sus aguas cristalinas, estaba al pie de la ciudadela de Corinto.

Pág. 83, vv. 16 y sig.—*Cuántas penas al Principe*, etc.—Belerofonte, hijo de Glauco (que no hay que confundir con el Glauco de que acabamos de hablar), domó á Pegaso, el caballo alado de las Musas, nacido de la sangre de Medusa, una de las tres Górgonas, cuando la degolló Perseo. El modo lo narra Píndaro en la oda presente.

Pág. 85, v. 9.—*A Quimera*.—Era Quimera un monstruo, cuya parte anterior era de león y la posterior de serpiente.

Pág. 85, v. 12.—*A los Solimos*.—Habitaban la región entre Licia y Panfilia. Después que Belerofonte intentó subir al cielo sobre Pegaso, Júpiter mandó un tábano que hirió al corcel, el cual derribó á su jinete, y fué admitido en las caballerizas del cielo, convertido en constelación.

Pág. 85, v. 19.—*Oligetidas*.—El héroe de esta oda pertenecía á la tribu de los descendientes de Oligeto.

Pág. 86, v. 14.—*Su valor atestiguan*, etc.—Véanse las notas á las Odas VII y IX.

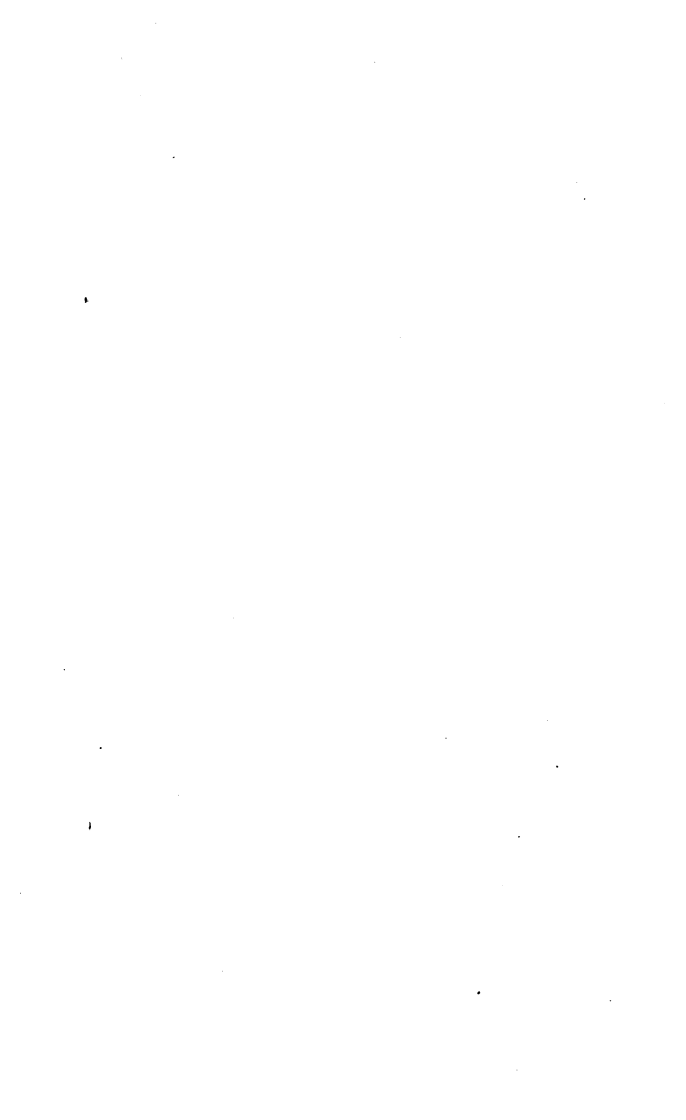
## ODA DÉCIMOCUARTA.

Dedicada á Asópico de Orcómeno, vencedor en las carreras á pie en que competían niños, el año 1.º de la Olimpiada 76, 476 antes de J. C. Cantada en el templo de las Gracias en Orcómeno.

Pág. 87, vv. 1 sig.—*Gracias espléndidas, etc.*—Orcómeno, llamada también Minia, era una ciudad de Beocia bañada por el río Cefiso. En ella había un templo dedicado á las Gracias (cuyos nombres vemos más abajo); y las estatuas de las tres diosas se veían en el de Delfos, sentadas al lado de Apolo.

Pág. 88, v. 19.—*¡Eco! á Cleódamo la grata nueva.*—Es muy admirado este apóstrofe á Eco (ninfa que se enamoró de Narciso, hijo del Cefiso, cuyas aguas corrían á los pies del poeta) para que lleve la fausta noticia al difunto padre del vencedor.

---





---

## NOTAS A LAS PITICAS.

---

### JUEGOS PÍTICOS.

Eran los Juegos Píticos certámenes sagrados en honor de Apolo, que se celebraban cerca de Pitona, llamada después Delfos, al pie del monte Parnaso. Se honraba en ellos también á Diana y á Latona, y á semejanza de los mayores, había otros de inferior categoría en Magnesia, Sición y otros puntos.

Su institución se remontaba nada menos que al mismo Apolo, quien después de haber muerto á la serpiente Pitón (nacida del lodo de la tierra al retirarse las aguas del diluvio) los estableció siete días después de su victoria, para conmemorar tan fausto acontecimiento. Las Ninfas del Parnaso le ofrecieron entonces sus dones; y siendo nueve las Musas, se determinó que los juegos se celebrasen cada nueve años. Después se redujo el período á cinco años; su época era á la entrada de la primavera. Los primeros ejercicios fueron el *pancracio* y las *cinco-luchas* ó el *pentatlo* (de que se ha hablado en las notas á las Olímpicas; más tarde se admitieron todos los juegos de

Olimpia, con excepción de las carreras de cuadrigas, y por último también éstas. Había asimismo certámenes musicales y poéticos, que constituían el rasgo más prominente de los juegos Píticos, superiores bajo este punto de vista á los Olímpicos. Había además una especie de *exposición* de pinturas y esculturas. El premio consistía en una palma, y en una corona que primero fué de encino y después de laurel.

---

### ODA PRIMERA.

Dedicada al mismo Gerón de la primera Olímpica, que aquí se titula *Etneo*, por haber fundado recientemente la ciudad de Etna en el lugar de Catania, á cuyos habitantes desterró. La victoria en el carro, que aquí se conmemora, fué obtenida probablemente en la Pitiada 29, equivalente al año 3.º de la Olimpiada 76, 474 años antes de J. C. Cantada en Siracusa en un banquete en el palacio real.

Pág. 92, v. 22.—*Tifeo, el enemigo*, etc.—Fué este rebelde gigante el hijo menor de Tartaro y la Tierra, según Hesíodo.

Pág. 95, v. 7.—*Cual Filoctetes, militó doliente*.—Compara el poeta á Gerón con Filoctetes, no porque padeciese la misma enfermedad (que en aquél era el mal de piedra), sino por haber salido á campaña enfermo.

Pág. 96, v. 8.—*El sabio código Hilio*.—Hilo, hijo de Hércules, á la muerte de éste se retiró á la Atica con los demás descendientes de su padre, y fué, en una incursión al Peloponeso, muerto por Equemo de Tegea. Los Heráclidas se establecieron entonces entre los Dorios, bajo Egimio y su hijo Pánfilo, cerca del Pindo y el monte Eta. De allí hicieron otra incursión al Peloponeso y tomaron á Amicla (donde nacieron los divinos Gemelos, Cástor y Pólux); y por último se esta-

blecieron en Laconia y Mesenia, al pie del Taigeto. Con gente de estas regiones se colonizó Etna, y Gerón les dejó sus primitivas leyes.

Pág. 96, v. 22.—*Que cuantos del Amena*.—Era el Amena río de Sicilia, que corría junto á la ciudad de Etna.

Pág. 97, vv. 1 y siguientes.—Gerón y su hermano Gelón (hijos del viejo Dinomenes) derrotaron en Hímera á Amílcar el Cartaginés, quien después de haber perdido en el mar sus caballos y carros, desembarcó en Palermo. Todos los Cartagineses, incluso Amílcar, perecieron ó cayeron prisioneros, salvo unos cuantos que se escaparon en veinte buques y poco después naufragaron. No sin razón comparan Píndaro y Diódoro esta gran batalla á las célebres de Salamina y de Platea (junto al monte Citerón), en que los Persas fueron vencidos. La batalla naval de Cumas fué ganada por Gerón en la Olimpiada 76, año 3.º

Pág. 99, vv. 1 y siguientes.—*No muere la memoria*.—Creso, el célebre rey de Lidia, se distinguió no menos por sus riquezas que por su liberalidad y por la protección que dispensó á Solón. Faláride era el tirano de Agrigento que se complacía en atormentar á sus víctimas, encerrándolas en un toro de metal calentado al efecto.

## ODA SEGUNDA.

Dedicada al mismo Gerón; pero no convienen los intérpretes por qué victoria. Cantada en Siracusa.

Pág. 101, v. 9.—*A su natal Ortiga*.—Ortiga, que por licencia poética llamo aquí *Ortiga*, isla situada junto á Siracusa, donde algunos dicen que nació Diana.

Pág. 102, v. 11.—*De Cinira*, etc.—Era éste rey de Chipre, sacerdote del templo de Venus, hijo de Pafos

y Apolo. Dinomeñes, el padre de Gerón, era oriundo de Chipre.

Pág. 102, v. 16.—*La Locrés doncella*.—Alude á la seguridad que dió Gerón á los Locreses, habitantes de Calabria, impidiendo que los asaltase Anaxilao, rey de Regio.

Pág. 102, v. 22.—*Del mísero Ixión*, etc.—Habiendo Ixión matado á su suegro, á pesar de la ira general de los Dioses, fué defendido por Júpiter, que tenía relaciones adúlteras con la mujer de aquél. Llevado al cielo, pagó á Júpiter sus favores de la manera que leemos en el texto.

Pág. 104, v. 13.—*Centauro se llamó*.—A pesar de este nombre, no fué el hijo de Ixión todavía el animal biforme que apellidamos *centauro*.

Pág. 105, v. 6.—*De Arquiloco mordax*.—Vivió este poeta doscientos años antes de nuestro lírico.

Pág. 106, v. 13.—*La melodía Castorea*.—Es decir, una canción en honor del que ha vencido en las carreras de carros, por el estilo de las que Cástor cantaba.

Pág. 106, v. 19.—*Sírvate Radamanto de modelo*.—Radamanto, Cretense, hijo de Júpiter, célebre por su justicia en la tierra, fué constituido juez también en el Averno.

### ODA TERCERA.

Dedicada al mismo Gerón, dos veces victorioso en las carreras de caballos de silla, en las Olimpiadas 73 y 74. Esta oda sólo se envió á Siracusa, en el aniversario de la victoria, Olimpiada 76, año 3.º, 474 antes de J. C.

Pág. 111, v. 16.—*A Lacerea*.—Ciudad de Tesalia, cerca del Monte Pelio.

Pág. 112, vv. 14 y sig.—*Aprovechado el discípulo fué*, etc.—Este pasaje es digno de llamar la atención

del lector, por la luz que nos da acerca de la medicina de los antiguos.

Pág. 113, v. 3.—*Arrebatar á Hipólito difunto*.—Hipólito, solicitado frecuentemente por su madrastra Fedra, resistió heroicamente á sus incestuosas asechanzas. La desdeñada mujer lo acusó entonces á Teseo, esposo de ella y padre de aquél, de haberla requerido de amores, y el crédulo marido maldijo al inocente joven, que fué arrojado poco después de su carro, asustados los caballos por un monstruo marino que envió Neptuno á darle muerte.

Pág. 113, v. 24.—*A magnánimos héroes atormentada*.—Alude á Gerón, afligido entonces por penosa enfermedad.

Pág. 114, v. 8.—*Conquistara en Cirra*.—Era Cirra el puerto de Delfos. Ferénico, no se olvide, era el nombre del caballo de Gerón.

Pág. 114, v. 13.—*A la gran Madre*.—Píndaro, piadoso en extremo, había erigido frente á su casa un templo á Rhea y á Pan.

Pág. 115, v. 26.—*A Tiona*.—Otro nombre de Semele, cuya historia se refiere varias veces en este libro.

#### ODA CUARTA.

Dedicada á Arcesilao, rey de Cirene, vencedor en las carreras de carros el año 3.º de la Olimpiada 78, 466 antes de Jesucristo. Cantada en un banquete en Cirene.

Pág. 117, v. 9.—*Entre las áureas águilas*.—Para saber cuál era el *Centro (umbilicus) de la Tierra*, Júpiter envió al mismo tiempo dos águilas de Oriente y Occidente, y se encontraron en Delfos. En memoria de este fausto acontecimiento, se erigieron en el templo de Apolo dos águilas de oro, entre las cuales se sentaba la sacerdotisa.

Pág. 117, v. 12.—*Bato*, fundador de la dinastía *Ba-*

*tida*, á que pertenecía Arcesilao, parece ser el asunto principal de esta oda, escrita con el objeto de lisonjear el amor propio del Rey de Cirene, para que perdonase al rebelde Demofilo.

Pág. 118, v. 6.—*Llegaba (dijo)*, etc.—Este vaticinio confirma el de Medea, que pocas líneas más abajo refiere íntegro el poeta. Fué dirigido á Bato, al consultar éste el oráculo Delfico, acerca del modo de curarse del defecto que tenía en la lengua y lo hacía tartamudo.

Pág. 118, v. 15.—*Honda raíz de almas ciudades*.—Refiérese al terrón milagroso de que se habla más adelante. Libia (la ninfa) fué hija del Argivo Epafo, y Libia (el continente) estaba consagrada á Júpiter.

Pág. 120, v. 12.—*Tenaro do del Orco está la entrada*.—Era el Tenaro un promontorio en la costa de Laconia, donde había en la tierra una abertura que los antiguos creyeron ser una de las puertas del Infierno.

Pág. 121, v. 11.—*Hijo de Polimnesto*.—Es decir, Bato, el tartamudo progenitor de Arcesilao.

Pág. 121, v. 24.—*Para los Minias*.—Llama el poeta Minias á los Argonautas, quizá porque muchos de ellos descendían de las hijas de Minias, hijo de Neptuno.

Pág. 123, v. 11.—*Ni Oto ser ni Efiates podría*.—Eran hijos de Aloeo é Ifimedia, y á los nueve años tenían ya nueve varas de largo y nueve codos de ancho. Declararon guerra á los Dioses, y lograron encadenar á Marte, pero fueron muertos por Apolo.

Pág. 123, v. 14.—*De Artemis las flechas*, etc.—El gigante Ticio requirió de amores á Latona y fué castigado con la muerte por Diana.

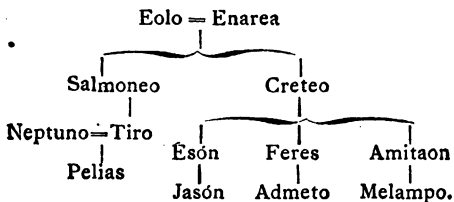
Pág. 123, v. 24.—*Que el pie derecho solitaria cubre*.—Perdió Jasón una sandalia al cruzar el río Anauro, cerca de Jolcos.

Pág. 124, v. 7.—*De Cariclea*, etc.—Era la esposa de Quirón.

Pág. 127, v. 17.—*De Neptuno Petreo*, etc.—Vínole

este epíteto de Petra, ciudad de Tesalia, donde es honrado con juegos.

Pág. 127, v. 26.—*A mi abuelo Creteo.*—Una errata de imprenta hizo poner *tu abuelo* en vez de *mi abuelo*. He aquí la genealogía de nuestros héroes:



Pág. 129, v. 4.—*Que saque me pide.*—Frixo, hijo de Atamante, perseguido por Ino, su madrastra, huyó con su hermana Hele sobre un carnero de vellón de oro, y se refugió cerca de Etas, rey de Cólquide, por quien fué muerto. Finge Pelias que el oráculo Delfico le manda aplacar los manes de Frixo y rescatar el vellocino de oro. Los antiguos tenían cierta idea de que el alma se enterraba con el cuerpo.

Pág. 132, v. 20.—*¡ la boca del Axino.*—Antiguo nombre del *Ponto Euxino*, por su fama de inhospitario (*ἀξαινος*).

Pág. 133, v. 9.—*A las Simplégades.*—Eran dos rocas flotantes, en el estrecho del *Ponto Euxino*. Envueltas en continua niebla y agitadas por los vientos, se juntaban á menudo aplastando cuanto entre ellas se encontraba. El *Argo* pasó por en medio, aunque con algunas averías, y desde entonces los islotes quedaron inmóviles.

Pág. 133, v. 20.—Ilinge era una ninfa, hija de Eco, que con sus encantos hizo enamorar á Júpiter de Io. La celosa Juno la transformó en el bullicioso pajarillo llamado *pezipita*.

Pág. 137, v. 10.—*Homicida falange de viudas.*—Las

mujeres de Lemnos asesinaron á todos los hombres, con excepción de Toante, padre de su reina Hipsípila. en castigo de la infidelidad de aquéllos. Celebraban los funerales de Toante, muerto después, cuando llegaron los Argonautas; y se aprovecharon las viudas de la ocasión para que no se despoblara la isla. La que se unió á Eufemo fundó así la dinastía real de Cirene.

Pág. 138, v. 23.—*Y viene á interceder por Demofilo.*—Si hemos de creer al Escoliasta, la oda agradó tanto al Rey, que levantó el destierro al rebelde Demofilo.

#### ODA QUINTA.

Al mismo Arcesilao, por la misma victoria. En la oda anterior ensalzó la dinastía; en la presente canta el poeta el triunfo del Rey y de su auriga Carroto, y celebra las glorias de los Dioses que lo protegieron.

Pág. 141, v. 9.—*La invernal tormenta.*—Alude á las recientes guerras civiles de Cirene

Pág. 142, estrofas 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>—Para hacer inteligible mi versión, me permití añadir, por vía de paráfrasis, las sentencias que se ven en letra cursiva. Epimeteo fué el personaje que aceptó de manos de Júpiter á Pandora, desechando los consejos de su previsor hermano Prometeo, á quien dirigió *excusas tardías* cuando el mal ya no tenía remedio.

Pág. 143, v. 19.—*Progenie de Alexibes.*—El príncipe y auriga Carroto.

Pág. 145, v. 14.—*De Antenor á la progenie.*—Los hijos del Troyano Antenor, después de la toma de Troya, se unieron á los Griegos que acompañaron á Helena, y se establecieron en Cirene.



## ODA SEXTA.

En honor de Xenócrates, hermano de Terón de Agrigento y padre de Trasibulo, á quien está dedicada. La victoria en las carreras de carros que forma el asunto, fué obtenida en la Olimpiada 71, año 3.º, 494 antes de Jesucristo.

Pág. 149, v. 5.—*A los Emenidas.*—La familia de Terón.

Pág. 149, v. 7.—*Tesoro opulento.*—Compara el poeta sus himnos al tesoro del templo de Febo.

## ODA SÉPTIMA.

Dedicada al Ateniese Megacles, de la tribu de los Alcmeónidas, por su victoria en las carreras de cuádrigas, obtenida el año 3.º de la Olimpiada 72, 490 antes de Jesucristo.

Pág. 153, v. 7.—*La ilustre ciudad de Erecteo.*—Fué Erecteo el sexto rey de Atenas.

## ODA OCTAVA.

Dedicada al luchador Aristomenes de Egina. Su fecha es incierta: quizá fué escrita el año 478 antes de Jesucristo, dos años después de la batalla de Salamina, á la cual parece aludir el poeta.

Pág. 156, v. 7.—*Ignoraba Porfirio.*—Uno de los gigantes que, con Tifón, declararon la guerra á los Dioses.

Pág. 158, v. 3.—*Del gran hijo de Oicleo.*—Es decir, Anfirao. Sobre su expedición contra Tebas, véase la Olímpica VI. La predicción que en seguida se lee, se refiere á la segunda expedición contra Tebas, acau-

dillada por los *Epigones*, ó sea los descendientes de los siete jefes de la primera, entre ellos Alcmeón, hijo del mismo Anfiarao.

Pág. 158, v. 22.—*La ciudad de Abante*.—Argos, uno de cuyos reyes fué Abante, hijo de Linceo.

### ODA NOVENA.

Dedicada á Telisicrates, hijo de Carniades, que en la Olimpiada 75, año 3.º, 478 antes de Jesucristo, obtuvo el premio en las carreras á pie, en que los competidores iban cubiertos de pesada armadura.

Pág. 163, v. 8.—*Ninfa bella*.—De la mención de la ciudad de Cirene, pasa el autor con poético arrojo á la historia de la ninfa Cirene, fundadora y numen tutelar de aquella.

Pág. 164, v. 16.—Pongamos en forma y para mayor claridad, la genealogía que aquí traza Píndaro:

El mar Océano

El río Peneo—Creusa, Náyade ó sea ninfa de fuente.

Hipseo

Cirene.

Pág. 168, v. 22.—*Tebas del infierno salir lo vió*.—Yolao, el amigo de Hércules, obtuvo de éste el permiso de salir del Orco por un solo día para librar á los Heráclidas del tirano Euristeo, que después de arrojarlos del Peloponeso, los seguía amenazando de muerte.

Pág. 169, v. 11.—*Desde el dragón y los sembrados dientes*.—Una de las aventuras de Cadmo fué la muerte que dió al dragón que custodiaba el pozo de Marte. Por consejo de Minerva sembró el héroe los dientes de la alimaña, y de ellos nacieron hombres armados, que se destruyeron mutuamente con ex-

cepción de cinco, los cuales fueron progenitores de los Tebanos.

Pág. 170, v. 11.—*De Palas en la arena*.—Refiérese á los juegos Panateneos, que cada cinco años se celebraban en Atenas.

Pág. 171, v. 7.—*Recuerda de Danao, etc.*—El hecho narrado por el poeta pasó después que las cincuenta hijas de Danao habían degollado á sus maridos, con excepción de Hipernestra, que dejó vivir á Linceo, y de Amimona, prometida de Neptuno.

Pág. 172, v. 1.—*A la hueste de Nómades*.—Llamáronse así los habitantes de África que después se apellidaron Númidas.

#### ODA DÉCIMA.

Dedicada á Hipocles, de Pelineo en Tesalia, que en la Olimpiada 69, año 3.<sup>o</sup>, 502 antes de Jesucristo, triunfó en las carreras á pie llamadas *dobles* (διανλος) porque se recorría dos veces el estadio, del punto de partida á la meta, y de la meta al punto de partida.

Pág. 173, vv. 13 y 14.—No se olvide que los Anfictiones eran los jueces; que Delfos se hallaba junto al Parnaso, y Cirra en la costa cerca de Delfos.

Pág. 175, v. 4.—*Del Hiperbóreo, etc.*—Parece que esta frase es hiperbólica, semejante á la de *pasar más allá de las Columnas de Hércules*, ú otras de este género. Hércules, como se narra en la Olimpiada 3.<sup>a</sup>, penetró en aquella región septentrional, de donde sacó el laurel para los vencedores en los juegos.

Pág. 175, v. 5.—*Sólo Perseo, etc.*—Fué Perseo hijo de Danae y de Júpiter, quien penetró, bajo la forma de lluvia ó nieve de oro, á la torre en que Acrisio había encerrado á su hija. Perseo y su madre fueron lanzados al mar por el mismo Acrisio, en una frágil barquilla que los llevó á la isla de Serifo, una de las Cícladas. Lo educó Polidectes, rey de la misma; pero

más tarde, queriendo deshacerse de él, lo invitó á un banquete á que cada uno de los convidados tenía que llevar como presente un caballo. No pudiendo cumplir Perseo con este requisito, ofreció llevar la cabeza de la Górgona Medusa, como lo hizo, precisamente en el momento en que Polidectes requería de amores á la madre de aquél. Dicha cabeza tenía la propiedad de convertir en piedras á cuantos la miraban, y así sucedió con Polidectes y sus compañeros.

Pág. 176, v. 14.—*Los habitantes de la bella Efira.*—No sólo Corinto, sino otras varias ciudades se llamaron al principio *Efira*. Aquí parece que se habla de Cranonia, en Tesalia.

### ODA UNDÉCIMA.

Dedicada al joven Trasideo, de Tebas, vencedor en la carrera sencilla á pie en la Olimpiada 75, año 3.º, 478 antes de Jesúcristo. Cantada en Tebas, en la procesión al templo de Apolo Ismeno.

Pág. 179, vv. 11 y sig.—*De Melia*, etc.—Fué *Melia* una Nereida, madre de Ismeno por obra de Apolo. Dió su nombre al río Ismeno, que bañaba á Tebas, y al templo que en sus orillas se edificó al divino padre del río.

Pág. 180, v. 19.—*De Pilades*, etc.—Fué éste rey de Focis, en cuyo territorio se celebraban los juegos Píticos.

Pág. 182, vv. 12 y sig.—*Oh Musa, si vendieras...*—Este es uno de los muchos pasajes de Píndaro, no sólo oscuros, sino que se prestan á versiones contradictorias. Yo he seguido á Heyne en su interpretación favorable al poeta; pero en el fondo de mi corazón creo que el gran lírico dijo, como otros traducen: *He alquilado mi musa al héroe de esta oda, y no me es lícito divagar elogiando á quien no me paga.*

Pág. 184, estrofa última.—Ya se ha hablado de Yo-

Iao, sobrino y auriga de Hércules. Cástor y Pólux, como se verá más extensamente en la Nemea X, vivían alternativamente en el cielo y en Terapne, donde estaba su sepulcro.

### ODA DUODÉCIMA.

Dedicada á Midas de Agrigento, que dos veces en los juegos Píticos y una en los Panateneos, ganó el premio en los certámenes musicales, como flautista. Escrita en la Olimpiada 72, año 3.<sup>o</sup>, 490 antes de Jesucristo. Cantada en Agrigento (la moderna Girgenti) al entrar en triunfo el vencedor.

Pág. 185, v. 2.—*Tú, de Proserpina*.—La isla de Sicilia fué concedida por Júpiter á Proserpina, como dote.

Pág. 186, v. 7.—*Las tres audaces Górgonas*.—Eran hijas de Forcis y Ceto.—Llamábanse Medusa, Euriala, y Esteno; sólo la primera era mortal; pero todas veían con los mismos ojos, de modo que al morir aquélla quedaron ciegas aun las inmortales. Véanse las notas á la oda anterior.

---



---

## NOTAS A LAS NEMEAS.

---

### JUEGOS NEMEOS.

Los Juegos Nemeos, una de las cuatro fiestas nacionales de primer orden entre los Griegos, se celebraban en Nemea, cerca de Cleona, en la Argólide. Fueron fundados por los siete caudillos de la primera expedición contra Tebas, y restablecidos por Hércules después que mató al terrible león de Nemea. Se consagraban á Júpiter, y al principio sólo guerreros, ó hijos de guerreros, podían tomar parte en los certámenes, todos de un género belicoso. Al último, todos los Griegos podían concurrir, y se admitieron toda clase de luchas, á saber: las carreras en el estadio, el disco, el salto, la lucha, el pugilato, el *pancracio*, el *quínquercio* ó los *cinco-juegos*, y las carreras de carros. Los jueces eran de Cleona, vestían togas negras, y daban por recompensa una corona, que al principio era de oliva y después de apio. La época de la celebración era cada tres años, en el mes *Panemo* según unos, en invierno según otros.

---

## ODA PRIMERA.

Dedicada á Cromio, hijo de Agesidamo y cuñado del rey Gerón, vencedor en las carreras de carros, en la Olimpiada 76, año 3.º, 473 antes de J. C., poco después de la fundación de la ciudad de Etna. Cantada en la isla de Ortigia, en el vestibulo del palacio del vencedor.

Pág. 191, v. 2.—*Ortigia sacra, que reposo á Alfeo.*  
—El río Alfeo, enamorado de la ninfa Aretusa, la fué siguiendo por debajo del mar hasta Sicilia; y en Ortigia, isla frente á Siracusa, fué donde primero se detuvo á respirar después de tan larga excursión. En la misma Ortigia nació Diana; en Delos (hasta entonces isla que erraba por los mares) nació su hermano Apolo.

Pág. 193, vv. 7 y 8.—

*Que á todo pecho emprendedor alcanza  
De cubrirse de gloria la esperanza.*

El original dice: Κοινὰ γὰρ ἔρχοντ' ἐλπίδες πολυπό-  
νων ἀνδρῶν.

Puede significar precisamente lo opuesto, y traducirse:

*Sin olvidar que á todos nos alcanza  
Hondo temor de súbita mudanza.*

Pág. 193, v. 12.—*Nuevo Everides.*—Tiresias, hijo de Evero. Véanse, su vaticinio en el Idilio xxiv de Teócrito, y las notas á mi versión del mismo.

## ODA SEGUNDA.

Su fecha es incierta: fué cantada en Atenas y dedicada á Timodemo, hijo de Timonoo, vencedor en el



**pancracio.** No se olvide que el *pancracio* era un ejercicio doble, compuesto de lucha y de pugilato. El luchador nunca hería con los puños; el púgil nunca intentaba derribar á su adversario: al *pancraciasta* eran permitidas ambas cosas, y otras más, como pellizcar, morder, etc.

Pág. 198, v. 13.—*Orión asi d las Pléyades.*—La constelación de Orión nace en marzo, poco después de la de las Pléyades. Timodemo, aunque Ateniense, se educó en Salamina, patria de Ajax.

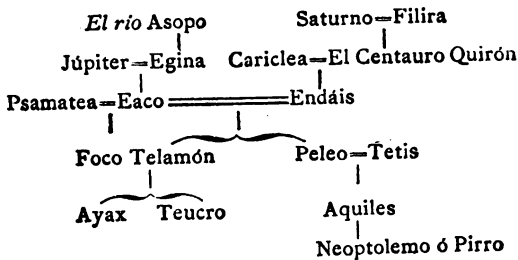
Pág. 198, v. 23.—*Arcania hijos magnánimos.*—Era Arcania uno de los 174 pueblos (δῆμοι) de la Atica.

Pág. 199, v. 14.—*En los juegos de Egioco.*—Es decir, Júpiter portador de la *Egida*.

### ODA TERCERA.

En honor de Aristoclides, hijo de Aristófanes, de Egina. Fué compuesta mucho después de la victoria, enviada á Egina y cantada en conmemoración del mismo triunfo, al volver la época de las Nemeas.

Pág. 203, v. 19.—*A Eaco y d Egina,* etc.—La siguiente genealogía aclarará mucho ésta y otras odas.



La ninfa Egina dió su nombre á la isla.

Pág. 206, v. 2.—*Pobre primo de Heleno.*—Laome-

donte era padre de Heleno y de Titono, que lo fué de Memnón, el negro hijo de la Aurora, quien al frente de 10.000 guerreros vino al sitio de Troya.

Pág. 206, v. 20.—*La dignidad Teária*.—Era el *Teá-rio* ó *Teório*, un lugar consagrado á Apolo Pitio, quien también se llamaba Teório. Parece que en Egina había una dignidad de este nombre, en que al sacerdocio de Apolo estaba unida la magistratura.

### ODA CUARTA

Dedicada al joven Timasarco, hijo de Timócrito, de Egina, vencedor en la palestra, en la Olimpiada 80, año 456 antes de J. C. Cantada en Egina mientras la procesión triunfal pasaba por las calles de la ciudad.

Pág. 211, v. 3.—*En los Cleonios juegos*.—Es decir, los juegos Nemeos. Cleona distaba poco de Nemea.

Pág. 211, v. 8.—*Tebas, ciudad amiga*.—La ninfa Teba, lo mismo que Egina, era hija del río Asopo.

Pág. 213, v. 2.—*La nueva luz de Cintia*.—Los juegos Nemeos se celebraban en el novilunio.

Pág. 214, v. 9.—*Que grato vaya á Enona*.—Era Enona el antiguo nombre de Egina. En esta y las siguientes estrofas narra el poeta las vicisitudes de los descendientes de Eaco, y supone que rigen como deidades tutelares los pueblos donde reinaron en vida.

Pág. 215, estrofas 2.<sup>a</sup> y siguientes.—Astidamía, llamada también Hipólita, esposa de Acasto, requirió de amores á su huésped Peleo. Desechada por éste, lo acusó ante su esposo (como casi siempre sucede en tales casos) de haber sido él quien atentó á su virtud. Bajo pretexto de una partida de caza, llevó el monarca al casto joven al monte Pelio, donde, atado á un árbol, lo expuso á ser devorado por las fieras. Liberado de ésta y otras asechanzas, tomó á Jolcos, ayudado por sus amigos, derrotó á Acasto y mató á Asti-

damía. Téngase esto presente al leer la oda que sigue.

Pág. 217, v. 9.—*Goçoso d los Tedndridas*.—Tribu á que pertenecía el héroe de la oda.

### ODA QUINTA.

Dedicada al niño Piteas, vencedor en el *pancracio*, algún tiempo antes de la batalla de Salamina. Cantada en un banquete de Egina, patria del vencedor.

Pág. 221, vv. 1.º y sig.—*Escultor no soy yo*, etc.—Cuéntase que pareciendo muy alto á los interesados el precio que pedía el poeta por su oda, respondieron que era más barata una estatua. Al fin se vieron obligados á ceder á las exigencias de Píndaro, que empezó su cantar con este magnífico exordio, verdadera profecía que todavía se cumple, aun en nuestra remota América, después de 2.362 años. Las estatuas que se erigieron al vencedor, mutiladas y rotas, si es que no sepultadas bajo tierra, ni se reconocen ni son visibles sino á uno que otro anticuario: los versos del príncipe de los líricos se cantan en todas las lenguas, y estampados en mil idiomas, circulan por todo el mundo, llevados, no sólo en las naves de Egina, sino en los rápidos vapores de todas las potencias navales modernas.

Pág. 222, v. 15.—*Al otro hijo de Endáis*.—Véanse las notas á la Nemea III. Una errata de imprenta hizo poner Perseo en vez de Peleo.

Pág. 222, v. 19.—*Me da vergüenza referir la fea*, etcétera.—Nosotros diremos lo que calló Píndaro. Endáis, repudiada por su esposo Eaco, por causa de la ninfa Psamatea, excitó á sus hijos á la venganza. Estos mataron á Foco, y se vieron obligados á emigrar, Telamón á Salamina y Peleo á Ftia, en Tesalia, de donde llegaron á ser reyes respectivamente.

Pág. 223, v. 22.—*De Hipólita*, etc.—Su otro nombre era Astidamía. Véanse las notas á la oda anterior.

Pág. 224, v. 23.—*De su fértil Ega*.—Era Ega una ciudad de Eubea, enfrente de Beocia y de Focis, donde había un templo consagrado á Neptuno.

Pág. 225, v. 15.—*El mes Delfino*.—Nuestro junio poco más ó menos.

Pág. 225, v. 16.—*La colina de Niso*.—Es decir, Megara, de que Niso fué rey.

Pág. 226, v. 4.—*Y si pidieréis que á Temistio alabe*.—Era abuelo materno de Piteas.

### ODA SEXTA.

Dedicada al Egineta Alcímides, hijo de Teón y discípulo, en la lucha, de Melesias. Escrita en la Olimpiada 80, cantada en Egina, en un banquete de la familia Básida á que pertenecía el vencedor.

Pág. 229, v. 17.—*La fuerte mano armó con el cesto*.—Era el *cesto* una arma ofensiva y defensiva, inventada por Amico, rey de los Bébrices. Se componía de gruesas correas y tiras de cuero, á veces con alma de plomo, con que se armaba la parte exterior de la mano y se ligaba el brazo, unas veces hasta el codo, otras hasta el hombro.

Pág. 229, v. 27.—*En el marino puente*.—En esta y otras varias odas se llama al Istmo de Corinto, *puente de un mar á otro mar*.

Pág. 230, v. 4.—*De Fliunte*.—Ciudad en el territorio de Sición, cerca de Nemea. El *follaje del león Nemeo*, de que se habla al principio de la estrofa, es el *apio* con que se premiaba á los vencedores en los juegos.

### ODA SÉPTIMA.

Dedicada á Sógenes de Egina, hijo de Tearión, vencedor en el *pentatlo*, ó *quinquercio*, ó los *cinco-juegos*

en el certamen de jóvenes, en la Olimpiada 79, año 4.<sup>o</sup>, 461 antes de Jesucristo. Cantada en Egina.

Pág. 254, v. 3.—*Hoy que en las cinco juveniles luchas*.—Pondremos aquí el verso de Simónides que enumera las cinco luchas del *quingüercio*, y el endecasílabo castellano en que lo he vertido.

Ἄλμα, ποδωκείην, δίσκον, ἄκοντα, πάλην.  
Salto, carrera, disco, dardo, lucha.

Pág. 235, v. 11.—*¿Se hiriera acaso?*—A la muerte de Aquiles se disputaron sus armas el valiente Ajax y el astuto Ulises. La elocuencia ó maña del último hizo que fuera él el preferido por los Griegos. Ajax, despechado, se suicidó.

Pág. 239, v. 3.—*Antes que Febo*, etc.—Para tener tiempo de luchar en los cinco-juegos, empezaban los atletas muy de mañana. Sogenes se mostró tan fuerte y tan diestro, que terminó antes de salir el sol.

Pág. 240, estrofa última.—Habló el poeta de la desgraciada muerte de Pirro; y agitado por religiosos escrúpulos, vuelve al asunto, excusándose. Termina con un proverbio, entonces vulgar, ahora ininteligible en los idiomas modernos.

### ODA OCTAVA.

Dedicada á Dinias de Egina, dos veces victorioso en el estadio ó carrera sencilla. Cantada en el templo de Eaco en Egina. La fecha de las victorias es incierta.

Pág. 245, v. último.—*Antes que Adrasto y las tebanas bodas*.—Adrasto, rey de Argos, indujo á los siete caudillos á asaltar á Tebas. Polinices, desterrado por su hermano Eteocles, se refugió en la corte de aquél, y se enlazó con su hija Argía. Las notas á las Nemeas que preceden, y la oda siguiente, hacen inútiles más explicaciones.

## ODA NOVENA.

Aunque forma parte de las Nemeas, se refiere á la victoria que Cromio, gobernador de Etna, alcanzó en Sición en los juegos Píticos menores.

Pág. 248, v. 20.—*Y del fuerte Anfiarao la maldad.*—Adrasto, hijo de Talao, desterrado por Anfiarao en una guerra civil, se refugió en Sición en las riberas del Asopo, cuyo rey Polibo le dió por esposa á su hija y le entregó el reino.

Pág. 249, v. 1.º.—*Y de amistad en prenda.*—Adrasto, para reconciliarse con Anfiarao (hijo de Oicleo), lo casó con su hermana Erífle. Esta, seducida con oro, descubrió después á su esposo que se había ocultado por no ir á una guerra, que sabía iba á ser desgraciada y en que él mismo pereció.

Pág. 250, v. 15.—*Del Siciliano aleja la guerra.*—Parece que los Cartagineses querían invadir á Sicilia.

## ODA DÉCIMA.

Esta oda se refiere, igualmente, á juegos diversos de los Nemeos. Conmemora dos triunfos del Argivo Tiéo, en los juegos Hecatombeos que se celebraban en Argos. Para no multiplicar notas, referimos al lector á las odas y anotaciones anteriores, donde hallará explicadas muchas fábulas á que en la presente poesía se hace alusión.

Pág. 257, v. 20.—*De Adrasto en el recinto.*—Refiérese aquí á los juegos Nemeos.

Pág. 258, vv. 29 y 30.—Licaón edificó en la cumbre del monte Liceo una ciudad en honor de Júpiter. Dos de sus hijos, Teegeates y Clitor, fundaron otras dos ciudades á que dieron sus nombres.

Pág. 259, v. 2.—*Panfaes recibió.*—Era éste uno de

los progenitores de Tíeo. Sobre la historia que sigue, pueden verse mi versión del *Idilio xxii* de Teócrito, y mis notas al mismo.

### ODA UNDÉCIMA.

Esta oda, en honor del gobernador Aristágoras, no se refiere á victoria alguna obtenida en los juegos. Fué cantada en el Pritaneo de Ténedos (por otro nombre Lirneso) al inaugurar sus funciones el nuevo magistrado.

Pág. 263, v. 4.—*Que imperas en el aula Pritanea.*—*Los Pritanes*, en Atenas, y quizá lo mismo en Ténedos, eran ciertos magistrados que presidían el Senado, y tenían el privilegio de convocar á los senadores. En el aula *Pritanea*, donde se reunían, ofrecían sacrificios, daban audiencia y deliberaban.

Pág. 265, v. 20.—*Por Melanipo audaz sangre de Tebas.*—Fué éste uno de los jefes que defendían las puertas de Tebas contra Adrasto y los Argivos, y cùpole el honor de matar á Tideo. Antes de espirar éste, mató Anfiarao á Melanipo y trajo su cadáver al jefe agonizante, quien le desgarró la cabeza con sus propios dientes. Irritada Minerva con este acto inhumano, lo privó de la inmortalidad.

---

---

## NOTAS A LAS ÍSTMICAS.

---

### JUEGOS ÍSTMICOS.

Los Juegos Ístmicos tomaron este nombre del Istmo de Corinto, donde se celebraban. En su parte más angosta, entre la costa del golfo Saronio y la falda occidental de los montes Eneos, se alzaba el templo de Neptuno, y cerca de él había un teatro de mármol blanco y un estadio. La entrada del templo estaba adornada con las estatuas de los vencedores, y con bosques de pinos. La institución de los juegos se debe á Sísifo: Teseo los restableció y los consagró á Neptuno. Celebrábanse cada tres años, en diversos meses; y se admitían toda clase de certámenes, lo mismo que en los demás juegos. El premio era una corona, primero de hojas de pino, y después de apio.

---



## ODA PRIMERA.

Dedicada al Tebano Heródoto, hijo de Asopodoro, vencedor en las carreras de carros, tal vez el año 454 antes de Jesucristo. Escrita y cantada en Tebas, probablemente poco antes de la batalla de Tenagra.

Pág. 269, v. 5.—*Para cantarte dejo mis quehaceres.*—Píndaro, residente, á lo que parece, en la isla de Ceos, se hallaba ocupado en escribir un himno en honor de Apolo y de la isla natal de este Numen.

Pág. 270, v. 14.—*Que d despecho del perro.*—El monstruo Gerión vivía en Gades, y guardaban sus bueyes el pastor Euritión y un perro de dos cabezas llamado Orto.

Pág. 271, v. 20.—*Las cinco lides de ordenanza.*—Al principio los cinco juegos: «salto, carrera, disco, dardo, lucha,» que constituyeron después el pentatlo ó quinquercio, eran premiados cada uno por separado.

Pág. 272, v. 1.—*Conciudadano de la sembrada grey.*—Íficles, padre de Yolao é hijo de Anfitríon, era de Tebas, y por lo mismo conciudadano ó descendiente de aquellos hombres que nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo, y que se llaman generalmente *Sembrados*, Σπαρτοί.

Pág. 272, v. 4.—*Siempre en Terapne fijo.*—En Terapne estaba la tumba de Cástor.

Pág. 274, v. 7.—*Protesilao, etc.*—Fué rey de Filace, y el primero que saltó á la playa Troyana, siendo muerto en el acto, conforme á la predicción que él no ignoraba. En memoria de su heroica abnegación, se establecieron en Filace fúnebres juegos en su honor.

Pág. 274, v. 12.—*Hermes, etc.*—Es el nombre griego del dios Mercurio.

## ODA SEGUNDA.

Dedicada á Xenócrates, hijo de Enesidamo, y hermano del rey Terón, de Agrigento. Después de la muerte del héroe, se le envió á su hijo Trasibulo por conducto de Nicasipo. La victoria en las carreras de carros que aquí se celebra, se obtuvo el año 476 antes de Jesucristo, 1.º de la Olimpiada 76: la oda se compuso cuatro ó cinco años más tarde.

Pág. 278, v. 8.—*El sabio Argivo*.—Aristodemo, que habiendo perdido sus riquezas, se vió abandonado de sus amigos.

Pág. 280, v. 1.—*Jamás brisa contraria*, etc.—Compárase la hospitalaria mesa de Xenócrates á una nave que camina á toda vela, del Norte, figurado por el Río Fasis, hasta el extremo Sur, figurado por el Nilo.

## ODA TERCERA.

Dedicada al Tebano Meliso, vencedor en las carreras de cuadrigas. Su fecha es incierta.

Pág. 282, v. 10.—*Bosque del gran León*.—Es decir, los Juegos Nemeos.

Pág. 282, v. 18.—*Los Labdaquidas*.—Meliso pertenecía por su madre á la real prosapia de Edipo y de Layo, descendientes de Lábdaco, rey de Tebas. Cleónimo parece haber sido el abuelo paterno del héroe.

## ODA CUARTA.

Dedicada al mismo Meliso. Algunos la juzgan parte de la oda anterior, y yo traduje ambas en el mismo metro.

Pág. 284, v. 26.—*Que en Onquesto mora*.—Tenía Neptuno un célebre templo en la ciudad de Onquesto,

que se veía desde el cercano Istmo de Corinto, llamado, como ya se ha dicho, puente de un mar á otro mar.

Pág. 286, v. 1.—¿*Qué Griego el fin ignora de Ajax?* Véase la oda Nemea VII.

Pág. 288, v. 7.—*El día en que d Aqueronte.*—Hércules, en un ataque de locura, mató á sus propios hijos.

### ODA QUINTA.

Dedicada á Filácides de Egina, hijo de Lampón y hermano de Piteas, vencedor en el *pancracio*, probablemente dos años después de la batalla de Salamina, es decir, el año 478 antes de Jesucristo.

Pág. 289, v. 1.—*Madre ilustre del Sol*, etc.—También de la Luna era emblema la plata, de Marte el hierro, y así á cada cuerpo celeste se atribuía un metal.

Pág. 291, v. 2.—*A los hijos intrépidos de Eneo.*—Era Eneo rey de Calidona, en Etolia. Los más célebres de sus hijos fueron Meleagro, uno de los héroes de la expedición Argonáutica, y Tideo, padre de Diomedes.

### ODA SEXTA.

Dedicada al mismo Filácides, y escrita quizá, como algunos suponen, antes que la oda precedente.

Pág. 296, v. 22.—*Si á tal isla*, etc.—La isla de Egina.

Pág. 298, v. 21.—*Y del águila el nombre le impone.*—En griego el nombre de Ajax, Αἶας, algo se parece al del águila, αἰετός.

Pág. 299, v. 2.—*Cantaré brevemente, d la Argiva.*—Los Argivos eran no menos célebres que los Lacones, por esa concisión que después se ha llamado *laconismo*.

Pág. 299, v. 19.—*El axioma del vate Hesiodo.*—A saber: *Crece el trabajo juntamente con la industria.*

Pág. 300, v. 11.—*Dulces hijas.*—Las Musas.

## ODA SÉPTIMA.

Dedicada al Tebano Estrepsiades, vencedor en el *pancracio*, tal vez el año 456 antes de Jesucristo, seis meses después de la batalla de Enofta, perdida por los Tebanos.

Pág. 301, v. 8.—*De la ruidosa Ceres*.—Llámase así por haber recorrido la tierra en busca de su hija, sonando cascabeles, panderos y otros ruidosos instrumentos.

Pág. 301, v. 10.—*Nieve de oro*.—No hay que confundir la venida de Júpiter á la estancia de Alcmena, madre de Hércules, para la cual tomó la figura de su propio esposo Anfitríon, con la visita á Danae, madre de Perseo, bajo la forma de lluvia de oro. La *nieve de oro*, ó *fulgor de blanco y oro*, que aquí se menciona, es como la auréola del Padre de los Dioses, de que se despojó al entrar en la casa de la matrona á quien iba á engañar.

Pág. 303, v. 9.—*Hijo de Diodoto*.—Tío del vencedor, llamado también Estrepsiades.

## ODA OCTAVA.

Dedicada á Cleandro de Egina, vencedor en el *pancracio*. Escrita pocos meses después de la batalla de Platea, año 479 antes de Jesucristo. Cantada en Egina.

Pág. 311, v. 9.—*Y luego que en el cielo brille la luna llena*.—El curioso lector podrá ver en las notas á la traducción italiana de Borghi una larga disertación sobre los motivos para que las bodas de Tetis fuesen en el plenilunio.

# ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
Carta-prólogo á D. Marcelino Menéndez Pelayo.	v
Vida de Píndaro. . . . .	XXI

## ODAS OLÍMPICAS.

Oda	I. Á Gerón, Rey de Siracusa. . . . .	3
—	II. Á Terón, Rey de Agrigento. . . . .	11
—	III. Al mismo Terón. . . . .	21
—	IV. Á Saumis de Camarina. . . . .	27
—	V. Al mismo Saumis. . . . .	31
—	VI. Á Agesias de Siracusa. . . . .	35
—	VII. Á Diágoras de Rodas. . . . .	45
—	VIII. Á Alcimedonte de Egina. . . . .	55
—	IX. Á Efarmosto de Opunte. . . . .	61
—	X. Á Agesidamo de Locris. . . . .	69
—	XI. Al mismo Agesidamo. . . . .	75
—	XII. Á Ergóteles de Himera. . . . .	77
—	XIII. Á Jenofonte de Corinto. . . . .	79
—	XIV. Á Asópico de Orcómeno. . . . .	87

## ODAS PÍTICAS.

Oda	I. Á Gerón Etneo, Rey de Siracusa. . .	91
—	II. Al mismo Gerón. . . . .	101
—	III. Al mismo Gerón. . . . .	107

	<u>Págs.</u>
— IV. Á Arcesilao, Rey de Cirene. . . . .	117
— V. Al mismo Arcesilao. . . . .	141
— VI. Á Xenócrates de Agrigento. . . . .	149
— VII. Á Megacles de Atenas. . . . .	153
— VIII. Á Aristomenes de Egina. . . . .	155
— IX. Á Telesicrates de Cirene. . . . .	163
— X. Á Hipocles de Tesalia. . . . .	173
— XI. Á Trasideo de Tebas. . . . .	179
— XII. Á Midas de Agrigento. . . . .	185

## ODAS NEMEAS.

Oda I. Á Cromio Etneo. . . . .	191
— II. Á Timodemo de Atenas. . . . .	197
— III. Á Aristoclide de Egina. . . . .	201
— IV. Á Timasarco de Egina. . . . .	209
— V. Á Piteas de Egina. . . . .	221
— VI. Á Alcímides de Egina. . . . .	227
— VII. Á Sógenes de Egina. . . . .	233
— VIII. Á Dinias de Egina. . . . .	241
— IX. Á Cromio Etneo. . . . .	247
— X. Á Tíeo, hijo de Ulio. . . . .	255
— XI. Á Aristágoras. . . . .	263

## ODAS ÍSTMICAS.

Oda I. Á Heródoto de Tebas. . . . .	269
— II. Á Xenócrates de Agrigento. . . . .	277
— III. Á Meliso de Tebas. . . . .	281
— IV. Al mismo Meliso. . . . .	283
— V. Á Filácides de Egina. . . . .	289
— VI. Á Filácides, joven luchador. . . . .	295
— VII. Á Estrepsiades de Tebas. . . . .	301
— VIII. Á Cleandro de Egina. . . . .	305

NOTAS.

	<u>Págs.</u>
Notas á las Olímpicas. . . . .	317
Juegos Olímpicos. . . . .	Ibid.
Oda I. . . . .	318
Oda II. . . . .	320
Oda III. . . . .	321
Oda IV.. . . .	322
Oda V. . . . .	Ibid.
Oda VI.. . . .	323
Oda VII. . . . .	324
Oda VIII.. . . .	325
Oda IX.. . . .	327
Oda X. . . . .	329
Oda XI.. . . .	330
Oda XII. . . . .	Ibid.
Oda XIII.. . . .	Ibid.
Oda XIV. . . . .	333
Notas á las Píticas. . . . .	335
Juegos Píticos. . . . .	Ibid.
Oda I.. . . .	336
Oda II. . . . .	337
Oda III.. . . .	338
Oda IV.. . . .	339
Oda V. . . . .	342
Oda VI.. . . .	343
Oda VII. . . . .	Ibid.
Oda VIII.. . . .	Ibid.
Oda IX.. . . .	344
Oda X. . . . .	345
Oda XI.. . . .	346
Oda XII. . . . .	347
Notas á las Nemeas. . . . .	349
Juegos Nemeos. . . . .	Ibid.
Oda I.. . . .	350
Oda II. . . . .	Ibid.

	<u>Págs.</u>
Oda III.. . . . .	351
Oda IV.. . . . .	352
Oda V. . . . .	353
Oda VI.. . . . .	354
Oda VII. . . . .	Ibid.
Oda VIII.. . . . .	355
Oda IX.. . . . .	356
Oda X. . . . .	Ibid.
Oda XI.. . . . .	357
Notas á las Istmicas. . . . .	359
Juegos Istmicos.. . . . .	Ibid.
Oda I.. . . . .	360
Oda II. . . . .	361
Oda III.. . . . .	Ibid.
Oda IV.. . . . .	Ibid.
Oda V.. . . . .	362
Oda VI.. . . . .	Ibid.
Oda VII. . . . .	363
Oda VIII.. . . . .	Ibid.

---



## FE DE ERRATAS.

---

<i>Pdg.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
127	26	tu abuelo. . . . .	mi abuelo
222	15	Perseo. . . . .	Peleo
265	20	Y por. . . . .	Por
323	5	al río Alfeo. . . .	á Diana y al río Alfeo

---

